



■ Salsa en Cali

¿Final de una era?

Cali, 28 de diciembre de 2017

Su padre jamás le habló,
lo abandonó para siempre
—«El gran varón» (OMAR ALFANO - WILLIE COLÓN)

Quedaba él, solo, como un tronco duro
comenzando a desgarrarse por dentro.

—«Pedro Páramo» (JUAN RULFO)

El estadio Pascual Guerrero, a reventar, corea y baila al ritmo de José Álvaro Osorio Balvin o J. Balvin, un reguetero paisa en la cúspide de su carrera. Unos minutos antes, Willie Colón hizo la presentación más corta de su vida: no más de tres canciones; la última —«El gran varón»— a medio terminar.

La tarima giratoria se traga en un segundo a William Anthony Colón Román, 67 años, 50 discos, 30 millones de copias vendidas y una extensa carrera iniciada en Nueva York cuando tenía 15 años. En la capital mundial de la salsa una de sus leyendas se acaba de marchar dando un portazo. Hubo algunas rechiflas y protestas por su inesperado retiro, pero el público lo olvida una vez Balvin entra al escenario.

Al cerrar su participación en el superconcierto, Balvin agradece a los maestros, a los grandes, a Willie Colón, a la Fania, al Gran Combo, al panteón de la salsa, a la India, a Celia Cruz y le cede

el turno a Guayacán Orquesta luego de ensalzarlos también.

Durante sus funerales siempre se elogia a los muertos, a los reyes caídos y a los generales vencidos en batalla.

Comienza una llovizna suave y persistente.

La Sucursal del Cielo, la capital mundial de la salsa, la ciudad del sandungueo y la pachanga tiene esta noche un nuevo rey. Balvin admira a Nirvana y a Metallica, ha hecho *rap*, *hip-hop*, *rock*, música urbana, y admite la influencia del merengue, pero jamás ha hecho salsa. Quizás jamás lo haga.

«Esa es música de viejitos», refunfuña una jovencita fanática de Balvin mientras escucha a Guayacán Orquesta.

La llovizna se transforma unos minutos después en aguacero de los mil demonios y el estadio se va desocupando

cuando apenas empieza su participación Adalberto Santiago, otra leyenda.

A su manera el cielo de Cali llora con furia el final de una era.



Vista del estadio Pascual Guerrero, Cali.
Superconcierto 2017, 27 de diciembre de 2017.
La llovizna ha comenzado. Toma desde la tribuna
occidental, 3 piso.
Fotografía por Julián González.



■ Kafka, el saltamontes

Cali, marzo 17 de 2018

Se posa sobre mi taza de café. Sus enormes ojos no me observan a pesar de que por instantes se alinean con los míos. Y no me mira porque me desprecia.

Kafka ha venido a contarme que su vida a lo Gregorio Samsa no es nada terrible, y es mucho mejor y digna que la mía porque no está condenado a rumiarse un mundo en el que comediantes baratos como Trump controlan el botón nuclear. Además, me acusa de vivir en un país miserable. El tuyo tiene que ser un país miserable, me dice, para que un hombre insignificante y sin méritos goce del favor y el fervor de tus compatriotas.

«Los colombianos no dudan en celebrar su mano firme y su corazón grande, mientras su curriculum se va pareciendo cada vez más a un prontuario criminal», se burla Kafka.

Otro ejemplo: «Entre los de tu especie hay un gatillero confeso, Duterte, y gobierna un país de 100 millones de habitantes que lo aclama».

«El tuyo es un mundo —continúa Kafka— en el que un machito ex KGB maneja a placer la segunda potencia nuclear de la Tierra, y ha terminado por asemejarse a los zares que un siglo atrás los orgullosos obreros rusos consiguieron desterrar a patadas. Están feas las cosas aquí, y no



Kafka bebe café. 15 de marzo de 2018, Cali.



Kafka me conversa. 15 de marzo de 2018, Cali.

Fotografías por Julián González.

hay razones para hacer parte de tu especie» —se ríe Kafka, que decidió morirse hace casi 94 años para reencarnar hoy en este elegante y chisparoso saltamonte.

—¿Por qué no encarnaste en el oscuro y aparatoso insecto de tu Samsa? —le pregunto.

—Aunque no lo creas ese animalejo todavía tenía algunos rasgos humanos —dice con verdadero asco.

Una mueca antropofóbica se dibuja en su rostro. Aún se niega a mirarme. No soy digno.

Lo aplasto sin pensarlo dos veces. Así redimo a Pinocho que jamás pudo —aunque siempre quiso— destripar a Pepe Grillo, ese molesto sabelotodo que amenazaba la inocencia de un trozo de madera que se soñaba niño.

Tenemos derecho a soñar que somos dueños de nuestro propio destino y del mundo que habitamos, a pesar de la evidencia en contra.

«La próxima vez, regresa como ameba», le digo a lo que queda de Kafka bajo la suela de mi zapato.



■ Los destejedores

Cali, viernes 7 de diciembre de 2019

No sabemos estimar cuánto pesa en el conjunto de la especie humana una muerte, en particular, la muerte de una persona joven o un niño. Pero hay un ejercicio sencillo que puede ayudarnos a hacer estimaciones: imagínese a usted mismo 20, 15, 30 años atrás. Retrotráigase al tiempo en que apenas comienza a caminar que es el tiempo en que empieza a hablar. Ese día usted tiene un cuadro agudo de fiebre y va a parar al hospital. Pero el hospital, qué le vamos a hacer, está a media marcha y desabastecido y no pueden atenderlo. Entonces sus padres lo llevan de urgencia a una clínica próxima, y antes de llegar usted deja de respirar.

Muerto en 1936, en 1975, en 1989, en 2001, comience a examinar lo que se perdió con su temprana ausencia. No piense en las cosas chiquitas, los escupitajos y pedos que no se echará o en las cucarachas que no aplastará. Empiece por lo obvio: amigos, familia, adversarios, animales domésticos. La geografía familiar y su red de vínculos ha perdido un nudo: usted. Hay algo sombrío y persistente en los ojos de su mamá, aún pasados los años. *¿Y si le hubiéramos llevado primero al puesto de salud?* Para sus amigos actuales usted jamás existió y la compinchería feliz de los últimos años no lo incluiría. Quizás algunos la han pasado bien sin usted: la



Ilustración Catalina González Gómez. Marzo de 2019. Este es quizás un amuleto contra los destejedores.

niña o el niño que atormentó en la infancia o aquel con el que se agarraron a patadas en un recreo. Pero en general, es más lo que ponemos que lo que quitamos en la vida y devenir de la especie. Por supuesto, hay los asquerosos, los homicidas entusiastas, los predadores, los fusionadores de empresas y recortadores de presupuestos, los presidentes cómplices del saqueo y los oportunistas que pasan por emprendedores. Pero incluso esos, a veces ponen y suman al porvenir de la especie. Algunos tienen hijos que los desprecian y les recuerdan que no son más que bestias ebrios de poder. (Es raro, pero ha pasado).

Sus ideas, algunas lúcidas, otras lucidas se esfumaron. No existen. Las conversaciones en que cuajaron no van y,

claro, tampoco van los besos sabrosos de y a las personas amadas. Érase. *Erase*. (Borrar en inglés. Los guiños entre idiomas son divertidos). A la basura el bailete feliz y la obra terminada que le dejó satisfecha o satisfecho. La muerte temprana se lleva tantos hilos en la poderosa trama de redes y vínculos de la especie humana que deberíamos seriamente alarmarnos. Nos parece que abundamos y que un muerto más, una vida menos, a veces equilibra las cosas en el planeta. Pero no es así. La grave profundidad de estas pérdidas reside menos en lo que se llevan que en lo que deja de hacerse y ya no podrá ser. En un tupido y complejo sistema dinámico esas pequeñísimas e infinitesimales variaciones hacen la diferencia entre un estado y otro estado del sistema. Habitados a pensar en términos de predestinación y evolución más o menos continua, segura y acumulativa, perdemos de vista el inestimable valor de las personas en términos de redes desplegadas y acciones sucesivas y conexas de cara a un porvenir abierto y no escrito, indefinido. Por eso en una de los asuntos en los que concuerdo con Antanas Mockus es esa: *la vida es sagrada*. Pero no la vida biológica, zoé; sino bíos de la persona-cultura, de la persona en la historia. (Para que no se entienda esta posición como defensa del antiabortismo. La vida que hay que proteger no es la del “bebé” abortado —que, mal que nos pese, no es una persona— sino la vida de la mujer —la persona— que experimenta el dolor afectivo y social de decidir no tenerlo).

Cada día una persona sostiene con sus actos y prácticas comunes una red de vínculos que incluye entre 10 y 1000 personas de manera directa. Si se

incluyen sus conversaciones, cada día produce dos centenares de obras completas (ideas, gestos afectivos, tonadas tarareadas, uso de objetos, consumo de bienes, creación de textos) que no solo otros disponen, sino que también se explican como apropiación de lo que otros han dispuesto. Es decir, sus obras son el producto de la apropiación de las obras de otros. Cada persona procura cada día un enorme trabajo educativo capaz de moldear, modelar y cambiar la experiencia de las personas a su alrededor. Le da crédito a ideas existentes, reafirma tonterías y sentido común divulgado por los *media*, cuestiona muchas de esas afirmaciones gratuitas y esboza algunos proyectos sobre el porvenir personal y colectivo. Es posible que no nos gusten esas ideas, pero allí están. Entre otras, porque todos somos esas personas que dicen ideas que nos gustan y que no nos gustan. Allí estamos todos. Cada día esas personas, que somos todos y cada uno, realizan tareas profundamente ingeniosas que deberían deslumbrarnos y que deberíamos honrar. Comida exquisita. Una clase estupenda. Un motor que no funcionaba se pone en marcha. Un software corre sin falla. Alguien vende un bien que parecía invendible. Y otro más realiza una verdadera proeza amorosa en la cama, en la calle, en un patio, en un mangón. Por supuesto, muchos matan a otros, los hieren de muerte o los intimidan hasta paralizarlos. Esos gestos no suman a la especie: quitan.

Este martes 8 de diciembre, el día de las velitas, la celebración festiva que más disfruto y venero, pondré 18 velas. 14 por cada ser humano muerto que me soporta, que me ha provisto de las condiciones de vida de que hoy gozo.

Por cada persona viva hoy hay 14 personas bajo tierra que en los últimos 200 mil años contribuyeron a la especie humana moderna. 98 mil millones de seres humanos muertos procuraron las condiciones que hoy nos mantienen vivos a 7 mil millones. Pondré una vela más por alguien que me enseñó algunas de las claves de vivir como especie y no como borrego atrincherado en la pequeña ceguera del *yo me salvo, que el resto se joda*: mi mamá. Silvia Mina, que le dio por morirse el 1 de febrero de 2008, es uno de esos nudos de la especie humana que sigue tirando hilos y líneas persistentemente mucho después de muerta. Una vela para ella. 2 velas más por los que hoy están vivos (me incluyo) y hacemos lo que podamos para hacer que este planeta tenga algo de sentido. (No incluyo allí a los Bush, a los Uribe Vélez, ni a los Ordoñez, ni a los Duque, ni a los Sarmiento, por mencionar algunos. Por supuesto, ellos no saben que existo y les valgo un soberano bledo. De modo que no importa mucho). Y la última vela va por Xxx, un niño o una niña de cuatro años que tuvo a bien morirse ayer en las puertas del Hospital Universitario del Valle o a las puertas de un puesto de Salud porque arriba, muy arriba, el comité directivo del Banco Interamericano de Desarrollo, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el Banco de la República o un alto funcionario del Ministerio de Economía del país votaron por un aumento en las tasas de interés que elevó la deuda general del pequeño hospital y, en consecuencia, debió recortar personal médico para equilibrar las finanzas. El saldo: cientos de miles de niños Xxx se van al hoyo sin que sus

asesinos paguen un solo día de cárcel. Cientos de miles de nudos se destejen gracias a una limpia y quirúrgica medida burocrática.

No me angustian los matoncitos de barrio y los que hurtan una tiendita de esquina, aunque sean ellos los que más ventilan y presentan nuestros medios de comunicación todos los días, y los que más tarde nos enrostrarán los candidatos a elecciones como razones suficientes para aumentar el pie de fuerza policial, iluminar más los parques o aumentar el presupuesto para un sistema

barrial de alarmas y de cámaras para monitorear las calles. Me angustian más bien los canallitas encorbatados, que, entre otras, se van a la cama sin ningún cargo de conciencia, convencidos de que son *la gente de bien* mientras destejen y deshacen nudos todos los días a una escala sin precedentes: ya no cientos, como los caprichosos señores feudales del pasado, sino millones de heridos, lacerados y muertos, barridos de un plumazo. Y sin empuñar una espada o un rifle de asalto. Les basta con firmar un decreto.



■ B y B: El enemigo

Cali, 22 de agosto de 2019

En mi país y en muchas partes del mundo se habla de la creciente polarización del debate político, de la manipulación estratégica de la información y los relatos periodísticos para moldear la toma de decisiones públicas (elecciones, referendos) y la presencia más o menos reconocible de *influencers* (desde bots hasta periodistas pagos, pasando por ciudadanos comunes debidamente aceitados) que hacen correr la voz adecuada en redes sociales para inclinar la balanza en favor, casi siempre, de posiciones conservadoras, retardatarias y discriminatorias (racismos, sexismos, antiabortismo, anti-inmigración, *tolerancia cero* y franco linchamiento). Pero cada vez

—y esta no es una invitación a pensar en teorías conspirativas— parece indispensable hacerse la pregunta clave: ¿a quién le favorece esta nube de confusiones, este estado de indefensión generalizada, este extraño clima de opiniones cambiantes, que van y vienen a partir de golpes y shows estratégicos?

Soy uno de los que está encantado con filmes de Ciencia Ficción de Próxima, esto es, esa ciencia ficción que recrea escenarios de un futuro más o menos inmediato —algunas décadas o años más adelante del presente—: *Los cuentos de la criada* y *Years and Years* son dos de los más populares en este momento, pero algo de ello se advierte



Cada día miles de dedos fantasmas pulsán el botón rojo y alteran para siempre el destino de millones de personas.

en *Black Mirror*. Estos filmes tiene la gracia de iluminar esquemáticamente algunas de las tendencias más escalofriantes de los nuevos fundamentalismos de derecha.

Pero a mí me parece necesario ver lo que está pasando ahora, advertir los trazos de la demagogia y hacer visible el rostro de la indecencia, entre nosotros. Y es posible verla al lado trajeada de florecida ropa deportiva.

Tuve un *insight* en el gimnasio donde me torturo casi todos los días, a pesar de mi aversión a este tipo de rutinas. Dos hombres, un político local de algún relieve nacional y un gerente de banco, conversaban con esa seguridad y franqueza que tienen los hombres en el poder: con cierto desdén, algo burlones y ese lenguaje sin vacilaciones ni dudas, producto de dictar órdenes y lidiar por años con personas que les obedecen y los complacen. La suya no es la sabiduría del largo trabajo de exploración y experimentación, una sabiduría más cercada de preguntas y dudas que de afirmaciones rotundas. La de este par de hombres es la falsa sabiduría del

decreto y el confiado discurso del burócrata: *así son las cosas y punto*. No es casual que sea el lenguaje falsamente técnico de los nuevos candidatos de derecha: *haremos esto, esto, aquello y lo otro*, un lenguaje generalmente adobado con números, cifras, porcentajes y afirmaciones rotundas que parecen contundentes justamente porque no dicen nada: “necesitamos paz con legalidad”, dice por ejemplo el presidente Duque, que suele ofrecer un lenguaje refranero simplista, justo cuando la cifra de líderes sociales asesinados ronda 900 personas. El otro lenguaje, difícil, matizado, moderado y cauto del sabio, de la científica seria, del virtuoso artesano, de las poetisas, parece menos eficaz porque no ofrece recetas fáciles y demanda medida. Obliga a pensar.

El político en el gimnasio es un joven del partido conservador que ha servido por años al *establecimiento* del que hace parte. Ha ocupado diferentes cargos: desde una entidad encargada de orientar el comercio regional, pasando por la dirección de la asociación de organizaciones bancarias del país, hasta la agencia dedicada al control de los servicios de aviación civil en Colombia. El banquero es un hombre cincuentón, bien torneado y saludable —olvídense de los burócratas y banqueros panzones de las caricaturas de los años 70. Ambos son hombres blancos y hacen parte de la *socialite* de Cali.

Se quejan de los discursos de algunos analistas económicos que auguraban nubarrones y cierta recesión en curso. Celebran las cifras recientes del Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas (DANE) indicando que en el último trimestre la economía

colombiana ha crecido un 3.0%, y para el primer semestre de 2019 se calculaba un crecimiento del 3,05%.

Y entonces el banquero, después de rezongar y quejarse de los augurios pesimistas dice la siguiente frase:

—No nos podemos dar el lujo de ser pesimistas; es que *los bancos vivimos del optimismo*.

Así de simple: la más sencilla teoría económica contemporánea. La conexión entre estados emocionales colectivos y especulación financiera. El pesimista guarda el dinero bajo el colchón y no se endeuda. El optimista, pide crédito porque confía en que podrá pagarlo. El pesimista no emprende ni compra; se atrinchera. El optimista, gasta. El pesimista, retrocede. El optimista, da el salto confiando en que no caerá al vacío. El pesimista ve abismos en todos lados.

Y claro: comencé a detallar la publicidad de los bancos y me sorprendió reconocer en ella abundantes paisajes *new age, happy life, no worry, todo bien-todo bien*. Muchos rostros sonrientes, mucha campaña florecida, mucha casa de venta- nales brillantes y amplios, incluso alguna muestra de diversidad sexual alegrona y, sobre todo, mucho joven *hipster y centennial*.

Entonces lo entendí.

Mientras los políticos de derechas explotan el pesimismo y el terror general, los bancos promueven el optimismo del que se nutren y rentan. Este es el eficiente motor de dos tiempos que aceita la polarización. Políticos de derecha alientan el miedo para obtener réditos y votos, y luego resguardan y arropan a la banca que los financia. Esa banca a su vez se lucra de

personas que, al mismo tiempo, consumen como *optimistas*, pero votan como *pesimistas*. Reniegan como si el mundo a su alrededor fuera una mierda, una continua fuente de amenazas; y consumen como si su entorno fuera el mejor de todos los mundos posibles. Rara combinación. Optimistas respecto a su propio destino y pesimistas respecto al rumbo del mundo que se asoma más allá de su propia y particular trinchera. Es perfectamente compatible cierto *optimismo local* —las personas sienten que, a pesar de todo, hacen lo que se puede para salir adelante, hay nuevo equipamiento técnico en casa adquirido a crédito, el teléfono móvil funciona, pueden acceder a internet, hay algo de comida en la mesa, la moto o el carro encienden y funcionan— con cierto *pesimismo general*: el mundo va de mal en peor, los enemigos —*corruptos, ladrones callejeros, abusadores sexuales, vendedores de droga, guerrilleros, homosexuales, negros, indios, campesinos, mujeres liberadas, drogadictos, terroristas, extranjeros, invasores*— van ganando espacio y pueden afectar el estilo de vida de *la gente buena y decente como yo*. A dos bandas, la explotación de los miedos y la promoción estratégica del optimismo local permite que se expandan las agendas políticas de derecha: aversión a las diversidades sociales y culturales, restricción de derechos sociales, expulsión y repulsión xenófoba, desconfianza en la ciencia, rechazo a los movimientos sociales de mujeres, promoción del emprendimiento individual, atrincheramiento en la seguridad local y territorial y *revivals* religiosos.

Se promueve la aversión a falsos enemigos “locales” y se ofrece una amplia

panoplia de mecanismo de aseguramiento: armas, seguros de vida, viajes turísticos protegidos, medicina prepagada, tarjeta de crédito. Poco importa saber que el efecto letal de los ladronzuelos de barrio es significativamente menor que los efectos letales globales de las decisiones burocráticas. Mueren más niños como resultado de deficientes políticas públicas de salud que por el asesinato de padres *desalmados*. Sin embargo, la *malamadre abusiva* tiene más prensa y aparece de rostro entero y expuesta por la policía, mientras el burócrata errático no parece responsable de sus fatales decisiones. Los jibaros destruyen menos vidas que algunas farmacéuticas, pero poco sabemos de los retorcidos negocios tras las drogas lícitas. ¿Sabemos del impacto que sobre millones de personas tiene elevar o reducir en un punto porcentual las tasas de interés? Ni Christine Lagarde (Directora Gerente FMI), ni Kristalina Georgieva (Directora General del Banco Mundial, y futura gerente del FMI), ni Luis Alberto Moreno (Director Banco Interamericano de Desarrollo), ni Juan José Echavarría (Gerente del Banco de la República) se preguntan eso. No se sienten responsables de ninguna manera de estos efectos concretos. Sus muertos y heridos, los enfermos que segregan, los suicidas que empujan al vacío, no son su problema.

El burócrata asesino no existe: no tiene rostro, ni prensa, ni nombre y jamás

se siente responsable de asesinato alguno. *Se hace lo que se puede*, se consuela cuando llega a casa.

Si hubiera que nombrar, sin ambigüedades cuáles son los enemigos GRANDES, los que toman decisiones que afectan y modifican de manera grave nuestras vidas y destinos, las de todos, las de los obedientes y airados votantes de derecha —aterrorizados y envalentonados— y las de los desencantados votantes de izquierda —furiosos con las victorias de la derecha, dispuestos a resistir, supervivientes de todos de los desastres y reveses políticos recientes— están encarnados en la escena que abre esta nota. Se trata del político/burócrata y el banquero satisfechos. Ambos conversan confiadamente y celebran sus certezas. El joven político conservador se quejaba de que, con la devaluación del peso y la revaluación del dólar, *los viajes a Nueva York se pusieron carísimos*. Y añadió, a propósito de la reciente crisis política y económica en Argentina: *te cuento que hay que ir a Buenos Aires, a comer carne de primera a precios de tercera*. (Entran risas).

Ellos son los enemigos de verdad: el burócrata y el banquero. Ambos trabajan y se apropian de *nuestros miedos y nuestras esperanzas*.

Ambos medran y trabajan con, incluso, los miedos y esperanzas del jíbaro de la cuadra, el canallita de barrio y el extorsionista de pueblo.



■ Guajira Crónica (1)

Escenas, paisajes e historias de la belleza que duele

Agosto 22 de 2019

Flamenco

No es usual. Los flamencos rosados viajan en bandadas para doblar juntos la resistencia del viento. Son aves larguiruchas y livianas, no pesan más de cuatro kilogramos, y cualquiera ráfaga las arrastra fuera de su ruta si viajan a solas. En formaciones de decenas y cientos de flamencos se las arreglan para vencer los vientos de verano de la Guajira colombiana, de las planicies de Tanzania y Kenia o de las escarpadas montañas andinas. También suelen volar en la noche cuando su encendido plumaje rosa es menos visible. De esta manera evitan exponerse. Por eso es raro ver uno cruzando en solitario el cielo azul intenso

de Riohacha a las 8:15 am, zarandeado por vientos de hasta 40 km/hora. Es 3 julio, el día de Kafka. Justo hoy, hace 193 años, la preciosa Julie Löwy se retorció en Praga para parir a quien mejor ha sabido expresar la indolencia cerril de la burocracia, esa patria honda y sumergida como la Atlántida, que cruza de cabo a rabo y de polo a polo al planeta entero desatando tormentas, arrasando vidas y despoblando territorios con solo asentar una firma borrosa en un papel, en una licitación, en una orden de desalojo o en un pliego de instrucciones para recalcular las tasas de interés o los requisitos indispensables para acceder a un título. *Kafkania*, el país de los



Cielo sin flamenco.
Riohacha, julio 3 de 2019. 8:20 am.
Fotografía por Julián González.

burócratas, es el más poderoso del mundo y en todos lados tiene representantes y compatriotas. Hay rincones del planeta sin médicas ni enfermeros, sin policías o jueces, sin carpinteros o masajistas, sin docentes o artistas, pero en cada rincón del planeta hay un *funcionario*, un obediente hijo de *Kafkania*, ejerciendo su cuota de poder —así sea nominalmente— en una oficina privada o pública. Controla un trámite, ejecuta una orden, confirma un dictamen y, sobre todo, domina los sellos, las firmas y los vistos buenos sobre el papel o, últimamente, presionando un comando y digitando un código en el computador o su teléfono móvil.

Por lo pronto, el flamenco sobre Riohacha parece ajeno a *Kafkania*, y su elegante vuelo queda reducido a un conjunto de maniobras más bien cómicas cuando se esfuerza por avanzar a contraviento. Unos segundo antes casi queda patas arriba tras el sorpresivo

golpe de viento lateral que lo desbancaba decenas de metros de su ruta. Se las arregla para tensar las alas, ladear las patas y desplegar la cola hacia la izquierda hasta recuperar el equilibrio perdido. Sacrifica garbo y elegancia para evitar terminar lejos del *Santuario de fauna y flora los Flamencos*, junto a Camarones, hacia donde se dirige. Un segundo después retoma el curso del vuelo y se pierde cientos de metros más allá de lo que mis ojos alcanzan a ver. Todo ocurre en apenas doce segundos. No tuve tiempo de alcanzar el teléfono móvil para fotografiarlo y no me quedó más remedio que la foto del cielo azul, sin flamenco, sin esa llamada rosa como una alucinación, sin ese guiño burlón de Garuda, el alado dios hindú. Este flamenco sin fotografía es la belleza perfecta justo porque no se deja registrar.

¿Pero por qué hablar de flamencos y de cielos azules y de ventiscas cuando en la Guajira decenas de niños han muerto de desnutrición?

Porque en este relato los flamencos son como los gatitos de internet y las tiernas travesuras de los conejos en la web o la risa sexy de las *Kardashian* en la televisión: nos ahorran dolor y espinas. Es que verlos es tan lindo, suavizan la vida, y se sufre menos con ellos luego de una ración de periodismo tóxico cargado de malas noticias.

Pero suficiente de flamencos. Vamos a lo que vinimos: las noticias tristes y tóxicas. ¿Cuántos niños mueren de hambre en la Guajira?



■ Guajira Crónica (2)

Bye bye flamenco: breve reporte de nuestros niños muertos

Agosto 27 de 2019

¿Cuántos niños mueren en Colombia por enfermedades prevenibles?

2015

Riohacha

Vil héroe

320 mil wayúu viven en rancherías distribuidas en 15 300 km² de desiertos y tierras áridas. Javier Rojas Uriana es uno de ellos. No sonrío a pesar de su enorme dentadura. No tiene más de 30 años este hombre de piel cobriza, nariz aguileña y grande, estatura mediana y cuerpo firme. Las cejas largas y rectas, dispuestas casi en V sobre los ojos pardos y un poco rasgados, recuerdan a Mr. Spok.

Rojas Uriana está habituado a dar las peleas que hay que dar. Hace algunos meses la Agencia Nacional Minera ordenó desalojarlo a él y a su asociación de los predios concesionados a Salinas Marítimas de Manaure, SAMA LTDA. Lo acusan de ocupación y explotación ilegal de sal marina. *Estas personas han incurrido en actos de despojo, ocupación y perturbación dentro del área correspondiente al Contrato de Concesión No. HINM-0*, reza el edicto No. GIAM-00987-2015 de la Agencia Nacional Minera. (Las salinas pasarán un año después, 2014, a estar bajo control de un grupo económico panameño-venezolano, el BIG Group, que explotará

la concesión hasta el 2032, tras pagarle a la nación 27 mil millones de pesos).

Así que Rojas Uriana tiene el cuero duro, y está decidido a todo. Sabe que su vida y su destino están en juego y que de prosperar su demanda contra el Estado colombiano se expondrá a toda clase de amenazas. Rojas, apoyado por la abogada Carolina Sáchica, ha interpuesto el 15 de febrero una denuncia ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). Motivo: el estado colombiano no está protegiendo la vida de niños de la etnia wayúu. En 8 años han muerto 4770 pequeños por falta de agua potable, alimentos y servicios médicos. Casi dos niños cada día. La mitad tenía menos de 5 años, y 278 fallecieron de física hambre. Por eso la demanda de Rojas es un paso importante en una larga caminata hacia el corazón de *Kafkania*, la enorme nación de burócratas arbitrarios y absurdos, develada por Kafka en *El Castillo* (1926).

En unos meses, Rojas será un héroe cuando el 11 de diciembre de 2015 la CIDH falle a su favor y le exija al estado colombiano medidas cautelares para atender de manera inmediata la situación.

Cuatro años después, en 2019, el mismo Rojas reaparecerá como villano cuando se descubra su participación en el saqueo y robo de más de mil millones de pesos de un contrato que por 2.223 millones firmaron el Instituto Colombiano de Desarrollo Rural (INCODER) y la Asociación Shipia Wayúu, que Rojas preside.

2017

La insistencia de la CIDH

Han pasado dos años desde que la Corte Interamericana de Derechos Humanos conminó al gobierno colombiano a

hacer lo que un gobierno decente debe hacer sin que medie una querrela en su contra: proteger a sus niños. Elizabeth Abi-Mershed, la Secretaria Ejecutiva Adjunta de la CIDH firma la medida cautelar 51-15 el 26 de enero de 2017, que amplía los alcances de la medida cautelar del 11 de diciembre de 2015. La nueva medida no solo insiste en que el gobierno colombiano no ha hecho lo suficiente a lo largo de 2 años, sino que —además— le exige proteger la salud de las madres wayúu gestantes y lactantes, y no solo la de sus hijos. Al menos 9 mil mujeres están en riesgo de fallecer en las rancherías de Manaure, Uribia, Maicao y Riohacha por falta de atención médica, desnutrición y ningún acceso a agua potable.

El gobierno se defiende. Afirma haber hecho lo que puede y enumera sus gestiones:

- En nueve días recorrió los municipios mencionados con el propósito de consolidar un mecanismo de reporte comunitario sobre niños y niñas en situación de desnutrición. (En esos nueve días murieron 18 niños más).
- Se desplazaron unidades móviles del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar para caracterizar las nuevas rancherías. A la fecha se han atendido 9.817 personas en 264 rancherías.
- La iniciativa “Alianza por el Agua y por la Vida” identificó 249 soluciones de agua y se han implementado proyectos de Red de Seguridad Alimentaria (ReSA) en 140 comunidades, proyectos productivos en 122 comunidades, y soluciones integrales en 33 comunidades. (Nombres bonitos y números grandes

y abstractos. ¿Cuántos niños más murieron?).

- Se ha consolidado un modelo regional de abastecimiento de agua para las comunidades Wayúu.
- Se suscribieron 17 contratos entre el Ministerio de Salud y Protección Social, con apoyo de UNICEF, y hospitales públicos de la Guajira para poner en marcha 17 equipos extramurales —un médico, una enfermera, un auxiliar de enfermería y un trabajador social bilingüe que hable Wayuunaiki— para atender a la población Wayúu. Estos equipos han atendido hasta el momento a 328 familias en 45 comunidades. 865 niños menores de 5 años, de los cuales 64 han recibido tratamiento por desnutrición aguda —alimento terapéutico para los padres y/o cuidadores, a fin de que les sea suministrado a los niños y niñas, según un esquema definido y suministro de antibióticos.
- Se estableció un línea telefónica gratuita y bilingüe —castellano y wayuunaiki— para urgencias.

Representantes de las comunidades afectadas desmienten y controvierten el informe gubernamental, y la CIDH ha decido crearle a las comunidades, pues informes de la Procuraduría y de la Defensoría del Pueblo lo confirman: *Kafkania* ha hecho poco.

A pesar de las medidas cautelares tuteladas por la CIDH en 2015 han muerto 17 niños y niñas de entre 3 meses y 10 años de edad, por desnutrición aguda. Las rancherías no cuentan con acceso a agua potable, servicios de salud y alimentos. Miles de niños, niñas y

adolescentes wayúu siguen pasando los días con un vaso de chicha de maíz como único alimento.

Mientras *Kafkania* ofrece siglas y términos técnicos que sirven para disolver, más que resolver los problemas (ReSA, esquema definido, alimento terapéutico, soluciones integrales, modelo regional de abastecimiento de agua, mecanismo de reporte comunitario, Estudio de la Situación Alimenticia y Nutricional de los Pueblos Indígenas de Colombia-ENSANI); mientras *Kafkania* vomita cifras y censos (17 contratos, 328 familias atendidas, 865 niños menores de 5 años atendidos, 9817 personas atendidas, 264 rancherías visitadas, 249 soluciones de agua); mientras *Kafkania* desampara a 300 mil personas en un territorio más grande que Catar, pero con ingresos per cápita 40 veces menores; mientras *Kafkania* se esmera por ofrecer un rostro decente ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos; en fin, mientras *Kafkania* se lava las manos, la indecencia real sigue su marcha y le hinc el diente a cuanto puede. Y no se limita a sepultar niños en la Guajira, sino —con más intensidad incluso— a niños y madres gestantes en el Choco, en el Vaupes, en el Amazonas, el Guaviare. También se pasea oronda por el Cauca.

2018

Colombia

Censo de la vergüenza

Colombia tiene casi 4,5 millones de niños menores de 5 años y un muro de la vergüenza que se extiende sobre miles de madres y niños enfermos y sepultados.

- Primera Vergüenza: 1 de cada 1.000 niños menores de 5 años tiene desnutrición aguda.

- Segunda Vergüenza: 5 de cada 100 mil mueren por infecciones respiratorias agudas. (En Amazonas: casi 30 de cada 100 mil. En Choco, casi 15 de cada 100 mil. En la Guajira, casi 10 de cada 100 mil).
- Tercera Vergüenza. 10 de cada millón de niños menores de 5 años mueren en Colombia por enfermedades diarreicas agudas. (En Choco: 60 de cada millón. En Risaralda: 40 de cada millón. Y en la Guajira: 20 de cada millón).
- Cuarta Vergüenza. 2 de cada 100 mil niños fallecen de desnutrición en Colombia. (En la Guajira: 18 por cada 100 mil. En Cesar: 12 por cada 100 mil. En Amazonas y Vichada: 10 por cada 100 mil).
- Quinta Vergüenza: 35 mujeres gestantes mueren por cada 100 mil niños nacidos vivos. (En el Vichada: 615 mujeres por cada 100 mil niños nacidos vivos. En Choco, 115 mujeres gestantes. En Putumayo, 132 mujeres gestantes).

Pero Kafka ha decidido hacer lo mejor que puede hacer: comprará 15 aviones F-16 para librar una eventual guerra con Venezuela. 300 millones de dolares. Un millón de millones de pesos. Con esos recursos se podría financiar el Programa de Alimentación Escolar (PAE) de todo el país hasta el 2029.

2018

Colombia

Penal de muerte

En el muro de la vergüenza de *Kafka* se ha publicado el siguiente decreto consagrando la penal de muerte:

Si eres mujer gestante debes correr mayor riesgo de morir. Si eres un niño menor de 5 años debes tener más posibilidades de morir de infecciones respiratorias que de hambre y de diarrea. Las infecciones respiratorias matarán más niños en Colombia que el hambre. Y la gestación y el parto matarán más mujeres que niños. Uno de cada 1000 niños menores de 5 años tendrá desnutrición aguda. Y si has nacido en Vaupes, Amazonas, la Guajira, el Choco o Vichada tendrás más posibilidades de morir antes de los 5 años que si has nacido en Bogotá, Medellín o Cali.

Comuníquese y cúmplase.

2019

Kafka sufre

8 de cada 10 niños wayúu padecen desnutrición.

En *Kafka* preocupa que el optimismo general decaiga, y que el precio de los vuelos a Nueva York se trepen debido a la devaluación del peso, y que la cadena perpetua para abusadores de niños no avance en las sesiones legislativas del Congreso, y que la confianza inversionista se deteriore, y que el metro de Bogotá —el eterno metro de Bogotá— sea subterráneo y no aéreo.

Una tarde cualquiera un banquero y un político caleños conversan sobre la crisis política y económica en Argentina. El joven político conservador le recomienda al banquero aprovechar para viajar a Buenos Aires ahora, pues por la crisis se puede comer en Argentina *carne de primera a precios de tercera*. Esa es *Kafka*: un floreciente reino donde los niños muertos no duelen porque son ajenos y lejanos, y en el que

cada noche miles de funcionarios duermen en paz pues *se hace lo que se puede, y se aplaza lo que debe hacerse.*

Julio 23 de 2019
Ishipa, Guajira
Inteligencia solar

Néstor Luis Jusayu tiene 14 años. Es un chisparoso jovencito wayúu que toca el cuatro y estudia en el colegio Ricardo Gómez de la comunidad Ishipa, a 30 minutos de Riohacha. Algunas de las celdas solares que transportó el cohete Orión Terrier Mejorado, fueron construidas por Néstor Luis para el programa *Cubes in Space*, en el que niños y jóvenes de entre 11 y 18 proponen y diseñan experimentos que la Nasa ejecuta en el espacio sideral y bajo condiciones de gravedad cero.

La Nasa ve en niños como Néstor posibilidades y promesas. Los burócratas de *Kafkania* ven en ellos gasto, presupuesto y ayuda asistencial. No inteligencias e ingenios en desarrollo, sino gasto per cápita que administrar.

Néstor Luis Jusayu murió ayer.

No murió de hambre. O por una enfermedad respiratoria o infecciosa. O debido a la diarrea y deshidratación. No murió por desnutrición. Murió atropellado por un autobús mientras caminaba desde el colegio hasta su casa.

Sus huellas digitales están ahora en el espacio, sus huesos están en tierra guajira y su nombre en alguna de las numerosas listas de niños censados, atendidos o registrados que se inventa *Kafkania*.



Final de la tarde en Manaure. 1 de julio de 2019.
Fotografía por Julián González.



Restos fósiles, Cabo de la Vela, Guajira, Colombia, julio 2019

■ Guajira Crónica (3)

Un libro oscuro de millones de páginas y toneladas

Septiembre de 2019

Desde hace algunos millones de años atrás han desaparecido de la faz de la tierra los dinosaurios. También se han esfumado las extensas praderas de helechos que crecieron sobre el planeta luego de la quemazón provocada por el desastre de Chicxulub cuando un meteorito de entre 10 y 18 kilómetros de diámetro golpeó Yucatán con la fuerza de dos millones de bombas nucleares Tsar. Los helechos le han dado paso a frondosas y espesas formaciones selváticas. El clima seco y frío, la lluvia ácida y las treinta largas noches que aniquilaron la cadena alimenticia de los dinosaurios son un lejano recuerdo grabado palmo

a palmo sobre miles y miles de capas fósiles, ese detallado retrato mineral de las vidas que han poblado el planeta. Cinco extinciones masivas, la última hace 65 millones de años, y 3500 millones de años de derivas evolutivas están finamente grabadas en una película, un filme lentísimo, en el que cada fotograma tarda millones o cientos de miles de años en depositarse sobre el fotograma anterior. La piel de la Tierra es un enorme libro álbum, rico en pliegues y rincones secretos, y en el que la página superior parece una portada vivaz, colorida y eterna hasta que termina inevitablemente cubierta por una página

nueva que hunde, oscurece y enfría a la anterior. Arriba, la vida florecida. Abajo, los restos carbonizados de lo que ayer era la portada technicolor de un libro de miles de millones de páginas heladas y tías, cinceladas en piedra, carbón, arenisca, calizas, sílice y todo tipo de minerales fósiles. Se estima que el 99.9% de las especies que han existido en la Tierra ya han desaparecido y yacen mineralizadas. En ese sentido y hasta cierto punto nuestro planeta es *más tumba que cuna*.

Y cada vida sepultada produce su huella en el sepulcro. *Tu fosa* —origen del término fósil— *será tu retrato*. Y así ha sido desde los primeros fósiles microbianos —3700 a 4 200 millones de años— hasta los subfósiles de especies recién desaparecidas como el dodó con algunos cientos de años. Vida, muerte y mineral: el ciclo completo. Vivir, morir y petrificarse.

45 millones de años atrás las aves, los mamíferos y los reptiles comenzaron a prosperar y a multiplicarse sobre tierra firme en un ambiente cálido de 30 grados de temperatura, favorable a animales que pesan algunos cientos de kilos cuando mucho. Ya ningún ser vivo pesa

quince, veinte o veinticinco toneladas como en el Cretácico, aunque millones de años después, cuando los mamíferos se aventuren a poblar los mares terminarán engendrando el animal más grande y pesado que ha habitado el planeta: la ballena azul.

En tierra firme un reptil serpentea entre la manigua engulléndose todo lo que puede. Es una auténtica trenza de músculos de trece metros de largo: una tonelada en suave movimiento que va dejando su rastro entre la espesura húmeda. Sus presas habituales no están en tierra, pues saben escabullirse antes de que la *Titanoboa* les atrape. Por eso esta culebra gigantesca suele sumergirse en los ríos y espera inmóvil a que peces, reptiles de tamaño mediano y ranas se le acerquen. Descubren demasiado tarde que lo que parecía un inofensivo tronco a la deriva es realmente su sentencia de muerte.

Hasta su desaparición hace unos 60 millones de años, la *Titanoboa* habitó la Guajira y alrededores. Una de sus vértebras fósiles fue descubierta en 2004, aunque solo fue correctamente identificada y clasificada cuatro años después



Restos fósiles obtenidos en Uribia, Guajira, Julio 2019.
Fotografías por Julián González.

por Jason J. Head, Carlos A. Jaramillo y seis investigadores más de la Universidad de Toronto, de la Florida y del Instituto de Investigación Tropical del Smithsonian.

Y el enorme tren que transporta el carbón del Cerrejón hasta puerto Bolívar es sin duda su encarnación industrial.

No sabríamos nada de la *Titanoboa*, sepultada bajo setecientos millones de toneladas de carbón en la mina a cielo abierto más grande de América Latina, sin John May. No sabríamos del más grande yacimiento de fósiles del planeta, sin John May. No existiría uno de los trenes más largos del mundo —2 kilómetros de extensión y 150 vagones— sin

John May. No hablaríamos de flamencos rosados ni de este enorme libro mineral, deshojado capa por capa, que es El Cerrejón, sin John May. Y sin John May, no nos preguntaríamos por qué persiste la pobreza en La Guajira, el departamento con el peor índice de necesidades básicas insatisfechas después de Chocó, a pesar de que la mina ha pagado impuestos y regalías por 12 billones de pesos entre 2002 y 2015, casi un billón de pesos por año. ¿Por qué un yacimiento minero que producirá 5 mil millones de toneladas de carbón durante los próximos 160 años redime a tan pocos de la pobreza?

...Y además, ¿quién demonios es John May?



Fósiles obtenidos en Uribia, La Guajira, julio de 2019.
Fotografía por Julián González.

Restos fósiles, Cabo de la Vela, La Guajira, Colombia. En el antropoceno, esto es, a partir de la presencia humana sobre el planeta, por primera vez se están produciendo extinciones masivas que quizás no dejarán restos fósiles pues —en muchos casos— son sistemáticas, rápidas e industriales.

En el curso de estas extinciones las especies desaparecidas se han convertido en mesas de madera, carnes procesadas, plumas de sombreros, cepillos para el cabello, polvos y tópicos sexuales, aros de argollas, bolas de billar, cuero de maletas,

abrigo de piel, nácar de adornos o aceite de lámparas, mientras sus huesos y restos van a dar a enormes basureros. Si dentro de millones de años se encuentran yacimientos fósiles en estos basureros, estarán entreverados de forros plásticos agujereados, barras de metal oxidadas, tapas de gaseosas aplastadas, tornillos de acero retorcido, trozos de botellas maltrechos y latas de aluminio arrugado. Y, claro, estarán los huesos de alguna mano humana aferrándose a una indestructible tarjeta de crédito con el chip de datos intacto.



Cabo de la Vela, Guajira, julio de 2019

■ Guajira Crónica (4)

Desierto y aguas subterráneas

Septiembre 12 de 2019

Además, de todos los pueblos aborígenes del territorio colombiano, [los wayúu] fueron los únicos que aprendieron de los españoles cómo usar dos elementos que resultaron básicos para la defensa de su independencia: las armas de fuego y los caballos.

MONROY BARRERA, 1953

1760-1771

La Nueva Granada

El Virrey y los indios guajiros

El Virrey *Pedro Messía de la Cerda* y de los Ríos los considera poco menos que engendros de la tierra. Los indios guajiros son “ambiciosos, traidores, vengativos, desconfiados y llenos de abominaciones”, dice. Y sabe que es difícil combatirlos y adoctrinarlos.

¿Les teme?

No: los desprecia.

La maestría militar del Virrey no está en cuestión. Siendo un mozuelo había luchado en Cerdeña y Sicilia entre agosto y noviembre de 1717 contra tropas de los Habsburgo, donde cayó prisionero y obtuvo la libertad tras ser canjeado. Tenía 19 años cuando participó en varios combates contra los ingleses, y a los 26 fue ascendido alférez de fragata. A los 45 ya era capitán de navío, y a los 53 hacía frente a corsarios y contrabandistas en Cartagena. 7 años después se convertiría en Virrey de la Nueva Granada. Se instaló en Bogotá en 1761, pero dos años después debió desplazarse a Cartagena cuando los ingleses sitiaron La Habana. Un ataque

a Cartagena era previsible y decidió apersonarse de la eventual defensa de la ciudad, pues su pericia en el combate naval no dejaba lugar a dudas.

Quizás por eso su celo y profundo desprecio por los indios guajiros. ¿Cómo era posible que una horda harapienta y mal armada pudiera hacer de las suyas en la región? Entre 1701 y 1757 han protagonizado al menos cuatro alzamientos armados. Para 1763, cerca de 7.660 indios guajiros cuentan con armas—incluidos rifles holandeses, ingleses y franceses— y 15 años después la cifra se duplicará: 14.970.

Pero Messía de la Zerda confía en completar la pacificación de la Guajira. No sabe que fracasará sin remedio.

1769

La Guajira

A rastras

22 indios guajiros van en fila hacia Cartagena, a trabajar obligados en las fortificaciones. Hace menos calor aquí que en Río del Hacha, pero resienten la humedad, los olores y el amontonamiento de gente en la segunda ciudad más poblada de la Nueva Granada después de Santa Fe de Bogotá. En Cartagena hay, mal contadas, 14 mil personas distribuidas en cuatro barrios. La mayoría se aprieta en el bulloso y arrabalero Getsemani. Las casas y edificaciones están distribuidas a suficiente distancia de las murallas y lejos de la orilla del mar para evitar el tiro de cañón del corsario inglés y de los filibusteros, que una y otra vez asedian la ciudad.

Pero para los indios guajiros el enemigo no es el corsario ni el pirata sino el funcionario del Virrey, el hacendado y el fraile capuchino. Los tres poderes coloniales acosan por igual.

Los indios guajiros han sabido resistir gracias a una centena de clanes que cobran, con sangre, cualquier afrenta. El sistema de cacicazgos no funciona aquí, aunque hay uno que otro cacique o capitán que intermedia entre el poder colonial y los clanes. Pero en general las *parcialidades* indígenas, los clanes y familias establecen negocios y comercian sin atenerse mucho al control colonial. Contrabandean sin más. No dudan en vender y comprar mercadería a los franceses, holandeses e ingleses, trafican en la frontera con sal y metales, pescan perlas, arrean ganado, llevan y traen armas y distribuyen *palo de brasil*, tabaco y licores recorriendo a lomo de mula o a pie largos trechos en un desierto que vence a quien no lo conoce, y somete a quien viene cargado en exceso de provisiones.

El Virrey Pedro Messía de la Zerda los admira tanto como los desprecia: “Estos hombres se mantienen sin comer y ni beber dos y tres días, y les satisface abrir en breve instante la tierra con sus manos, y beber un sorbo de agua de cualquier calidad que sea, comen raíces de yerba, y frutillas silvestres, que uno y otros acabarían con un hombre de los nuestros en pocos días”.

Pero los guajiros y sus diversas parcialidades—zapuanas, cocinas, cocinetas, hozayúes, alpushianas, jarariyúes, urianas, puciarines, hipuanas, hipuayúes—son sobrevivientes de un exterminio sin precedentes. En la provincia de Cartagena al comenzar la conquista había cerca de 200 mil indígenas guajiros, chimilas, ika, kankuamos, koguis, wiwas, cariaquiles o cariaquiles, guanebucán y caquetíos, makuirá, enéal, anates, paraujanos, garabuyas, antañocos, yercuas, caracas y coanaos. Dos siglos después quedan

40 mil, de los cuales 22 van forzados por el cabo José Antonio de la Sierra a las murallas como picapedreros y albañiles. De la Sierra es un mestizo guajiro, una pieza híbrida del enorme engranaje colonial. El mestizo no duda en arrastrar a los suyos a la mazmorra, al cepo o a la tumba. Y como es guajiro, él sabe que este rapto es una de esas afrentas que los clanes suelen cobrar con sangre.

1769

Guajira

Lo que no puede la cruz lo puede el arcabuz

Piensa *Bernardo Ruiz de Noriega*, gobernador de la Guajira, un comerciante sin dotes militares, que desde hace 9 años lidera las campañas de pacificación y sometimiento de la región, al mando de mil hombres y con el apoyo de hacendados de la región. La cruz de los misioneros no ha sido suficiente para convencer a los indígenas guajiros de apegarse a la obediencia católica y la fe, y algunos capuchinos han recomendado el sometimiento a sangre y fuego. Y *Gerónimo de Mendoza*, el nuevo gobernador, ha decidido continuar con las tareas de pacificación que había emprendido Noriega, su predecesor.

No se imaginan Gerónimo de Mendoza ni Pedro Messia de la Zerda, cómodamente repantigado allá en Santa Fe de Bogotá, que tras la retención de los 22 indios guajiros vendrá un levantamiento que marcará a fuego y hierro la región. El Virrey sabe que ni el control colonial sobre las fronteras está asegurado, ni los distintos grupos y *parcialidades* indígenas en La Guajira están completamente sometidos. Gozan de relativa autonomía y Pedro Messia de la Zerda

reconoce que los indios guajiros matarían al mismísimo rey si los ofende. Por eso los desprecia tanto como los respeta y los tolera:

por lo que respecta a hacer la guerra, los he visto manejar un fusil y fatigar un caballo como el mejor europeo, sin olvidar su arma nacional la flecha; a esto les acompaña un espíritu bizarro con mucha parte de racionalidad adquirida en el inmemorial trato y comercio que han tenido con todas las naciones.

Con los indios guajiros nunca se sabe: ni la cruz ni el arcabuz son garantía.

2 de mayo de 1769

El Rincón Guajira

Sublevación

Pedro Valdeblanquez, español, va camino a El Rincón. Quiere confesarse. Es martes. Lo espera fray *Basilio de Calich*, que preside *el pueblo de Nuestra Señora del Socorro del Rincón*, y hace parte de la orden capuchina. La orden misionera está empeñada en reducir y *domeñar* a los *Yndios Guaxiros*, instruirlos en la Fe Católica, erradicar el abigeato, terminar con las uniones del varón con muchas mujeres y los casamientos sin ley, desterrar el contrabando y hacerlos obedecer a la corona española en cabeza del Virrey.

Cuando fray Basilio de Calich escucha el bullicio afuera es demasiado tarde: indígenas nativos de los pueblos de Orino, Boronata y Laguna de Fuentes han rodeado la iglesia. Tienen lanzas y armas de fuego. Reclaman por el rapto de sus 22 hermanos y por los abusos de hacendados, autoridades coloniales y el clero. No hay diálogo que valga. Vienen a cobrar con sangre la sangre de los suyos,

y antes de que Valdeblanquez consiga escabullirse es atravesado por una lanza y rematado con dos tiros de escopeta. Luego vino el saqueo del templo y el incendio que calcinó por completo el cuerpo del español.

Cuando 25 soldados al mando del cabo Sierra llegan a El Rincón para sofocar la sublevación y rescatar al fraile, algunos lo reconocen: es responsable de secuestrar a 22 de los suyos. Aunque el fraile consigue resguardarlo en la casa cural, los amotinados encienden la vivienda y allí mueren Sierra y ocho de sus hombres. Basilio de Calich escapa.

Y es apenas el comienzo. Cientos de indígenas guajiros marchan hacia Mancornado donde toman una de las haciendas, queman a una familia entera dentro de los ranchos y capturan a dos niños, una mujer y dos hombres, además de reses y caballos que se llevan Guajira arriba. Lo que empezó como una movilización de un centenar de personas, en menos de una semana se ha transformado en una sublevación de cerca de 30 mil, de las cuales 10 mil son hombres adultos. El resto son niños, jóvenes y mujeres. Es una movilización colosal si se tiene en cuenta que el censo de 1778 cifrará en 792.668 habitantes la población del país.

El alzamiento va extendiéndose sin pausa: caen uno a uno los pueblos de Maravilla, El Paso, Cavis, Melones, Arrenal, Menores, Rincón, Moreno, El Loco, La Soledad, San Antonio y San Bernardo. 70 poblados son arrasados y al menos un centenar de españoles abatidos. Los asentamientos fundados por monjes capuchinos con fines de evangelización son destruidos, y los misioneros, desterrados. Ahora el gentío, el incendio y la rabia se

dirigen hacia Río del Hacha, que se convierte en el último bastión y refugio de los colonizadores. La ciudad está sitiada.

Fundada en 1547 por el alemán Nicolás de Federmann, Nuestra Señora Santa María de los Remedios del Río de la Hacha ha desaparecido una y otra vez. El pirata Francis Drake acabó con ella en 1596. Una marejada la hundió en aguas a mediados del siglo XVII. Y ahora está a punto de sucumbir a manos de los indios guajiros sublevados. Pero sobrevivirá, aunque Riohacha continuará padeciendo asedios. Dentro de 50 años, hacia 1820, los patriotas la incendiarán para evitar que tropas realistas se instalen allí. Y dos siglos después la ruina vendrá de adentro, encarnada en los Gnecco, Pinedo, Char, Gómez, Redondo, Robles, Pérez Bernier, Ballesteros y otros apellidos de gobernantes y políticos regionales —no todos guajiros— de lo más perniciosos.

Pero ahora la ciudad se enfrenta a una situación sin precedentes. Es más que un ataque invasor. No solo es la posibilidad de un incendio devastador. No solo es una ola de saqueos y secuestros. No solo es plomo, garrote y flechas.

Río del Hacha corre el riesgo de morir de hambre.

Aunque los indios guajiros viven del contrabando, la verdad es que toda la provincia, incluida la ciudad y sus autoridades, se benefician del tráfico ilegal. Por eso lo toleran. Desde 1700 ningún barco español ha atracado en Río del Hacha, así que sin excepción ropa, alimentos, bebidas, azogue, leña, harina de trigo, martillos, clavos, pieles, quina, plomo, utensilios de cocina, armas, joyas, adornos, perfumes y licores se obtienen mediante comercio clandestino desde Jamaica, Curazao y las variadas

rutas de provisión del Caribe. Entonces el alzamiento guajiro supone la suspensión de las redes de distribución de mercaderías hacia y desde la ciudad.

El desabastecimiento es la real amenaza.

1769

Riohacha

Un muerto salva la ciudad

En La Soledad se produce el combate. Liderados por Blancote, un indio guajiro, la carnicería enfrenta a familias guajiras con familias guajiras: Blancote reclama por la muerte de su pariente, el cabo *José Antonio de la Sierra*, el mismo que había secuestrado a 22 hombres para trabajos forzados en Cartagena. Exige pagar con sangre su muerte y el enfrentamiento termina por dividir la insurrección contra Río del Hacha y contra el poder colonial. El asedio disminuye y destacamentos militares enviados desde Cartagena, Santa Marta y Maracaibo reducen las hostilidades por algunos meses.

De esta manera, José Antonio de la Sierra —responsable en vida del desastre— se transforma en héroe post mortem. No hay una estatua de José Antonio de la Sierra en las plazas de Río Hacha como no habrá una de Javier Rojas Uriana en Manaure. El vil héroe, el villano + héroe, es una figura en claroscuro, viene de abajo y abajo regresa después de contribuir a parir la historia. Inclasificables, los *vil héroes* son la expresión perfecta del ambiguo curso de la dominación: venidos del barro y el fango se alzan con algún triunfo momentáneo, alcanzan el cielo, hacen un gesto decisivo que desafía el poder o lo alienta, salvan o hunden lo que parecía insalvable, detienen lo que



Mapa de la Guajira, 1789,
por el gobernador Juan Álvarez.
Tomado de <https://bit.ly/2WKWiBT>

resultaba inevitable, desvían el curso de un río que trituraría una ciudad, atajan al ejército que destruiría un caserío, tiran abajo una muralla, plantan selvas en el desierto, y luego terminan ahogándose en el río que desviaron, se unen al ejército del vencedor, abren una fosa enorme donde antes estaba la muralla o ponen en marcha un aserradero entre la manigua milagrosa. Levantan un imperio que se derrumba. Santifican su propia pesadumbre y su propia miseria para esculpir un modelo de redención que luego —y en eso consiste su villanía— defraudan. Pablo Escobar es nuestro vilhéroe nacional contemporáneo, como lo ha sido la larga estirpe de bandoleros populares de la primera mitad del siglo XX: Efraín González Téllez (Siete Colores), Jacinto Cruz Usma (Sangrenegra), José William Aranguren (Desquite), Teófilo Rojas Varón (Chispas), Medardo Trejos Ladino (Capitán Venganza), Jacobo Prías Álape (Charro Negro) y, hasta cierto punto, Pedro Antonio Marín (Manuel Marulanda Vélez o Tirofijo).

Y José Antonio de la Sierra, a su manera, es el *vilhéroe* perfecto: traidor de

su propia estirpe, termina por apalancar el poder colonial transitoriamente antes de que el propio poder se derrumbe. Pero, al mismo tiempo, es el pretexto que alimenta el amotinamiento guajiro, es la cuota inicial de las gestas populares de independencia que cuajarán unas décadas después en la rebelión de los Comuneros de Simacota, Charalá, Mogotes, Socorro, Neiva, Guarne, Tumaco, Hato de Lemos, Casanare, Mérida, Los Andes, Sopetrán, Sacaojal y San Nicolás de Rionegro.

El *vilhéroe* es el ninguneado personaje de la historia nacional, no necesita estatuas ni monumentos porque anida confusamente en el corazón y en la memoria de cada colombiano. Generalmente es un varón. La heroína popular parece menos ambigua y bizarra que el *vilhéroe*, el destilado de todas nuestras contradicciones.

Es el deportista que cae en desgracia, el cantante popular que se marchita, el líder popular que se tuerce, el astuto financista que redime y estafa a cientos. Es Diomedes Díaz y Joe Arroyo. David Murcia Guzmán y Kid Pambelé. Rodríguez Gacha y Edwin Congo. La lista es amplia y variada.

1771

Provincia de La Guajira

Convencer y vencer

Embalentonado, el nuevo Virrey *Manuel Francisco de Guirior y Larrea*, ha decidido terminar lo que *Messía de la Cerda* y *de los Ríos* no pudo: pacificar y dominar a los indios guajiros. De Guirior confía en que fortaleciendo la alianza y presencia de hacendados, fuerzas armadas y misioneros podrá conseguir avasallar a los indómitos.

Messía de la Cerda y *de los Ríos* se ha retirado el 31 de octubre de 1772, pero antes de marcharse le ha explicado al nuevo Virrey que su fracasada empresa de pacificación se debió al pobre y deficiente trabajo evangelizador de los monjes capuchinos, y no a la debilidad militar de la corona.

Así funciona Kafkania: responsabiliza a otro de los fracasos, y se atribuye sin más todos los éxitos. Los capuchinos son culpables de haber evangelizado mal a los indios guajiros, insiste *Messía de la Cerda*, que morirá en Madrid en 1783, diez años después de terminar el virreinato.

Los capuchinos también tienen a quien culpar del fracaso: a los capitanes y caciques que sirven de intermediarios ante los clanes y familias guajiras. El enlace entre el evangelizador y los *salvajes* es el responsable de que 200 años después los guajiros sigan siendo un pueblo indómito, dicen los frailes.

El cacique *Cecilio López Sierra* no ha contribuido mucho a adelantar bien las tareas de evangelización pues *posee el notorio vicio de ebrio* y solo se ocupa de las gentes de Boronata, donde reside, pero no hace lo mismo en otras poblaciones. Al menos eso escribe *Antonio de Arévalo* sobre una expedición realizada en 1776 para pacificar y *reducir*, es decir, adoctrinar en la fe católica a indígenas de la Guajira. Y lo dice porque los frailes capuchinos lo dicen.

Los indios de dichas poblaciones, aunque tienen sus capitanes no viven con obediencia a ellos que aunque estos les manden no quieren obedecerlos y lo mismo de los mandatos de los padres misioneros, vienen al catequismo los que

quieren y cuando quieren desamparando los pueblos y retirándose al monte cuando les da gusto sin que podamos remediarlo por sus genios altivos y desvergonzados y sujetarse a castigo, pues si los castigan sus capitanes o cualquier otro, se levanta toda la parentela pidiéndoles paguen el agravio.

Antonio de Arévalo hace una advertencia que firma y corrobora Fray Basilio Calich:

si esta reducción no se empieza cuanto antes, de forma que suene voz de destierro de esta Provincia: a otro castigo de dicho casique antes de que se empiece dicha reducción, peligran las vidas de muchos españoles, que solitarios andan entre los yndios, y aun las de los mismos misionarios, con algunas perdidas de bienes temporarios, por robos de dichos yndios.

Fray Basilio de Calich sabe de qué habla Arévalo pues sobrevivió a una asonada guajira en El Rincón.

Antonio de Arévalo es un hombre eficaz: es ingeniero de fortificaciones y sabe que su tarea inicial es adelantar el proceso de pacificación militar. Luego vendrá la tarea de congregar a los guajiros en poblaciones reconstruidas tras el levantamiento de 1769. Obligar a un pueblo nómada a asentarse en un lugar es decisivo pues solo aquietándoles se puede hacer la labor evangelizadora, cobrar tributos, controlar el tráfico y establecer residencias próximas a las de los colonos españoles y hacendados criollos.

El proyecto pacificador marcha viento en popa a pesar de los conatos de

resistencia de algunas parcialidades indígenas guajiras y las amenazas de algunos pobladores contra los frailes capuchinos. No han desaparecido los casos de abigeato ni la poligamia ni el pago de casamientos en cabras y reses, pero Arévalo cree que hay que obrar con paciencia y cautela: lo que no se hizo en dos siglos no se hará en pocos años.

Diciembre de 1775

Apiesi, Guajira

El fuerte débil

El fuerte de Apiesi está completamente destruido. Un misionero capuchino y 77 hombres más yacen destrozados entre las edificaciones. Solo 22 de los 90 hombres responsables de la fortificación sobrevivieron y consiguieron regresar a Bahía Honda.

Apenas hace algunos días el gobernador José Galluzo y Páez había dejado el fuerte satisfecho de haber disuadido a los indios guajiros, que habían amenazado una y otra vez con atacar la obra. El pulso había considerado amenazas mutuas y hasta un ultimátum: los guajiros debían entender que, incluso si atacaran el fuerte, la corona española y el virreinato enviarían más ejército y más fuerzas armadas para reestablecerlo. Era inevitable: España prevalecería y lo único que obtendrían los sediciosos serían más muertos entre sus filas. Eso les había dicho Galluzo con firme determinación.

Cuando vio a los jefes y a cientos de indios guajiros sumarse a la construcción del fuerte, Galluzo celebró su propia perseverancia y capacidad de disuasión. No había querido atender las reticencias de Arévalo. Esa tarde del 15 de diciembre de 1775, cuando terminaron la

construcción, las murallas, la iglesia y los edificios interiores probaban que la empresa pacificadora estaba rindiendo sus mejores frutos en la lejana Apiesi, Guajira adentro.

Galluzo estaba tan orgulloso y satisfecho que había olvidado que, apenas 9 días atrás, de camino al fuerte, había pasado el susto de su vida cuando encararon un ejército de mil indios guajiros dispuestos a bloquearles el paso y sabotear la obra, pues creían que el fuerte les impediría continuar comerciando y traficando como lo habían hecho durante siglos. Algunos comerciantes holandeses, ingleses y franceses les habían advertido que el fuerte sería usado para desarmarlos y someterlos. Galluzo no se dejó intimidar y aprovechó para hacerles la advertencia: en efecto, el rey levantaría una y otra vez el fuerte, y una y otra vez caerían algunos hombres del ejército, pero primero morirían indios guajiros por cientos. El fuerte era inevitable.

Ahora en Bahía Honda, donde ha recibido la noticia, Galluzo comprende la profundidad de su fracaso. La caída de Apiesi es la ruina de toda la aventura de pacificación de los indomables guajiros. Los frailes capuchinos se batían en retirada hacia Río del Hacha y los hacendados prefieren permanecer cerca de la ciudad.

Y en estos momentos, España debe encarar otros frentes de batalla —la guerra de independencia de Estados Unidos amenaza algunas de las posesiones hispánicas más preciadas, entre ellas el Virreinato de México— lo que obliga a reducir sus fuerzas armadas en Río del

Hacha y varias localidades del Caribe neogranadino. Las menguadas defensas militares se reservan para defender las poblaciones situadas entre Simanaica y hasta Pedraza y Río del Hacha.

Bahía Honda y Sabana del Valle son destruidas completamente por los indios guajiros tras ser abandonadas.

Y la alta Guajira jamás volverá a ser una prioridad para el Virreinato.

2019

Guajira

Los wayúu, Agua y desierto

En este desierto para encontrar agua hay que cavar hondo, al menos seis metros removiendo una tierra dura, seca y apretada. Pero al final el esfuerzo es recompensado por un manantial de aguas cristalinas y dulces. Las más frescas que uno puede beber. Los *jagüeyes* o pozos, confirman que el desierto solo florece y se ofrece a quien sabe tratarlo bien. Alguien dice que esas aguas no son más que la sangre purificada de los millones de indios muertos, los que la conquista, la colonia y la república han sepultado y que la historia de los vencedores jamás ha reconocido o exhaltado. Esas aguas subterráneas hablan por ellos y cuentan su historia por ellos. Y calman la sed de quien sabe buscar. Beber sus aguas es rendir tributo a sus almas y sus destinos truncados.

El desierto y las aguas subterráneas aún prevalecen. Los wayúu prevalecen. Prevalecen sus endeble rancherías. Y, contra las previsiones de Galluzo, ya no están en pie el fuerte Apiesi ni el Imperio Español. Inesperada lección de sobrevivencia y una sonora bofetada a la arrogancia de los poderosos.



■ Guajira Crónica (5)

La patria lenta

Septiembre 18 de 2019

En la Guajira los wayúu sobreviven. Son 380 mil según el censo de 2015, el grupo indígena más grande del país. Los flamencos sobreviven. Eran 12 mil hace algunas décadas. La sequía de 2015 los redujo a apenas 800. Y recién ahora han vuelto. Se estima una población de 4200. La Titanoboa sobrevive metamorfoseada en el formidable tren de El Cerrejón de 150 vagones encadenados. Y sobreviven Kafka y la corrupción que en La Guajira es sistémica según la Fiscalía. Sobreviven las astutas y legendarias trochas del contrabando. Y el tráfico de armas. Y la vergonzosa pobreza: 52% de los guajiros vive en pobreza monetaria; 27% en pobreza extrema; el 84%

de la población rural es pobre; y son pobres casi 9 de cada 10 indígenas. El Índice de Pobreza Multidimensional alcanza el 80% en La Guajira, mientras en el país es del 50% (otra vergüenza).

Corren ríos cristalinos bajo el desierto mientras arriba campea la sed, otra sobreviviente. En la Guajira rural solo hay acueducto en el 22% de las viviendas, y alcantarillado en el 7%. Por eso sobreviven y pululan las enfermedades gastrointestinales.

También sobrevive el viento que lo arrastra todo: matorrales y árboles se convierten en perchas trajeadas de retazos plásticos a lo largo y ancho de la Guajira desértica. Los turistas se asquean al



Tren que conecta El Cerrejón con Puerto Bolívar. Hay 18 locomotoras. Cada una tira de 150 vagones. Cada vagón carga 110 toneladas de carbón. Imagen tomada de <https://bit.ly/3oSGG1f>



Vientos intensos doblegan las palmas y lo arrastran todo. Playa en La Guajira, cerca a Riohacha, julio 2019. Fotografía por Julián González.

ver tanta basura expuesta y enhebrada en las ramas, pero basta con aguzar la vista para notar que en las ciudades del país hay mucha más basura expuesta, solo que hacinada y sembrada en enormes barrancones o entreverada entre las calles asfaltadas y los edificios. En la Guajira la vemos. En las ciudades se camufla en la revoltura de colores, formas y tramas de que está hecho el paisaje urbano.

En estos desiertos, los arbustos vestidos de residuos son un enorme monumento al Lado B del consumismo y sus envoltorios desechables. Pero no son los únicos monumentos aquí.

En Ríohacha hay estatuas a las mariposas amarillas de Gabriel García Márquez. A Nicolás de Federman. A la Virgen del Carmen. A la Identidad. Hay un monumento al Pütchipü'ü o Palabrero. Y una enorme araña homenajea las virtudes tejedoras del pueblo wayúu. Hay un monumento a los Embarradores, esos personajes carnavalescos que salen del fango a asustar a los fiesteros. Hay esculturas al Acordeón y al Cardón o Cactus

Guajiro. Hay una estatua de Francisco El Hombre, que venció al mismísimo diablo en un duelo de acordeones. Pero no hay estatuas de José Antonio de la Sierra. Ni de los cientos de miles de indios guajiros muertos. Ni de los esclavos negros, que también fueron esclavizados y vendidos por los indios guajiros. Hay, eso sí, un monumento al Negro Robles y al almirante José Prudencio Padilla. No hay un monumento a los ríos subterráneos ni a los grifos sin agua en las casas. Ni a la bonanza marimbera de entre 1975 y 1985. No hay una estatua a Juan Gómez Osío, quien descubrió las minas del Cerrejón en 1855. Ni tampoco hay una estatua dedicada a John May.

¿Otra vez el tal John May? ¿Pero quién diablos es John May?

Si el corsario fue un engranaje clave de la acumulación de riquezas del naciente imperio inglés del siglo XVI, el ingeniero lo será del imperio británico entre finales del siglo XVIII y las primeras dos décadas del siglo XX. Si la cruz, la espada y el arcabuz simbolizan la Conquista española

de los nuevos reinos de América, y el arco recurvo y el caballo, el dominio que ejerció Atila en Europa central en el siglo V, el teodolito lo es del neocolonialismo británico. El teodolito de John May, su diario de campo y sus instrumentos de medición topográfica, sus mapas, sus libros de consulta técnica, sus plumas y tintas para escribir, su colección de muestras minerales, su odómetro y planímetro encarnan de manera perfecta el dominio inglés que se extendió por África, Asia y América a lo largo del siglo XIX y comienzos del XX, poniendo una pata en las finanzas y la exploración — extracción de recursos para la industria—, y la otra en la cultura y geografía de los territorios para saber dónde instalar asentamientos ingleses y cómo aprovechar mano de obra dócil.

John May es la ciencia imperial que mapeó el subsuelo de América tal como el conquistador del siglo XVI mapeó sus costas y caminos.

John May, C. E.: Civil Engineer. Así firmaba sus informes.

Entre 1860 y 1920 se desplazaron decenas de ingenieros civiles desde Gran Bretaña hasta América Latina con el propósito de detectar reservas minerales, identificar territorios económicamente prometedores, construir minas, ferrocarriles, puertos, avenidas, canales, ductos, muelles y drenajes. John May fue uno de ellos, todos bendecidos por The Institution of Civil Engineers (ICE), una poderosa organización y asociación profesional que desde 1836 aglutina a ingenieros escoceses e ingleses y que, con el correr de los días, ha terminado por reunir a casi 100 mil ingenieros de todo el mundo.

Mejores vías y puertos para producir y exportar materias primas y alimentos era el objetivo central de esta expansión



Basura cardada y enramada en La Guajira.
Julio 2019.



Un puente donde no hay ríos, adyacente a una ranchería. Incluye publicidad política de Jaime Luis Lacouture, del partido Conservador.
Julio de 2019



Vista lateral del puente sin río.
La Guajira, Julio de 2019.
Fotografías por Julián González.

imperial apoyada en la ciencia, la técnica, las finanzas y, no hay que ser ingenuos, la fuerza de las armas.

Ingenieros del ICE recorrieron las nacientes repúblicas de América Latina, casi todas en bancarrota tras las guerras de independencia del primer tercio del siglo XIX. Como John May estuvieron en el continente John Coghlan (1824-1890), Conrad Henry Walter Grundtvig (1861-1890), Percy Burrell (1833-1890), Frank Henry Matthew (1879-1915), Wilhelm Adolph Worsoe (1857-1893), William Lloyd (1822-1905), Edwin Clark (1814-1894), James Gregson Chapman (1830(?) -1902) y Rennie Charles Augustus Twyford (1863-1901), según informa el investigador chileno Nelson Arellano Escudero.

Orgullosa topógrafo, May escribe en la prosa usual de los naturalistas. Mezcla precisión y minucia técnica con entusiastas notas de color. Por ejemplo, destaca cómo los indios Tayrona dominaron una porción importante de Sur América, incluyendo parte del istmo de Panamá, pero tras la llegada de los españoles se desvanecieron. Y añade:

Desaparecieron tan secretamente que no se puede encontrar un historiador que haya registrado el evento. Su territorio, por lo tanto inexplicablemente dejado vacante, es quizás, sin excepción alguna, el más favorablemente ubicado en toda América del Sur para los emigrantes europeos, debido a su riqueza mineral, clima frío y proximidad al mar, por no hablar de la fertilidad del suelo, que produce, o es capaz de producir, cada árbol, planta y hierba común de la zona gélida o tórrida. Habiendo servido ya para mantener una nación, se puede

esperar razonablemente que posea todos los requisitos necesarios para el establecimiento de otra.

No duda en comparar a la Sierra Nevada de Santa Marta con Suiza y el Mont Blanc. “La vista de la entrada al Valle Tayrona es indescriptiblemente bella”, escribe. En algún momento contrasta ilustraciones antiguas de algunas montañas con las que tiene ante sus ojos y no duda en hacer sus propias ilustraciones introduciendo los ajustes necesarios. “Los ríos exhiben cataratas elevadas, y los vados son pocos y excesivamente peligrosos”. May enumera especies de plantas y animales, hace descripciones topográficas, destaca el exquisito sabor de algunos peces o la calidad de un fruto que los nativos llaman “narices”. Relaciona posibles minas de esmeralda, plata y oro en la región, y se apoya en rumores —como los de una tal doña Manuela Manuaceli— para señalar la ubicación de minas abandonadas que pueden rehabilitarse en el futuro. Apela a documentación histórica escrita por los españoles para localizar y describir poblaciones antiguas de la nación tayrona y de los indios chimilas. Alude a los nombres de sus caciques y linajes. Habla de caminos y rutas centenarias.

Ha residido y recorrido la Nueva Granada desde, al menos, 1855, y reconoce su ascendiente sobre muchas personas que han estado dispuestas a colaborarle en sus tareas dada su condición británica.

Contratado por el gobierno en calidad de ingeniero y topógrafo, el martes 31 de octubre de 1865, John May le escribe una extensa carta a Tomás Cuenca, Secretario de Estado de Hacienda y Fomento de Manuel Murillo Toro, presidente de los

Estados Unidos de Colombia, y responsable de la introducción del telégrafo en nuestro país. En la carta, May le reporta el descubrimiento de un extraordinario yacimiento de carbón *de canal* o *carbón de vela*, un tipo muy apreciado en la época porque ardía sin producir demasiados residuos y tizne, se podía pulir para hacer pequeñas piezas ornamentales y de joyería, encendía con facilidad y duraba mucho más que la madera. Era más compacto que el carbón mineral ordinario y podía ser útil para producir el querosene o aceite de carbón que, con los años, fue reemplazado por el petróleo. May estaba fascinado con el hallazgo en las cercanías de *Rio Hacha*, Guajira. Para su extracción sería indispensable construir un ferrocarril de no menos de 42 millas (67 km) de extensión.

El gobierno de Murillo Toro le asigna a May la tarea de organizar la compañía o empresa responsable de semejante tarea, y establecer una sociedad accionaria para la construcción del ferrocarril que conectará las minas con un puerto en el Caribe.

En el Diario Oficial —otra contribución institucional de Murillo Toro, junto



Firma de John May, C.E, Civil Engineer, en el informe a Cuenca.

con la primera intentona de Reforma Agraria del país— se lee en extenso la carta de May dirigida a Cuenca, informando los detalles del descubrimiento. Empieza destacando que el 12 de agosto de 1864 ya se había comunicado por escrito con el presidente Murillo Toro reseñando el descubrimiento. “El mismo hecho había sido previamente anunciado por mí en una comunicación a la New Granadian Land Association, fechada el 26 de marzo de 1862, que unos meses después se publicó en Londres”. Es decir, los yacimientos carboníferos de la Guajira habían sido reportados por May desde 1862 y tres años después se dirigía al Secretario Cuenca para avanzar en las tareas de organización de una empresa de explotación minera con todas las de la ley, bajo el auspicio del gobierno colombiano, lo que solo ocurrirá en 1976, 106 años después.

De acuerdo con *Our West Indian Colonies: Jamaica a Source of National Wealth and Honour* publicado por Henry Bentall Evans en 1855, la New Granadian Land Association fue constituida por un decreto de la República de la Nueva Granada en Francia como una “sociedad en comandita”, el 12 de abril de 1853, y registrada en Londres como “The New Granadian Land and Trust Company”. La idea era usar esta compañía para tranzar los bonos de la deuda pública de la nación que, en el momento, ascendía a 7 millones de libras esterlinas. Las luchas de independencia eran costosas y la nueva nación colombiana arrancó arrastrando un importante saldo en rojo con la corona británica.

Bentall Evans reproduce la circular emitida por el gobierno de la Nueva Granada al respecto:

Rio-Hacha and Maracaibo, about fourteen leagues, the ground being perfectly level in either direction, and consequently suitable for the construction of a railroad. The coal is also surrounded by equally extensive mines of iron ore, such as red hematite, nodular iron ore, and red ochre. The formation of the country is of secondary lime stone, which covers an ancient sandstone, whose stratification has been much disturbed, being in some cases horizontal and in others vertical. There are also many thick beds of coal or lignite in a friable state, with remains of fishes, and fine specimens of selenite or transparent gypsum. I also observed bituminous shale in the bed of the Palomino River, a tributary, like the Serrejon, of the Rio Hacha.

In order that the Government may appreciate the value of this discovery, I will proceed to give some particulars explanatory of the uses to which cannel coal is applied; these are but little known, and a description of them would be sought for in vain in the treatises upon mineralogy.

Cannel coal is known in mineralogy as a black mineral having usually a slight tinge of grey: its texture is compact, and its fracture even or conchoidal with large cavities; its lustre is resinous

Fragmento Carta de John May, Diario Oficial, 1865.

Mediante un decreto de la legislatura de la República de Nueva Granada, con fecha de 12 de abril de 1853, el gobierno ejecutivo fue autorizado para hacer arreglos para la amortización parcial de su deuda externa, que con atrasos asciende ahora a unos £7,000. 000, y para este propósito otorgar los bienes disponibles del estado a la empresa pública, dispuestos a emprender el ajuste. El territorio y las propiedades disponibles de este modo consisten en aproximadamente 150,000 acres de tierra, como también edificios públicos y otras propiedades que pertenecen al gobierno.

En virtud de esta ley, la asociación ha hecho arreglos para obtener del gobierno un medio de pago simple de tales extensiones de tierra, edificios, minas de oro, plata, mercurio, platina, cobre, plomo y carbón (las clases de propiedad incluida en el decreto) para

permitir que la asociación lleve a cabo su objeto.

¿Quiénes eran los socios comanditarios de esta sociedad? No lo sabemos. Lo único que sabemos hoy es que, por una vuelta de tuerca de la historia un consorcio constituido por una empresa australiana-inglesa (*BHP*), una inglesa (*Anglo American*), una suiza (*Glencor*) y una anglo-suiza (*Xstrata*) terminó controlando la mina a cielo abierto más grande de América Latina: El Cerrejón. En 2000, el gobierno colombiano y su empresa *Carbocol*, vendió el 50% de la propiedad minera. *EXXON*, propietaria del otro 50% hizo igual. El consorcio anglosuizoaustraliano se quedó con el 100% de la mina. De la maraña de cesiones, concesiones, transacciones y ventas ni el pueblo guajiro ni el pueblo colombiano en general, saben ni entienden. Pero todo empezó cuando un entusiasmado John May le escribió a Cuenca:

El 7 de mayo pasado, durante ciertas exploraciones que me encargaron realizar en la antigua provincia de Río-Hacha, tuve la suerte de descubrir inmensos depósitos de carbón bituminoso; y lo que hace que este descubrimiento sea de mayor importancia es que el carbón es de esa variedad llamada "canal", usualmente vale en el comercio fronterizo hasta tres veces más que el mejor carbón de Newcastle. Las minas están situadas a orillas del río Serrejón, a unas cinco leguas de Barranca, y están equidistantes de las ciudades de Río-Hacha y Maracaibo, unas catorce leguas, el terreno está perfectamente nivelado en cualquier dirección y, por consiguiente, es adecuado para la construcción de un ferrocarril. El carbón también está rodeado de minas de mineral de hierro igualmente extensas, como hematita roja, mineral de hierro nodular y ocre rojo. La formación del país es de piedra del tiempo secundaria, que cubre una arenisca antigua, cuya estratificación ha sido muy perturbada, siendo en algunos casos horizontal y en otros vertical. Hay también muchos lechos gruesos de carbón o lignito en un estado friable, con restos de peces y finos especímenes de selenito o yeso transparente. También observé lutitas bituminosas en el lecho del río Palomino, un afluente, como Cerrejón, del río Hacha.

May bosqueja un plan de negocios, a todas luces, promisorio:

Para que las minas recién descubiertas estén disponibles, se debe construir un ferrocarril hacia el mar.

La distancia es de aproximadamente 42 millas, y el suelo, como se observó anteriormente, nivelado. Tal vía ferroviaria, incluido un muelle en la costa, y su equipo de la carretera, podría costar en números redondos alrededor de 60,000 dólares por milla o 2,520,000.

Supongamos que el costo del ferrocarril y su mantenimiento para el primer año asciende a 3,000,000 de dólares. Suponga que se producirán y venderán un total de 1,000,000 toneladas de carbón anualmente. El costo de extracción sería de aproximadamente 1 dólar por tonelada, y el transporte al mar, embarque 2 dólares más, o digamos en total 3 dólares por tonelada; esto daría una suma de 3,000,000 de dólares; y esta cantidad de 1,000,000 de toneladas que se vende a un precio muy bajo de 6 dólares por tonelada, produciría 6,000,000 de dólares. Es decir, el costo del ferrocarril se pagaría con la venta de 1,000,000 de toneladas de carbón; o en otras palabras, se pagaría por sí mismo inmediatamente después de su construcción.

Pero May sabe del escepticismo local y ha visto cómo en Río Hacha se libró una auténtica batalla alrededor de la posesión y extracción de un supuesto yacimiento de oro que resultó falso. Así que toma los recaudos del caso y hace algunas aclaraciones:

Este cálculo parece fabuloso y crea dudas, pero ningún hombre de negocios puede negar la exactitud de los datos. La suposición de que la venta de carbón sería de solo 1,000,000 de toneladas por año

sería manifiestamente demasiado baja, ya que no se puede asignar un límite a la demanda o venta, excepto la capacidad productiva de las minas, y estas, en mi opinión, no son inferiores en extensión a las de toda Inglaterra juntas. Además, en el valle de Dupar, parecen suficientes para el consumo del mundo durante muchos años y yacen en la superficie del suelo, mientras que las minas de Europa deben buscarse a profundidades de muchos cientos de metros. Mucho más de 1,000,000 de toneladas podrían venderse anualmente en La Habana, Jamaica, Panamá y Sant Thomas.

Cuenta que en La Casa de la Moneda, en Bogotá, ofreció una convincente prueba de la calidad del carbón de canal de Cerrejón ante el propio presidente de la república:

Las muestras sobre los que experimenté en presencia de Su Excelencia el Presidente, en la “Casa de Moneda”, fueron tomadas del lecho del río Serrejón, donde probablemente habían sido lavadas continuamente por el agua, o la acción de descomposición de la atmósfera, por muchos miles de años.

Sin embargo, el aparato más simple produjo una espléndida llama de gas, de aproximadamente 6 pulgadas de largo y 1 pulgada de diámetro, que duró una hora hasta que la fiesta terminó, y luego continuó ardiendo con mayor energía durante un tiempo del que no se tomó cuenta. La cantidad de carbón utilizada en este experimento no excedió 1½ libra, y la muestra operada fue la más desfavorable, ya que se

modificó y empobreció tanto por la acción corrosiva de los elementos que apenas podía reconocerse como carbón de canal. En la mina, la masa sólida que se encontraba debajo era absolutamente impenetrable para los golpes más duros de una palanca pesada, y solo podía romperse dinamitando, operación para la no estaba preparado en el momento. Yo ordené que los ejemplares de esta calidad superior salieran en agosto pasado, y ahora deberían estar en Río Hacha, pero debido a los recientes disturbios, los paquetes probablemente estén detenidos en la mina. Encendidos en la fragua de un herrero, incluso los actuales muestras pobres y muy lavadas por el agua arden con el crepitar y la llama brillante que caracterizan la combustión del carbón de canales.

May imagina la región como un auténtico distrito industrial:

Las minas de hierro parecen ser inagotables. El valle en sí es llano, pero no ancho, y numerosos torrentes de montaña descienden del lado de los Andes, la Sierra Nevada y las crestas subsidiarias.

El territorio del Valle Dupar, por lo tanto, contiene dentro de sí todos los elementos que hasta ahora se han considerado necesarios para el establecimiento de un gran distrito manufacturero, a saber, un país donde se puedan hacer buenos caminos con fácil acceso al mar y a la cal, el carbón, el hierro, la madera y la energía hidráulica se encuentran juntos muy cerca. Podría hablar de muchos otros productos de esta extraordinaria región, como los

bosques de tinte, las minas de oro y plata, y los preciosos mármoles y jaspes que abundan en las montañas; pero ante la importancia de las minas de carbón, todas estas cosas se hundieron en la insignificancia, y no es necesario mencionarlas como un incentivo adicional para la construcción inmediata de un ferrocarril que pronto se extenderá al Banco en el Magdalena, y así se convertirá en la vía principal de la república.

Pero no es solo la región, toda la nación se convertirá en la más rica e importante de América del Sur en virtud del descubrimiento. Al menos, eso cree May cuando escribe:

El consumo de carbón en el mundo es algo increíble y su comercialización está a la base del poder y la prosperidad de Inglaterra. Según un prospecto que ahora tengo ante mí, emitido por una compañía recientemente establecida, parece que solo la ciudad de Londres consume 5 millones de toneladas por año, de las cuales 2 millones son transportados por tren y 3 millones por agua, y hay una permanente deficiencia para suplir 50 mil toneladas por semana. Casi todo el carbón exportado para consumo extranjero se compra en Inglaterra. En el año 1845, todo el producto de las minas británicas era de casi 35 millones de toneladas por año; en el año 1861, se recaudaron 86 millones de toneladas, pero de la cantidad exportada no puedo encontrar ninguna cuenta, excepto que una sola ciudad en Sudamérica, Río Janeiro, compra 250,000 toneladas anuales a un precio promedio de

12.5 dólares por tonelada; el comercio ahora es mucho mayor. Pero sin entrar en detalles estadísticos minuciosos, es evidente que si la Nueva Granada posee minas de carbón de la calidad y el alcance que afirmo haber descubierto, situadas también al alcance del mar, ella es dueña de una fuente de ingresos, que cuando se desarrolle y organice, debe permitirle recuperar su crédito perdido en el instante que este hecho sea conocido, y elevarla al rango de la República más rica e importante de América del Sur.

La patria lenta

Cuenca, el ministro de Economía y Fomento, celebra el informe de May. Destaca la honestidad del ingeniero y aplaude con entusiasmo las posibilidades que se abren para el país. Pero, Kafkania es Kafkania y lo que parece una oportunidad obvia para una nación arruinada se enturbia. Reproduzco la comunicación de Cuenca al respecto de manera literal (sic):

El poder ejecutivo carecía de facultades para adoptar medidas definitivas acerca de la explotación de los depósitos de carbón descubiertos, i además juzgó conveniente hacer una segunda i mas detenida exploración con el fin de constituir los siguientes hechos: 1. riqueza de los depósitos, situación i extensión probable; 2. facilidades para su explotación; 3. calidad del carbón; i 4. Costo del ferrocarril necesario para la explotación, i determinación de la línea. Entre tanto se limitó a declarar que las minas se explotarán por cuenta del gobierno nacional, i que a este fin se encarrilaron los

subsiguientes trabajos. Toca al congreso expedir un decreto autorizando al poder ejecutivo para que en el caso de quedar de manera indudable establecida la verdad del descubrimiento, promueva i lleve a cabo la organización de los trabajos i ejecución de las obras que se necesiten para la conveniente explotación del carbón.

Y ocurrió lo que suela pasar cuando Kafkania se arremanga la camisa y se a persona de la tarea: se ralentizó. Lo urgente se pospuso. Lo inmediato se aplazó. Y en vez de un proyecto de ejecución se decidió un nuevo diagnóstico. El sueño de May y sus previsiones se fueron por el desagüe y la posibilidad de pagar el tren y nuestra deuda externa exportando dos o tres millones de toneladas se hundió.

El único acierto de May consistió en haber advertido las dimensiones colosales de la mina, hoy por hoy una de las más grandes a cielo abierto del mundo (69.000 hectáreas, 690 km², el área de Cali y Barranquilla sumadas). La producción anual de carbón en Cerrejón alcanza los 30 millones de toneladas. Entre 1985 y 2019 Cerrejón ha producido 734 millones de toneladas. Y se estima que la mina contiene reservas cercanas a 5.244 millones de toneladas. Es decir, al ritmo actual de extracción la mina estaría produciendo carbón por los próximos 163 años, hasta el año 2182.

Las previsiones restantes de May tardaron más de un siglo en concretarse:

- Solo 118 años después (1980) se terminaron la evaluación geológica y los estudios para determinar el programa de montaje de las instalaciones de la mina.

- Solo 122 años después (1984) se construyó el primer ferrocarril de El Cerrejón.
- Solo 123 años después (1985) se produjo la primera extracción industrial de carbón de la mina, se hizo el primer embarque de carbón hasta el puerto (4,500 toneladas). Ese año se extrajo el primer millón de toneladas, transportadas hasta un muelle flotante en Puerto Bolívar.
- Y 157 años después (2019) ni la Guajira y alrededores se han convertido en un poderoso distrito industrial, ni una red ferroviaria formidable conecta las terminales portuarias de la región con el resto del país, ni Colombia es la nación más próspera de América del Sur.

Esta no es más que la señal de la obscena, perezosa y lenta dirigencia nacional. Los flamencos torcidos e intentando recuperar el curso del vuelo somos nosotros, los colombianos de todos los días, los de a pie. El cielo azul y quieto, despreocupado y ciego, completamente desconectado de la tierra e insensible a las tormentas que desata, encumbrado como dioses, derramando su desprecio e indolencia son ellos, los parsimoniosos y despreocupados burócratas de Kafkania, que hacen lo *que pueden un siglo después*.

Así las cosas, para el año 2182 habrá agua en todos los grifos de La Guajira y una estatua a John May, justo cuando ya no quede ni un gramo de carbón sobre estas tierras y los restos desvencijados de nuestra Titanoboa de metal estén sepultados en las arenas.



■ Guajira Crónica (6)

Oasis: el agua sigue al dinero

Septiembre 20 de 2019

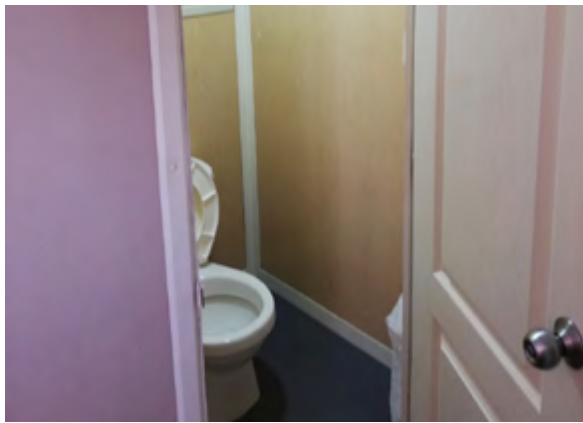
1. Un día de julio de 2019 abro el grifo y se produce el milagro: corre agua cristalina en la Guajira.
2. El milagro se produce porque el grifo está un cuarto de baño funcional.
3. El cuarto de baño es funcional porque hace parte de un lugar debidamente acondicionado: una habitación.
4. Y la habitación es confortable porque es el producto de un diseño arquitectónico sencillo, pero eficiente: una *neorranchería*.

La base de las neorrancherías son los enormes contenedores o *containers* de mercancías, frecuentes en los puertos marítimos. Los *contenedores secos*

o *dry vans* son herméticos y en ellos se han enviado toneladas de café, carbón y mercaderías secas que no requieren refrigeración. Los más pequeños, de 20 pies (5.9 metros de profundidad, 2.4 m de alto, 2.3 m de ancho), pueden adquirirse de segunda mano por algunos cientos de dólares. En ellos es fácil adaptar sencillos dormitorios, negocios rodantes y bodegas móviles, con una fracción de los costos de una construcción convencional. La *cargocultura* o arquitectura hecha a partir embalajes de carga se ha convertido en una lucrativa alternativa de reciclaje de estructuras industriales desechadas, y ha encontrado un prometedor nicho experimental aquí en la



Agua cristalina en un grifo de la Guajira. Julio, 2019.



Cuarto de baño adecuado. Incluye grifo y batería sanitaria funcionales en La Guajira. Julio 2019.



Habitación bien dotada en La Guajira. Incluye televisión, cuarto de baño, ducha, aire acondicionado, televisión con acceso de Direct Tv. Julio de 2019.



Vista posterior de una neoranchería. Julio 2019.



Vista frontal de una neoranchería. Riohacha, julio de 2019.

Fotografías por Julián González.

Guajira bajo la forma de *rancherías confortables, amobladas, con aire acondicionado, servicio de televisión satelital, agua fresca y baterías sanitarias.*

5. Y hay neorrancherías bien dotadas aquí porque hacen parte de un proyecto hotelero. No son soluciones habitacionales para los wayúu: son recintos para turistas, en las playas de Mayapo, a 20 minutos de Riohacha.
6. Y el proyecto hotelero ha sido posible porque está a pocos minutos de Riohacha. El complejo hotelero ha empezado con el hotel Wayira, pero en los próximos años habrá varios hoteles en la zona.

Carlos Londoño, fundador de *On Vacation Group* lo tiene claro:

- La Guajira es la región con mayor potencial turístico del país. “Hablamos de algo como lo que sucedió en República Dominicana hace 30 años con Punta Cana. Nuestra Punta Cana se llama La Guajira”, dice.
- Para desarrollar su emporio hotelero, Londoño se ha concentrado en los turistas colombianos de medianos ingresos, en las familias de ingresos mensuales de 500 a 1000 dólares, que pueden costear vacaciones de, máximo, 4 noches y demandan un cierto balance entre confort y costos: turismo bueno, bonito y barato.
- Esos turistas pueden pre-comprar vacaciones futuras, además de pagar las vacaciones actuales. Las vacaciones pre-pagadas se traducirán, en sentido estricto, en inversiones para el desarrollo de nuevos hoteles, pero los compradores de

estas vacaciones no gozan de los dividendos del negocio, como sí ocurre con los *inversionistas* de capital. Con el capital de inversionistas y el de los compradores de vacaciones prepagadas *On Vacation Group* podrá expandirse y adquirir nuevos terrenos para desarrollo hotelero.

No sobra aclarar que el negocio clave no son los hoteles en sí mismos, sino la valorización de los terrenos en donde se construyen. Tras la construcción de los hoteles esos terrenos multiplican su valor, un poco como hace McDonald con los predios alrededor de sus locales. Su negocio principal no son las hamburguesas sino la valorización y arrendamiento de las propiedades inmuebles donde se instala.

7. Y estas playas están a pocos minutos de Riohacha porque cuentan con una red de carreteras recién inauguradas.
8. Y esa red de carreteras se inauguró porque hubo fondos públicos para ello. Solo en la construcción de la carretera Mayapo-Manaure, Invías ha invertido 52 mil millones de pesos. La construcción de infraestructura vial habilita alrededor nuevas áreas urbanizables. Y si los pronósticos de Carlos Londoño son ciertos en los próximos años no será el carbón, sino las playas y el sol lo que dinamizará parte importante de la economía guajira. Lo que ayer hacían la cruz y el arcabuz, hoy lo hacen las carreteras pavimentadas.
9. Y habrá más complejos hoteleros porque, gracias a las carreteras, estas playas quedarán cerca a Riohacha y



Neorranchería en un complejo hotelero en desarrollo en las afueras de Riohacha. Julio 2019.



Panorámica, complejo hotelero en desarrollo, afueras de Riohacha. Julio 2019.



Panorámica, complejo hotelero en desarrollo, afueras de Riohacha. Julio 2019.



Futura áreas de expansión hotelera. Julio 2019.



Vista de las nuevas vías que conectan la zona de expansión hotelera con la ciudad de Riohacha. Julio 2019.

Fotografías por Julián González.

su aeropuerto, y los turistas de ingresos medios y, en el futuro, algunos turistas de ingresos altos, harán visitas guiadas a Cabo de la Vela, Camarones, Uribia, a las rancherías, al Pilón de Azúcar y a las enormes y hermosas playas de la Guajira. Los especuladores inmobiliarios ya deben estar calculando inversiones a precio de huevo en tierras que, en algunos años, multiplicarán su valor. *“Creo que estamos sentados en un tesoro que no hemos descubierto”*, dice el fundador de On Vacation refiriéndose a La Guajira.

Por ahora el agua cristalina mana de los grifos en las poblaciones urbanas de La Guajira y en los grandes proyectos hoteleros que irán asentándose a lo largo de sus playas. Para el resto, cientos de camiones y carros con motobombas a gasolina succionan agua de los ríos Ranchería, Palomino, Tapias y la transportan y venden según demanda.

En las neorrancherías del hotel Wayira de Carlos Londoño el agua potable, dulce y cristalina abunda. El hotel la obtiene a través de carrotanques comprados al acueducto local de Riohacha,



Vista satelital Google Maps del Hotel Wayira y las áreas de futura expansión. Julio 2019.



Vista Google Maps de la zona en que está localizada el Hotel Wayira.



Mapa de vías de la Guajira. Invías.



“Tesoros 1”. Vista Cabo de la Vela. Julio 2019.



“Tesoros 2”. Vista Cabo de la Vela. Julio 2019.



“Tesoros 3”. Vista Cabo de la Vela. Julio 2019.



“Tesoros 4”. Vista Cabo de la Vela. Julio 2019.



“Tesoros 5”. Vista Cabo de la Vela. Julio 2019.



“Tesoros 6”. Agua fresca en el grifo. Julio 2019.

Fotografías por Julián González.

pero están tramitando una licencia para construir un pozo profundo, un enorme *jagüey*.

Por eso vale la pena recordarle a Londoño que hace falta escuchar y atender los rumores que vienen de adentro, cientos de metros bajo la tierra, allí hacia donde se filtró la sangre de cientos de miles de wayúu muertos.

Carlos Londoño habla el lenguaje entusiasta y seguro del colonizador; se enseñorea sobre la Guajira con la misma arrogancia ciega que siglos atrás animara a Pedro Messía de la Cerda y de los Ríos, a Bernardo Ruíz de Noriega, a Gerónimo de Mendoza, a Basilio de Calich, a Manuel Francisco de Guirior, a Antonio de Arévalo, a José Galluzo y Páez, y a John May.

Carlos Londoño, por favor entienda: ¡la Guajira no es su tesoro y no es un tesoro!

Es importante que recuerde que los wayúu han recubierto, encubierto, cubierto y descubierto la Guajira desde hace 2 mil años. Y una y otra vez los que

no saben ver nada más que tierras yermas, vírgenes y listas para ser tomadas se han topado con una nación y una lengua, el *wayuunaiki*, que se multiplican y persisten como las arenas del desierto. Ni la cruz, ni el arcabuz, ni el teodolito, ni la chequera han podido avasallar a un pueblo que sabe de negocios como de guerras, y sabe tejer con hilos y palabras su destino.



Wale' Kerü, la araña del mito wayúu le enseñó a tejer a una mujer. Susu de "diario" o mochilas de mediano tamaño. Riohacha, Julio 2019.
Fotografía por Julián González.



■ Guajira Crónica (7)

Postales: portales. (Primer experimento). El Hilo y El Desierto

Octubre 2 de 2019

De niño adoré las tarjetas postales. Ahora suelo buscarlas en las ventas de antigüedades y tengo una veintena hechas un siglo atrás. Varias incluyen imágenes retocadas a mano, además de textos manuscritos. Ante una postal antigua es inevitable el sobrecojimiento de quien intenta despertar a los muertos. Lees los textos y miras las imágenes, observas los nombres, ves las fechas y juegas a inferir, a partir de esos indicios, de qué vidas se trataba, quién era el destinatario de la nota amorosa, qué emociones podría haber experimentado al recibir la postal afectuosa, qué guiños y mensajes secretos

guardaban las palabras escritas o la cuidadosa caligrafía. Cuánto se ocultaba en lo dicho y cuánto se escondía en el modo de decir.

Pero además te preguntas cómo terminó esa carta postal en una venta de antigüedades. Esta pregunta es realmente un juicio moral y un reproche: ¿cómo alguien pudo deshacerse de un tesoro íntimo y personal como éste? Y luego del reproche viene una pregunta más grave y severa: ¿qué clase de persona se atreve a comprar ese tipo de tesoros un siglo después? ¿Qué tipo de ser humano adquiere los objetos de un muerto con el que no tiene ningún

vínculo afectivo ni familiar? ¿Un vulgar carroñero y asaltatumbas? ¿Un ser nostálgico y tristón sin historia propia? ¿Un coleccionista sin pudor? ¿Un bienintencionado guardián de pequeñas memorias? ¿Un idiota sin oficio?

Es difícil saberlo.

En mi caso, el apetito por las postales centenarias emparenta con mi pasión por los fósiles, las viejas máquinas de escribir, las fotografías antiguas, las estrellas en el firmamento, las piedras de los ríos, la arena de las playas y los libros de segunda mano. Todos, a su manera, vacunas ilusorias contra la propia finitud; falsos amuletos contra la implacable y manilarga pelona; rotundo contraste entre objetos que permanecen siglos y la corta vida humana de apenas algunas décadas; monumentos a la duración de las cosas e insultos a la brevedad de las personas.

Entre mis postales favoritas está una dirigida al señor Alfredo Duhart, calle Lima 165, en la ciudad de Buenos Aires, octubre 29 de 1904. Hace 115 años.

El texto escrito por su remitente, María Adela Cascallar, dice

La sinceridad y la constancia son las ramas principales del árbol de la amistad. Cultivando estas tendríamos en cada hoja un afecto para el corazón del amigo y en cada flor una alegría recogida en el estrecho sendero de la vida

María Adela Cascallar

Es probable que alguien, quizás la misma María Adela, ilustrara con sus propias manos la postal. La cuidada escritura *palmer* en tinta y el color de las imágenes se conservan pasado un siglo. También la estampilla de 5 centavos con su respectivo matasellos. Y hay rastros de esa humedad cobriza propia de los viejos papeles.

En la Alemania de Otto von Bismarck (1815-1898; canciller entre 1871-1890), Heinrich Von Stephan, director de correos del imperio alemán e impulsor de la Unión Postal Universal, las propuso



Postal, 1904, Buenos Aires, Argentina.



Anverso de la postal.

como alternativa al correo de sobres durante la Guerra Francoprusiana (1870-71) y comenzaron a popularizarse desde 1870, hace casi 150 años. Era un modo de encarar la escasez de papel. La Unión Postal Universal estandarizó su tamaño a finales del siglo XIX: 9×14 cm.

Hoy sus dimensiones varían y es quizás la forma más persistente del correo impreso en tiempos de internet, ahora que las empresas postales han visto decrecer sus ingresos por envío de correo y se concentran en la remisión de paquetes, las operaciones logísticas, los servicios financieros, el retail o ventas al por menor, y otro tipo de servicios. La nostalgia por la postal es tan intensa que en 2005 Paulo Magalhães inventó el portal Postcrossing que permite enviar, recibir e intercambiar de manera gratuita cartas postales entre desconocidos. Su lema:

Postcrossing conecta a personas de manera aleatoria en todo el mundo... ¡a través de postales!

La postal inventó una relación comunicativa genial entre imagen y texto. Por un lado, la persona elegía una entre decenas de postales disponibles. Escogerla suponía algún tipo de reconocimiento e identificación con *esa postal*. Decidir cuál de todas expresaba bien las emociones por comunicar y cuál se ajustaba al tipo de mensaje que deseaba enviarse, invertía a la postal de los miedos, ilusiones, fantasmas y aspiraciones de quien la adquiría. Al hacerlo este producto industrial y masivo se convertía en personal, lo que se acentuaba cuando se añadía el texto manuscrito, por demás expuesto y relativamente público dado que las postales no tenían sobres.

Hasta cierto punto, la postal es la hija de las promiscuas relaciones entre la

vieja tarjeta de presentación personal o de visita del siglo XVII, la esquila, la tarjeta navideña de Henry Cole y Juan Callcott Horsley (1843) y el correo.

Excepcionalmente las personas compraban postales para guardarlas y coleccionarlas, aunque lo usual era enviarlas a otros.

Esta doble condición de imagen reproducida y copiada en masa y, a la vez, íntima y personal tiene antecedentes en las esquelas religiosas, en las imágenes recortadas de periódicos o revistas, y en algunas reproducciones de pinturas que las personas han atesorado a lo largo de los siglos.

Me interesa explorar las lógicas comunicativas de la postal, pero alterándolas al fusionarlas con otra invención del siglo XIX: el pie de foto periodístico.

Las imágenes que presento son fotografías propias, pero perfectamente podrían pasar por fotografías Google, esto es *fotografías de stock*, sin sello ni firma de autor. Son imágenes originales que parecen reproducidas.

Los textos que las acompañan guardan alguna relación con las imágenes y funcionan como extensos pie de fotos. (Los pie de fotos jamás son extensos, pero en estas *neopostales* algunos lo serán). En las viejas postales el texto en el dorso guardaba relación con la persona que escribía, con sus vivencias, sus pensamientos y experiencias, o con el destinatario de la postal, pero no necesariamente con la imagen. Mis postales estarán estrechamente asociadas a las imágenes en ellas.

Pero los pie de foto que ofrezco no solo se relacionarán con la imagen, sino con otros eventos y datos no apreciables en ella. La postal es un pretexto

para establecer conexiones con datos y objetos no asociados de manera inmediata con la imagen.

Estas neo-postales digitales sobre la Guajira, 2019, suponen que usted imagine que los textos al pie de las fotos realmente están escritos en el dorso como en las viejas postales impresas. Y piense en estas postales como *portales*, es decir vías de acceso rápido o atajos que conducen a destinos y salidas inesperadas. Algunas de esas conexiones conducirán a otras imágenes que, a la vez, incluirán nuevos pies de foto.

En ello, en la condición de *portales*, reside su *pretendida novedad*.

Veamos si el experimento funciona.

Postal/Portal 1: el hilo de los tejedores y la libertad de las arenas

El 40% de los hilos usados en Colombia se importa de factorías chinas y el año pasado entró a operar la más grande fábrica de hilos de color del mundo en Xinjiang o Sinkiang, una provincia del noroeste de China. Esa región es la mayor productora de algodón de ese país. Y China produce el 20% de las 22 millones de toneladas de algodón generadas en 2019; pero la propia China consume el 40% de la producción mundial de algodón. Y cerca de 350 mil personas trabajan en fábricas de hilo y textiles instaladas en Xinjiang, según informa el Spanish People Daily. Para generar un kilo de algodón se requieren 1,500 litros de agua en los cultivos. Después del arroz y el trigo es el producto agrícola que más requiere agua. 2 millones de toneladas de algodón se producen solo en Xinjiang y sus cultivos necesitaron al menos 3 mil millones de litros de agua. Es decir, 3 millones de metros cúbicos,

suficientes para satisfacer la demanda de agua de todo el pueblo wayuu por, al menos, un año.

28 millones de habitantes de Xinjiang producen anualmente 58 mil millones de dólares (Colombia produce 310 mil millones de dólares anuales). Esta región hizo parte de la poderosa ruta de la Seda que sirvió para comerciar especias, esclavos, metales, telas, alimentos, herramientas y toda clases de mercancías entre el siglo I y el siglo XV. El actual gobierno chino está empeñado en reanimar la Ruta de la Seda y convertirla en espina dorsal del comercio euroasiático y africano en las próximas décadas. Entonces el hilo de algunos tejidos wayuu conecta con una larga trama histórica que incluye a la antigua Xinjiang, una provincia dominada sucesivamente por diferentes grupos: los han, los mongoles, los turcos, los rusos. Hoy los uigures son la etnia predominante en Xinjiang, o Turquestán Oriental como prefieren llamarla ellos. Hacen parte de la muy variada estirpe



Panel amarillo decorado con coloridos círculos tejidos wayuu, recepción del Hotel Wayira, Riohacha, julio 2019. El hilo de estos tejidos wayuu probablemente viene de la poderosa industria textilera china.

Fotografía por Julián González.

de pueblos tejedores del mundo. Este pueblo básicamente musulmán, históricamente reprimido por la China de los Han, son creadores de sofisticadas alfombras y tapices. Entonces los wayuu y los uigures, dos pueblos tejedores, han terminado inesperadamente unidos por la globalización industrial. Unos fabrican a gran escala el hilo que los otros usan artesanalmente.

Pero nos es el hilo lo único que tienen en común.

Extremadamente seca la Guajira wayuu. Lo suficientemente rica en aguas la Xinjiang de los uigures como para cultivar 2,9 millones de hectáreas de algodón. Una combinación de represión, incentivos económicos y férreo control político parece aplicarse en la zona para contener los ánimos separatistas de Turquestán Oriental. Se ha estimulado la migración de población Han a la región y se rumora de la existencia de centros de reeducación forzada de la población uigur.

Una combinación de desidia gubernamental, corrupción política y administrativa, malas condiciones económicas,

pésimas estructuras sanitarias arrinconan al combativo pueblo wayuu.

Los uigures y los wayúu comparten la condición de pueblos despreciados y abusados, pero resistentes y dignos.

Una mujer menuda y diminuta, *Rahile Dawut*, etnógrafa y antropóloga, ha estudiado la cultura uigur desde hace al menos 20 años. Es directora del Centro de Antropología y Folklore y profesora de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Xinjiang. Recibió su doctorado en folklore de la Universidad Normal de Beijing en 1998. Ha estudiado el folklore, la música, las prácticas religiosas, los ritos de peregrinación de los uigures en Xinjiang. Profesora visitante en varias universidades de Estados Unidos y del Reino Unido, sus estudios sobre la cultura uigur son ampliamente referenciados. Su correo electrónico es rahiled@gmail.com. Pero si le escribes, no te responderá. Ha desaparecido misteriosamente en 2018 cuando preparaba un viaje entre Urumchi y Beijing. Parece haber sido víctima de una operación de



Croquis de la región de Xinjiang, China, proveedora de hilos para el mundo. No hay que dejarse engañar por esta manchita de nada. En el área de Xinjiang cabe una Colombia y media.



Hay 13.400 kilómetros de distancia entre Uruvia, la capital guajira de los wayuu y Urumchi, la capital de Xinjiang, de los uigures.

Croquis tomados de Wikipedia. Intervención y composición por Julián González.

detención clandestina por el gobierno chino. En China hay actualmente un manto de sospecha sobre el islamismo de los uigures, tal como lo hay en varios países de occidente sobre las prácticas islámicas de algunos de sus ciudadanos. Se sabe que Inglaterra, Francia, Bélgica, España, Alemania, Estados Unidos, Australia y Rusia espían y vigilan a practicantes del Islam so pretexto de contener atentados terroristas.

Cuando un wayuu muere, su espíritu viaja hacia Jepirra o Jepira (Cabo de la Vela), que significa dedo. El dedo y las estrellas —la Vía Láctea— señalan el camino que debe seguir el muerto, cuya alma se sumerge en el mar y, nadando, cruza un hoyo submarino situado bajo el islote de piedra frente a Jepira. Del fondo del mar emergerá renovado y enriquecido para empezar su viaje al otro mundo. De ahí emprende un viaje de 13 mil kilómetros donde renacerá convertido en una frondosa planta de algodón uigur. Sus frutos son debidamente cardados y procesados hasta producir madejas enteras de hilos coloridos que regresan a

la Guajira para convertirse en delicados y florecidos tejidos wayuus.

Cuando un uigur muere viaja hacia alguno de los mazares y centros de peregrinación que durante años estudió pacientemente la desaparecida *Rahile Dawut*. El muerto se hunde en las ricas tierras de Turquestán Oriental y, tras un pausado proceso de purificación, emergerá 13 mil kilómetros más allá, en un mundo otro, bello y extrañamente árido. Ha renacido convertido arena libre, esparciéndose a sus anchas en el desierto según decidan los vientos de la Guajira. De esta manera uigures y wayuu se devuelven favores.

Escribió la raptada *Rahile Dawut* lo siguiente en 2002:

Mazar en Asia Central son las tumbas de los santos islámicos, míticos o reales, cuya protección invocan los uigures (musulmanes turcos de la región autónoma de Xinjiang en el noroeste de China) contra la sequía, para una buena cosecha, para el nacimiento de un hijo, etc. Varios cientos de estas



Los desiertos no son despojo, tierra vacía y seca ni ruinosa devastación. El desierto —como la selva— es formidable prefigurador de nuestro destino humano y por eso suele ser fuente de algunos de nuestros mitos fundacionales. Arenas del Cabo de la Vela, Guajira, Julio 2019.

Fotografía por Julián González.

tumbas están esparcidas por los desiertos y oasis de Xinjiang, trazando un paisaje sagrado cuyos caminos siguen los campesinos uigures en sus viajes de peregrinación alrededor de las tumbas.

Escribe Miguel Rocha Vivas en *El Sol Babea Jugo de Piña*, en 2008:

Según lo reconocen los mismos wayuu, existe una tensa dualidad entre quienes son de mar, los pescadores o *apalanchii*, y quienes son de desierto o sabana, los *arulejushii*. Sin embargo, la forma en que el wayuu *anasü* (rico) mira al wayuu *mujusu* (pobre) es aún más abismal cuando se refiere al llamado *kusina*, de quien los personajes de los relatos suelen hablar como poca cosa. El *kusina* luce como alguien que se alimenta de cardón sancochado y de animales de monte, a diferencia del agricultor y pastor, que no vacila en considerarse de mayor estatus (p. 190).

Y más adelante:

Desde entonces, se cuenta que Juyá toma más aprecio por su nieto Jepirachii, quien representa a

los wayuu pescadores (*apalaanshi*). Mientras que Aruleeshi, representante de los wayuu pastores (*arulejushii*), comienza a juzgar inferiores a sus hermanos de la costa. Un motivo de inversión que en la cotidianidad se traduce en un conflicto discriminatorio. Algunos wayuu del desierto denominan *wayuu mujusu* («de baja categoría»), y hasta «descastados», a los wayuu de mar o playeros (p. 201).

Pobres de aquellos que no ven más que arena sobre arena en los desiertos. Para los wayuu e uigures el desierto es destino, refugio, lugar encantado y nicho ceremonial. Es camino.



Pastoreo de cabras wayuu en la Guajira.
Julio de 2019.
Fotografía por Julián González.



■ Guajira Crónica (8)

Postales: portales. (Segundo experimento). Ruedas Seltas

Octubre 4 de 2019

Hay una belleza inesperada y frágil en estas plantas que crecen frescas y vigorosas donde otras jamás pelecharían. Pienso en esas plantitas cuando observo cómo, en medio del desastre de Kafkaña, se abre paso un país otro, desafiando la salmuera.

¿A quién le interesan estas llantas?

Mauricio Botero controvirtió el 26 de junio de 2019 en la revista *Dinero* a Ricardo Ávila, ahora ex director del diario económico Portafolio. Analizaban el porvenir de El Cerrejón. Botero le dice que Colombia no será una potencia minera del carbón porque aunque la mina siga produciendo 30 millones de

toneladas anuales durante los próximos 150 años, en pocas décadas ninguna industria lo requerirá. El carbón es un combustible fósil ineficiente, contaminante, ambientalmente agresivo y costoso. En pocos años el principal socio comercial de Colombia, Estados Unidos, pasó de consumir 1100 millones de toneladas de carbón a 690 millones, y se prevé que hacia el 2021 usará un poco más 500 millones. Solo en China y la India la demanda de carbón mineral se mantiene.

En pocas palabras, alcanzamos picos elevados de producción de carbón 100 años tarde.

Pero la realidad es tozuda y creativa, se retuerce y ofrece vetas inesperadas y prometedoras.

300 volquetas gigantes, cada una con capacidad de entre 190 y 320 toneladas,

se mueven por Cerrejón 24 horas al día. Cada llanta tiene 3,8 metros de diámetro y está rellena de nitrógeno para evitar explosiones por recalentamiento. Debido al desgaste duran de 6 a 10



Arenas de Manaure, Guajira, julio de 2019. Entre las arenas salobres de Manaure se abren paso estas plantitas y yerbas. Quizás se trata de Kalanchoe brasiliense.



Llantas en las salinas de Manaure, Guajira. Julio de 2019.



Llantas en las salinas de Manaure, Guajira, julio de 2019. La sal marina se mezcla con las arenas lo que modera el resplandor blanco de las piscinas y salitreras. Entonces el blanco de las salinas de Manaure no es el blanco de los campos de algodón de Xinjiang ni de los valles nevados del Ártico. Es un blanco sucio, cargado de basuras. A pesar de los matices cromáticos no deja de sorprender el negro de decenas de llantas dispuestas junto a los montículos de sal.



Es Manaure, en la Guajira, Julio de 2019. Las piscinas de sal marina operan gracias al sol y a los vientos abrasadores del desierto que las secan y cristalizan rápidamente. Que llueva poco es condición clave para generar estos enormes depósitos de sal. Todo parece funcionar bien sin necesidad de este arrume de llantas. ¿Entonces qué hacen aquí?

Fotografías por Julián González.

meses. Cada llanta cuesta entre 45 mil y 60 mil dólares. Más de 2000 llantas gigantes se irían al basurero cada año si la minera no hubiera inaugurado en 2016 una planta de procesamiento que las transforma en 2 mil toneladas de acero y 5 mil toneladas anuales de polvo de caucho para mezclas asfálticas, canchas artificiales y pisos de exportación. La Guajira tiene la planta de procesamiento y reciclaje de llantas más grande del país y hace parte del programa nacional Rueda Verde, encargado de coordinar y promover la recolección y reutilización de derivados del procesamiento de

llantas, 6.5 millones en 4 años. El programa ha tenido algunas dificultades para conseguir que los industriales nacionales usen los productos procesados, pero las llantas del Cerrejón parecen haber terminado asfaltando algunas de las vías de la Guajira.

Es posible que Cerrejón le herede a Colombia un interesante, aunque incipiente, proceso de reciclaje industrial a gran escala. Entonces, las llantas de Manaure serán algo más que *ruedas sueltas* en un inmenso salar.

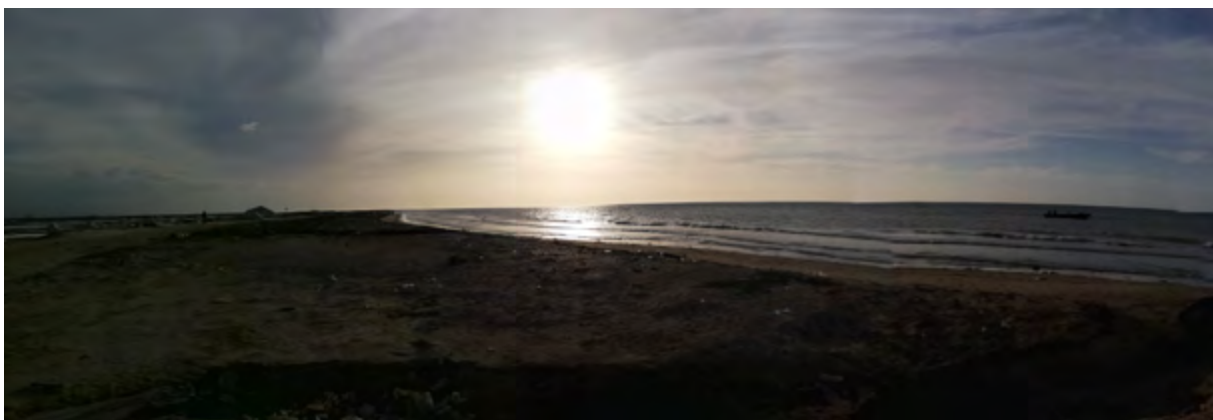
No es mucho, pero algo es algo luego de tanta voracidad extractivista.



Llantas en las salinas de Manaure, Guajira.
Julio de 2019.



Salinas de Manaure, julio de 2019.



Salinas de Manaure, julio de 2019.
Fotografías por Julián González.



■ Guajira Crónica (9)

Postales: portales. (Tercer experimento). La Mano

Octubre 7 de 2019

En un libro de 1987 Omar Calabrese celebraba el advenimiento de lo que llamó era neobarroca. En ella los dualismos simples —bueno/malo, bello/feo, verdadero/falso— colapsan, y en cambio emergen estructuras estéticas difíciles de clasificar. Lo *mezclado*, lo *monstruoso*, lo *fragmentado*, lo *indescifrable*, lo *inestable*. Los criterios de clasificación heredados ya no sirven para definir el gusto de esta época. Aunque con moderación, Calabrese estaba entusiasmado con este estremecimiento de las bases de clasificación y el surgimiento de un mundo en que la ecuación bueno = bello = verdadero deja de tener sentido.

Algunos intelectuales posmodernos —Calabrese no se considera postmoderno— celebraron este trastocamiento y vieron en ello las señales de un mundo más abierto, sensible y plural. Pasadas tres décadas desde entonces podemos hacer un ajuste de cuentas. El entusiasmo estético y liberal de la década de 1980 corrió de la mano del ascenso neoconservador y de derechas en el campo político —Margaret Thatcher y Ronald Reagan a la cabeza— hasta alcanzar el paroxismo finalizando la primera década del siglo XXI con figuras como Donald Trump. Las derechas han sabido pescar bastante bien en ese río revuelto y han

aprovechado *el todo vale* para hacer las de Trump: *triunfar, trompear y trampear*. Los sectores más progresistas parecen aferrados a viejas consignas —libertad, verdad, solidaridad, igualdad, indignación— de limitada eficacia política en tiempos del *descaro*. Y son limitadas porque de *Libertad* también hablan las derechas cuando se trata de deshacerse de los migrantes o de los humildes o de los que amenazan sus privilegios; de la *Verdad* hablan políticos como Trump — el rey de lo *fake*— o Duque en Colombia, que no tienen inconveniente en llamarle *fakenews* al periodismo del New York Times; hombres y mujeres de derecha

llaman a la *Solidaridad* con el *amenazado* varón blanco heterosexual, al que consideran prenda de garantía y de conservación de la familia decente, natural, bien avenida y sus valores; piden *Igualdad* y equiparar los impuestos que pagan trabajadores y empresarios; y llaman a la *Indignación* y a la *Rabia* contra las uniones homosexuales, la vacuna del papiloma humano, los plebiscitos progresistas o la educación laica.

Y lo que es peor: al parecer *no hay* palabras nuevas para designar y diseñar el porvenir político.

Por eso es indispensable asignarle sentidos renovados a palabras que, aunque



Strangers Things 1. Cabo de la Vela, julio de 2019.
Fotografía por Julián González.

Al ver esta imagen casi todos reconocemos de qué se trata: de BASURA. Algunos añadirán algunas precisiones: hay bolsas, botellas, vasos, restos de papel, plásticos y tiras largas que parecen hojas secas. Pero al final, es solo BASURA. Usualmente no tenemos dudas cuando debemos decidir si algo es bueno/malo, bello/feo, verdadero/falso, y respecto a esta imagen muchos concluiríamos que lo que en ella hay es MALO (X) —basura, desperdicios, contaminación, amenazas al medio ambiente—; FEO (X) —degradación, suciedad, enfermizo— y FALSO (X) en el sentido de anti-natural, artificioso, contrahecho, adulterado. Pero las cosas pueden ser más complicadas de lo que parece.

En esta imagen, las cintas alargadas y pardas no son restos plásticos, ni de papel, ni cualquier tipo de hojas secas. Se trata de restos de pastos marinos secos. Los pastos marinos son poderosos ecosistemas que crecen bajo la superficie del mar, máximo a ocho metros. Crean auténticas praderas.

Allí las hojas se mecen al vaivén de las aguas. Los pastos marinos evitan la erosión de las cosas, sirven de albergue y fuente de alimentos a diversas especies animales, moderan la fuerza de las corrientes, capturan y procesan luz solar y cargan de nutrientes las arenas. En la Guajira está el 80% de las praderas de pastos marinos de Colombia.

La Guajira es nuestra Pampa del mar.

tengan entera validez e importancia, no resultan hoy inspiradoras y guías para las vidas de las personas. Términos como fraternidad, solidaridad, igualdad y libertad deben ser reinventados. ¿Qué pueden significar hoy?

Y también es necesario crear palabras nuevas para el mundo otro que paso a paso vamos forjando.

En el siglo XX descubrimos el poder de la diversidad: 1) la diversidad de la vida en la Tierra; 2) la diversidad de las inteligencias humanas; 3) las diversidades de

género y sexuales; 4) las diversidades culturales y 5) la diversidad y poder de agencia tanto de entidades humanas como de entidades no humanas e híbridas. No solo los seres humanos y sus instituciones —incluidas las máquinas y tecnologías— moldean nuestro destino conjunto, sino también el sistema climático, los mares, la actividad solar, las especies vivas no humanas y el propio planeta como sistema vivo *deciden* y *designan* nuestro devenir. Esos son los cinco dedos de nuestra mano. *Con esa mano*



Playa Dorada. Juan de Dios, Pacífico colombiano. Septiembre 2019.
Fotografía por Julián González.

¿Que hace esta imagen aquí? Cada metro cuadrado del pacífico biogeográfico colombiano considera mayor biodiversidad que kilómetros enteros de la Selva Negra alemana. Eso lo sabemos ahora, pero hace menos de un siglo esto no era más que “monte y más monte” que despejar, tumbar y arrasar para construir carreteras, rieles, sembrar pasto de ganadería, plátanos, yuca y maíz. Llamamos *selva*, *manigua*, *salvaje*, *monte* a lo que no entendemos, a lo que no comprendemos. Lo que ayer llamábamos genéricamente *selva* se ha convertido en otra cosa gracias a más elaboradas comprensiones. Hoy sabemos que la calidad de estas tierras es bastante mala en nutrientes minerales, y que su rica biodiversidad es el resultado de un delicado sistema ecológico en el que la vida crece sobre los restos de la que recién muere. Depende menos de los nutrientes de la tierra que de la calidad del sol,

la abundancia de agua y la actividad de miles de millones de microorganismos saprofitos —comen materia muerta— que procesan e intercambian nutrientes en una complicada y frágil cadena trófica. La invención de conceptos como ecología, biodiversidad, equilibrio ambiental, medio ambiente, transformaron en pocas décadas nuestra comprensión de lo que antes era puro “monte y yerba” a erradicar. Es una de la más poderosas y profundas revoluciones política del siglo pasado. Las otras: el feminismo y los movimientos sociales en favor de las diversidades sexuales y de género; los movimientos de defensa de las identidades étnicas y en favor de las diversidades culturales; el reconocimiento de la neurodiversidad y la variabilidad cognitiva; y el reconocimiento y valoración de las entidades y agentes no humanos, incluidas tanto las personas no humanas —los animales— como las máquinas de diferente tipo.

y esos cinco dedos hay que moldear el siglo XXI. Pensar, actuar, crear, proceder políticamente de manera progresista supone, hoy, usar la *mano entera*, apelando a esta renovada y más profunda comprensión de *cinco dedos* conquistada por los seres humanos a lo largo del siglo pasado.

Si algo parecen tener en común los movimientos neoconservadores y de derechas actuales es su profunda aversión y rechazo a esta *mano poderosa y sus cinco dedos*.

Creo firmemente en esta metáfora: usar la *mano toda* para pensar y actuar es lo que nos hace progresistas hoy. La decisión de amputarla o de privilegiar uno o algunos de los cinco dedos en detrimento de los otros nos resta *tacto, poder de agarre y precisión*.

Escriben Angélica Cervantes y Esther Quintero en agosto de 2016:

Una característica que distingue a los pastos marinos de otras especies fotosintéticas es que presentan una productividad primaria muy alta, es decir, generan mayor cantidad de nutrientes y oxígeno de la que podría esperarse por su volumen; debido a esta peculiaridad los pastos requieren niveles de luz solar muy altos, lo que limita la profundidad a la que pueden vivir.

Los pastos marinos dependen de la intensidad del sol y procuran nutrientes y alimento a una amplia variedad de peces, crustáceos, moluscos, nemátodos, anélidos. Fertilizan los suelos arenosos y soportan una amplia diversidad biológica marina y costera. Estas costas, estos pastos marinos, son parte de los caminos wayuu, que no están trazados

únicamente en los desiertos, sino en los mares. Son nichos de pesca.

A estas praderas marinas llegan cientos de miles de restos de plástico como puede apreciarse en la primera fotografía de estas neopostales. Entonces, en esa imagen se dan cita tanto el desastre como la promesa.

En 2010 se produjeron 270 millones de toneladas de plásticos y 275 millones se convirtieron en desechos. Casi 100 millones de toneladas son usadas por poblaciones humanas situadas a menos de 50 kilómetros de las costas marinas. Al menos 32 millones de toneladas fueron mal procesadas y mal tratadas como desechos ese año y 8 millones terminaron en los océanos, es decir cerca de 3% del plástico producido. De esos 8 millones, entre 10 mil y 100 mil toneladas son visibles y quedan



Strangers Things 2. Cabo de la Vela. Julio de 2019.
Fotografía por Julián González.

Cuando vi estas tiras largas entre las rocosas playas del Cabo de la Vela pensé que se trataba de tiras de botellas plásticas molidas pacientemente por el mar. Luego las toque con la mano y tenían la textura firme de telas desgadas, de fibras largas y firmes. Solo un mes después supe que eran los restos de las enormes praderas de pastos marinos (*sea grass*) situadas a poco metros debajo del mar en las costas de la Guajira.

en las superficies de los mares: el resto está sumergida, microdegradada o enterrada contra las costas o en el fondo marino. Es posible que algunos restos plásticos en la primera fotografía hayan viajado por el mar más de 10 años y recién regresaron de su largo periplo. En ese momento tomé la fotografía. Lo más doloroso es que la mitad del plástico en el mar se usó solo una vez.

Las botellas de plásticos en la primera fotografía son el plástico que se ve. Pero por cada porción de plástico flotando en el mar o arrumada en las costas, hay entre 8 mil y 80 mil sumergidas, no visibles, deambulando a lo largo de miles de kilómetros y por decenas de años.

De acuerdo con Greenpeace, para 2016 la producción anual de plásticos alcanzó los 335 millones de toneladas. Y para el 2020 se prevén 500 millones de los cuales al menos 15 millones irán a los océanos.

Si en un gesto de sensatez y cordura humana se detuviera el vertimiento de plástico a los océanos en 2020, la herencia previa de plásticos y micropartículas es tan grande que pasarían siglos enteros



Cabo de la Vela, la Guajira. Justo en estas costas crecen enormes praderas de pastos marinos. Julio de 2019.
Fotografía por Julián González.

antes de recuperar y estabilizar los biosistemas marinos afectados.

La única opción es comenzar a usar *la mano* y hacer limpieza del mar.

¿Imposible?

Ese es el empeño de la iniciativa The Ocean Clean Up, pero podría ser el trabajo de pescadores costeros de basuras bien remunerados a partir de impuestos globales y locales a la industria del plástico, y los compradores mayoritarios —empresas que embalan y empacan en plástico— y, por supuesto, a los consumidores finales. Pero es posible desarrollar catangas para captura del plástico que flota en las costas. Las catangas son estructuras tecnológicas de pesca tradicional que permiten que los objetos que entran en ellas no salgan. El problema es que este tipo de estructuras podrían atrapar no solo plástico sino especies vivas. Y sin un sistema de recuperación y procesamiento del plástico capturado el problema persiste.

¿Reemplazar el plástico? Ese el horizonte futuro. Ya hay exploraciones en curso: *tejidos y materiales biodegradables* a partir de hongos que crecen en residuos agrícolas y forman estructuras livianas y fuertes, fibras hechas de seda y restos de camarones o *shrink* (por *shrimp* y *silk*, en inglés camarón y seda respectivamente), cultivos de papas que producen resinas y membranas que pueden usarse como telas fuertes; plásticos derivados del maíz y la yuca. También se invita a usar materiales biodegradables ya existentes, aunque mucho más costosos que el plástico: envases de vidrio, bolsas de papel o tela, embalajes de madera.

¿Reducir el uso del plástico?

Ya hay estrategias al respecto. Una de ellas consiste en reutilizar cuánto

se pueda la pieza plástica antes de desecharla. Otra, rechazar envoltorios y piezas plásticas cuando no sean indispensables. Una más: reciclar. Y finalmente, reducir al máximo su uso.

¿Degradar el plástico?

De manera natural, ciertos polímeros y plásticos tardarían cinco siglos en degradarse. En 2016 un equipo de investigadores japoneses descubrió por casualidad una bacteria, la *Ideonella sakaiensis* 201-F6, capaz de descomponer la molécula del tereftalato de polietileno (PET), un tipo de plástico. Tras identificar la enzima que la bacteria usaba para descomponer el plástico se la ha modificado hasta desarrollar una nueva enzima artificial más eficiente. Se esperan futuros desarrollos en este campo, el de la biodegradación y biodigestión de plásticos. Por supuesto, la biodegradación sin control podría terminar destruyendo rápidamente estructuras y componentes plásticos diseñados para larga duración.

¿Y si invitamos a *la mano entera* a solucionar el verdadero problema?

Es claro que el problema no es el plástico, ni el petróleo, ni el carbón, ni la sal, ni el calentamiento global, sino el gran motor que los moviliza, los degrada, los transforma, los cataliza y los acelera hasta estremecer el planeta entero. En efecto, en el futuro es posible que contemos con piscinas ricas en bacterias para transformar millones de toneladas de plástico en materia degradable. Y luego, usaremos algunas bacterias que secretan enzimas para desacelerar el crecimiento desbordado de bacterias plasticófagas. Y luego confiaremos en que crearemos algunos ingenios para moderar, e incluso revertir,

el calentamiento global. Pero no se trata solo de eso.

Necesitamos la mano entera para detener y transformar el conjunto de sistemas de producción —empresas industriales, burocracias públicas y privadas, entidades financieras y organismos multilaterales, estructuras jurídicas y acuerdos que regulan propiedades y procesos a gran escala y de amplio impacto que los ciudadanos no pueden controlar ni regular— y que amenazan, de manera real, la sostenibilidad y porvenir de la vida entera en el planeta mismo.

La coordinación global y local de alianzas, acciones, movimientos sociales supone, entre otras, un lenguaje que renueve los términos en que hablamos de nuestros deseos y esperanzas. No se trata de libertad en general, sino de liberar la vida en el planeta; no de la defensa de la cultura propia, sino del derecho y generación de condiciones para que las culturas propias puedan sumarse y participar-conectarse con otras a escala global; no de la diversidad sexual y de género per se, sino de ampliar la autonomía efectiva para inventar y experimentar géneros y sexualidades que aún no conocemos ni imaginamos; no del desarrollo tecnológico, sino de la producción de tecnologías en las que aupear y potenciar formas de vida diversas —incluidas las síntesis inéditas de máquinas y seres humanos o de personas humanas y personas no humanas. No se trata de la defensa de la razón, sino de la neurodiversidad o diversidad cognitiva humana y no humana —de máquinas, especies vivas no humanas— y de los entornos institucionales y sociales necesarios para potenciar esa neurodiversidad

a escalas sin precedentes, incluidos sistemas educativos de nuevo tipo. No se trata de defender la creatividad, la innovación, la economía naranja, sino de ser felices gracias a que, por fin, podremos gozar de autonomía material, social y jurídicamente fundada.

Entonces cuando veo en detalle la fotografía que ilustra estas neopostales de la Guajira, ya no veo BASURA. Imagino la mano abriéndose paso y dificultosamente hacia el porvenir.

¿Por qué es indispensable la *mano entera* para sobrevivir? Por una razón simple y llana: el planeta Tierra y la vida en ella puede continuar después de la extinción de la especie humana. No se trata de la supervivencia de la vida en este planeta. La vida se las ha arreglado para multiplicarse y extenderse en el planeta después de 5 extinciones masivas. De lo que se trata es de la supervivencia de la especie humana, que en su estrechez de miras, ha terminado por creer que es indispensable y esencial para la supervivencia de las especies restantes. Malas noticias: no es cierto.

Usualmente, para hacernos a una idea de nuestra condición marginal y minúscula como especie, nos situamos en la enormidad del universo. Les propongo situarnos en nuestro propio planetita azul y blanco como el lapislázuli. Aquí también somos menos que poco. Hagamos cuentas:

1. La Tierra pesa 6 mil trillones de toneladas.
2. Las especies vivas —plantas, insectos, vertebrados, bacterias, seres humanos, líquenes, etc— suman 510 mil millones de toneladas. Es decir por cada partícula viva en este planeta hay 8.300 billones de partículas inertes.

3. De 510 mil millones de toneladas de especies vivas 450 mil millones son plantas. Es decir, de cada 100 entidades vivas en la Tierra, 75 son plantas.
4. 70 mil millones de toneladas son bacterias.
5. 12 mil millones de toneladas son hongos.
6. 7 mil millones de toneladas son arqueas (un tipo de organismos unicelulares distintos a las bacterias).
7. 4 mil millones de toneladas son protistas (pequeñas entidades vivas que no pueden clasificarse como hongos, bacterias o arqueas, plantas ni animales).
8. Y 2 mil millones de toneladas son animales (incluidos los seres humanos, insectos, gatos, sapos y salamandras). De esos 2 mil millones de toneladas, los seres humanos pesamos 60 millones de toneladas. Menos que todas las termitas del mundo juntas.



Strangers Things 3.
La Guajira, Cano de la Vela, julio 2019.
Fotografía por Julián González.

No es (solo) basura, tal como —ahora lo sabemos, pero hace un siglo no— la selva no era (solo) monte que tumar. Esta imagen es “nuestra selva” actual, el resultado de nuestras incomprendiones de hoy, de lo que todavía no conseguimos entender. Pero esta imagen también es la interfaz del porvenir que deberemos agarrar y moldear con nuestras *manos*.

9. Sin embargo hemos transformado y creado una tecnosfera —obras producidas por los seres humanos, incluidos los desechos plásticos y los edificios— equivalente a 30 millones de millones de toneladas. Es decir, por cada gramo de vida —incluida la humana— hemos trabajado y procesado 60 gramos de entidades inertes. Somos una formidable especie transformadora de materia inerte.

Visto en perspectiva, el uso de *la mano entera* es el más poderoso invento humano para garantizar nuestra supervivencia. Permite orientar nuestra extraordinaria capacidad de transformar materia inerte en sistemas de sustentación para soportar, expandir y diversificar la vida no humana. La vida no humana es el delicado entramado en el que la vida humana prospera. Somos enteramente biodependientes, esto es dependemos completamente de especies vivas no humanas que, con contadas excepciones, no dependen de nosotros. La *mano* nos ha proporcionado una clara conciencia de esta *asimetría de supervivencia*. La vida en el planeta continuará si se extingue la vida humana sobre la Tierra, pero la vida humana en este planeta no puede sobrevivir si desaparecen las vidas no humanas. Un concepto como este, *asimetría de supervivencia*, ayuda a poner en perspectiva y darle nuevo contenido a nuestra antropocéntrica idea de Libertad. De esta manera, creando nociones como esa, la *mano entera* contribuirá a moderar y, si es posible,

erradicar los impulsos y tendencias predatorias ejercidas por algunos sectores de la especie humana sobre otros seres humanos y sobre el conjunto de los sistemas vivos del planeta. Solo mediante el reconocimiento efectivo de nuestro destino compartido podremos sobrevivir el tiempo suficiente como para extender y diseminar las vidas terrestres, incluida la humana, más allá del sistema solar —antes del colapso del sol, que contiene el 96% de toda la materia del sistema— o hasta que descubramos cómo extraer energía ilimitada de la materia oscura y la energía oscura, que en conjunto son el 95% de toda la materia del universo conocido.



Panorámica Cabo de la Vela, parte de las enormes praderas de pastos marinos en la Guajira.

Julio de 2019.

Fotografía por Julián González.

Qué extraño panorama encriptado emerge de entre los restos de basura que no es basura. Pero eso pasa cuando usamos la *mano entera* para entender y actuar el mundo: lo que parece simple y claro se torna espeso y complejo, y la Verdad deja de ser *evidente* para convertirse en *disidente*.



■ Guajira Crónica (10). Última entrega.

Postales: portales. (Cuarto y último experimento). La Sal de la Vida

Octubre 10 de 2019

Ichii (mito wayúu)

Un día el enorme Mar (*Palaa*, en wayuunaiki) le confesó a la Luna (*Kashi*, en wayuunaiki) que la envidiaba. “Tu rodeas al planeta entero. Con tu luz en las noches iluminas cada resquicio de la Tierra. Sabes incluso más de mis intimidades que yo mismo, pues te elevas sobre los cielos y observas la enorme extensión de mi piel y sus pliegues con todo detalle. Yo a duras penas reconozco mis propias ondulaciones. Y, sobre todo, te cueles por las rendijas de las rancherías de los seres humanos, esos animales tan distintos a los otros, que saben armar nidos techados y balsas que cruzan mis aguas.

Alguna vez, lo sé, se elevarán sobre los vientos y se sumergirán en mis profundidades sin que yo pueda asfixiarlos. Tú sabes que yo puedo asfixiarlos. Tú sabes qué hay en sus vasijas, qué hacen en sus camas, escuchas sus historias. Yo las conozco de oídas gracias a los parlanchines que caminan a orillas de las playas, a los pescadores que murmuran mientras arrojan sus arpones y por lo que dicen los náufragos antes de ahogarse. Algo sé de ellos cuando, tras un maremoto, entro a sus pueblos y arraso sus tumbas, y me trago sus tesoros, pero no puedo verlos en sus días ordinarios, cuando su respiración marcha sin agitación y sus manos labran la tierra y la cosechan”.

La Luna, que amaba al Mar porque en él se reflejaba plenamente, se conmovió de verlo tan triste y le dijo: “sé mucho de los humanos. Son animales extraños y pueden ser tan crueles como bondadosos. Matan sin hambre y beben aunque

no tengan sed. Los gobiernan impulsos que ni tú ni yo, a pesar de nuestra larga edad, podremos entender. Ni el mismísimo Sol (Ka’i, en wayuunaiki), el ojo que todo lo ve y todo lo sabe, comprende exactamente qué pasa por sus cabezas



Cristales de sal rosada en Manaure. Julio de 2019. En wayuunaiki, *sal* es *ichii*.



Cristales de sal. Manaure. Julio de 2019.



Mosco en sal. Manaure. Julio de 2019.



Panorámica, salinas de Manaure. Julio de 2019. Lo que podría parecer, a primera vista, un valle nevado es realmente una playa cálida y ventosa. Manaure debe su nombre a un cacique cuyo resplandor y brillo eran legendarios.



Cristales de sal. Manaure. Julio de 2019.

Fotografías por Julián González.

y sus corazones. Sin embargo, conozco sus mesas, y lo que ponen en ellas les sabe a poco y los entristece. El fuego cocina las carnes que cazan y ablanda el maíz y la yuca que mascan. Pero no hay dicha en sus comidas.

Tú podrías hacerlos feliz entrando a sus mesas. Podrías conocer sus cuerpos y deslizarse en sus venas. Apreciarlos desde bien adentro: desde sus entrañas”.

Esa tarde la Luna le enseñó al mar cómo convertirse en *ichi* (*sal* en wayuunaiqui) con ayuda del Viento (*Jouktai*) y el Sol. Y así surgieron los salares. Y el de Manaure fue el primero en el mundo. Y la sal alegró la lengua de los hombres que descubrieron el gusto. Por eso, desde aquel día, cada ser humano, al orinar, le devuelve al mar lo que el mar le ha dado. Y al mar vuelven las aguas de nuestros vientres y el sudor de nuestras pieles.

Fakemyth o falso mito

Acaba de leer un fakemyth o mito falso. Usando la estructura y claves narrativas de algunos mitos ancestrales construí este relato sobre el origen de la sal marina entre los seres humanos. Antes había buscado algunos relatos indígenas al respecto, pero no encontré ninguno. Buscando información terminé tropezando en internet con el documental de Wim Wenders y Juliano Ribeiro Salgado sobre el fotógrafo brasileiro Sebastián Salgado: *The Salt of the Earth, La Sal de la Tierra* (2012). Al comienzo se derraman esas impresionantes imágenes de miles de mineros de Sierra Pelada —“50 mil personas metidas en un gran agujero”, según dice Salgado—, y mientras asistimos a esta visión en blanco y negro del mismísimo infierno, el fotógrafo pronuncia la frase que estructura y titula el

documental: “Al fin y al cabo, las personas son la sal de la tierra”.

(... Vi el fantasma de John May).

Al final del documental uno queda con la sensación de que las personas somos la sal del planeta en los dos sentidos: le damos sabor y somos su maldición. Guajira Crónica, este conjunto de relatos y notas de viaje sobre la Guajira, no hace más que confirmarlo: somos la *sal* de la tierra. Su mala suerte y su redención.

El enorme salar de Manaure, los preciosos fósiles en los desiertos, la vista de un flamenco solitario, (*vi el fantasma de John May*), el imponente tren repleto de carbón, los niños mendicantes en los alrededores de Uribia y camino a Cabo de la Vela, las playas de ensueño, la digna estatura y presencia de las mujeres wayuu, las aguas frescas del río Palomino, la belleza del recién inaugurado malecón de Riohacha, la basura cardada en la vegetación xerófitica —cactus, arbustos, rastreras—, los halcones bordeando las playas, las potentes camionetas cargadas de pimpinas de gasolina para comerciar, (*vi el fantasma de John May*), las legendarias gafas oscuras en algunos de los comerciantes wayúu, los preciosos tejidos, telas, bordados y mochilas; el sol que aquí es otro, tan distinto al del resto del planeta; los platos servidos de chivo cocido en chicha; (*vi el fantasma de John May*); las rancherías y las neo-rancherías; los cerros que, como el Pílon de Azúcar se alzan al borde del mar y que nos recuerdan que la vida viene del mar y hacia el mar vuelve; las vallas de los políticos abusivos, el mejor ejemplo de cómo la sal de la tierra se corrompe y pudre; (*vi el fantasma de John May*); los perros famélicos; los monumentos erigidos aquí y allá a lo ancho y largo de la

Guajira; los monumentos que jamás se edificarán; los monumentos que jamás debieron armarse pues los homenajeados no se los merecen; el wayuunaiki hablado orgullosamente y con fluidez por tantos en la Guajira; la voz casi inaudible del comerciante wayúu de edad imposible de determinar —¿50, 70,90 años?— que me vendió hábilmente varias pócimas milagrosas en la Ranchería El Dividivi; (*vi el fantasma de John May*); las vías recién asfaltadas bordeando lo que serán las playas del futuro destino turístico colombiano; los grifos sin agua; los grifos con agua; los carros de placas venezolanas; los dos niños y la niña que jugaban a ver quién corría más rápido en el malecón de Riohacha; el vendedor de mochilas que se sorprendió cuando le ofrecí compra por la piedra con que afirmaba el cuadernito en el que llevaba las cuentas; el firmamento perfecto en las noches sin nubes; el poderoso viento que amenaza con convertirte en pájaro y las deliciosas aguas del mar que te embrujan hasta volverte sirena (*vi el fantasma de John May*).

La Guajira es un lugar al que vas y del que regresas transformado. La arena

se cuele en tus manos y se mete en tus entrañas. Entonces sueñas que eres desierto. El agua mar se adueña de tu lengua. Y entonces saboreas más y distinto. Los tejidos wayúu te hipnotizan y algo se enrolla en tus adentros hasta re-hilvanar tus ideas. El sol te asa y, por alguna razón extraña, tus demonios terminan ahuyentados. Tu respiración se hace honda con el viento de estas tierras. La sonrisa contenida se hace carcajada dura y pura. Algo se desajusta y reajusta profundamente cuando estas aquí.

Y luego, vuelves a casa, dejas la Guajira y regresas a la vida de todos los días.

Pero una mañana te despiertas y comprendes que allá regresarás porque de allá nunca volviste.

Por eso vi en las orillas de las playas del Cabo de la Vela el fantasma de John May, errante y desconcertado, como buscando, sin conseguirlo, el camino de regreso. Creo que el pobre retornó a Gran Bretaña, pero jamás dejó la Guajira, y jirones de su espíritu se quedaron agitándose, para siempre, entre el martilleo de la olas y el desierto donde lo vi.

Nunca vuelves de la Guajira.



Vista del Cabo de la Vela, Guajira. Julio de 2019.
Fotografía por Julián González.



Vista del Cabo de la Vela desde El Pílon de Azúcar. Julio 2019.



Cabo de la Vela. El lugar donde vi el fantasma de John May. Julio de 2019.
Fotografías por Julián González.

“La realidad está repleta de secretos. Para empezar, todo el tiempo se nos escapa de las manos. Es sumamente difícil poder captarlo todo, todo el tiempo, ¿no? Captarlo para luego darle forma. Primero debemos entender que las personas ni siquiera perciben muchas de las cosas que llevan dentro. A veces, cuando logras llegar al fondo de un recuerdo, la gente te dice: ‘Ni siquiera sabía que lo sabía. Lo había olvidado por completo. Apenas me lo preguntaste, empecé a pensar en eso...’ Para poder oír algo nuevo, tenemos que reinventar nuestra manera de hacer preguntas”.

Svetlana Alexiévich, 2018.

Para Consuelo, Rocío, Armando y José: formidables compañeros de viaje y conversación.
Buenaventura, 29 de septiembre de 2019.

■ Mad Max, pescados, música y un acordeón

Postales de un viaje breve

Octubre 17 de 2019

Escena 3. 2:20:39” pm

En su instrumento musical —un cuatro—, tiene una calcomanía con una advertencia: *no soy tu mamacita*. Luce un corte punk, rapado, coronado por dos moñas coquetas e infantiles de cabello oscuro y lacio. Un arete redondo y pequeño en la oreja izquierda, y un aro grande en la derecha. Debajo de la camiseta se entreven las tiras de su traje de baño rojo. Se balancea mientras canta *Mi Buenaventura*. Ella es rechoncha y bajita, de voz aniñada y dulce, un decidido contraste con los detalles masculinizantes de su apariencia: botas de caña alta y guerreras, de las que no vacilarían en

patear *güevas* si es necesario, y las piernas desnudas de quien, más que exhibirlas para seducir, reafirman su determinación para caminar desde la Patagonia hasta el mismísimo fin del mundo si es necesario. Viste falda corta de diablofuerte, tiene algunos tatuajes en los brazos y en la espalda.

Y es que ella y su amiga vienen de lejos. No exactamente de la Patagonia, pero sí de la patria que la contiene: Argentina. ¿Cuánto tiempo llevan en Juanchaco? Lo suficiente como para que algunas partes de sus pieles luzcan acarameladas y otras acamaronadas. Rojas. Incendiadas.



Juanchaco, Buenaventura. Dos jóvenes argentinas interpretan música del pacífico y piden dinero a los turistas apostados a la entrada del muelle de embarque. Septiembre de 2019. Fotografía por Julián González.

La otra mujer, larguricha y escuálida interpreta el acordeón. Se mueve al ritmo de *Mi Buenaventura* pero con cadencia tanguera, no con los estertores y movimientos explosivos de los salseros. Están en esas, cantando en *argentino* música del litoral, cuando un hombre negro entrado en años ingresa espontáneamente en la escena y empieza a bailar entremezclando pasos de salsa con algo de danzón y bolero. Es domingo 29 de septiembre, 2:20 pm y estamos a punto de embarcarnos de regreso a Buenaventura tras permanecer tres días en Juanchaco y Ladrilleros viendo, entre otras, a las extraordinarias yubartas que, como las jóvenes argentinas, vienen al pacífico cálido tras una larga travesía desde el gélido sur del continente. 10 mil kilómetros, las ballenas; 5 mil, las jovencitas.

Obtienen algo de dinero y muchos aplausos de los espectadores. Más aplausos que dinero, a decir verdad.

Escena 1. 2:02:01” pm

18 minutos atrás, estuve tentado de hacerme a unos 25 kilos de pescados

frescos: 12 pargos rojos de mediano tamaño, un pez aguja pequeño y otro de metro y medio de largo. El vendedor, un hombre mulato, vientre grande y robusto, treinta años, hablantinoso, me los ofrecía por \$200.000 (60 dólares), debidamente embalados y empaquetados en frío para que soportaran el viaje hasta Cali sin echarse a perder.

La oferta era muy buena. En Cali, en cualquier pescadería un kilogramo de pargo no baja de 20 mil pesos. No conseguiría 25 kilos de buen pescado, en Cali, por menos de 600 mil pesos (200 dólares).

¿Y por qué no (comprarlo)?, pensé ante el remolino de tentaciones envolventes que me agujereaban el corazón, el estómago y el bolsillo. ¿Y por qué no? No seas bobo: ¿por qué no?

¿Y por qué no?, pensaron los pretendientes de Penélope antes de caer abatidos por Odiseo a su regreso de Troya. ¿Y por qué no?, se pregunta el cándido apostador antes de descubrir que lo han timado. ¿Y por qué no?, dice la niña mientras se embolsa decenas de dulces que le revolcarán el estómago. ¿Y por qué no?, se dijo Ícaro alzándose hacia el cielo.

Sí, pero esos son los *¿porquéno?* de destino trágico, pero hay *¿porquéno?* propicios que terminan en tórridas aventuras amorosas, en invenciones poderosas, en revoluciones, en viajes a Marte, en danza de pavorreales o en borracheras legendarias.

Sin embargo, la mayoría de los *¿porquéno?* son triviales, no hacen historia ni tuercen dramáticamente el destino de nadie. Y ese es el problema: son los más insidiosos porque, justamente, lo que está en juego no parece significativo ni entraña riesgos.



Peces frescos y una balanza en una venta ambulante.
Juanchaco, 29 de septiembre de 2019.



Vendedor exhibe pez aguja.
29 de septiembre de 2019.



Orgullosa exhibición del pez aguja.
Juanchaco, 29 de septiembre de 2019.
Fotografías por Julián González.



Pargo en oferta, Almacenes Jumbo Cencosud, Cali:
casi 30 mil pesos el kilogramo.
Tomado de <https://www.tiendasjumbo.co/>

¿Y por qué no?

Pasado un mes desde entonces sigo preguntándome ¿y por qué no?

¿Por qué no compré ese pez aguja lustroso?

El aguja es quizás el más sabroso pez del litoral Pacífico. Su carne firme, suave y jugosa vale la pena, y cuando terminas de comerlo te obsequia su último homenaje: sus espinas verde jade como joyas. Hay algo fiero en esta maquineta

de engullir crustáceos, peces pequeños y krill. El aguja se desliza como una lanza sutil a 100 metros por minuto y en sus estampidas ha herido o matado a decenas de personas en todo el mundo. Wolfram Reiners, alemán, apenas pudo sobrevivir a las heridas que un pez aguja le propinó en los pies mientras nadaba en las islas Seychelles, en 2012. Un niño hawaiano de 10 años murió cuando uno saltó fuera del agua y le ensartó el ojo

y el cerebro, en 1977, en la Bahía de Hanamaly. En 2014, un turista ruso quedó parálítico para siempre luego de que un pez aguja lo mordiera en el cuello afectando su médula espinal. Y en 2013, en Arabia Saudita falleció desangrado un joven al que un pez aguja le mordió el lado izquierdo del cuello. En 2007 un adolescente vietnamita falleció luego de que uno le atravesara el corazón.

Aunque con menos víctimas que el tiburón blanco, los pescadores les temen más que a los escuálidos. Hay una fiereza malvada en sus ojitos y en su mandíbula aserrada, y por mucho tiempo sus espinas verdosas disuadieron a cientos de comerlos. Pero alguna vez alguien — siglos atrás— se arriesgó, se preguntó ¿y por qué no? Y gracias a su gesto nos legó el placer de estas carnes blancas y delicadas trenzadas en un pez delgado como un sable. Dicen que los manjares marinos parecen mortales, peligrosos, asquerosos y venenosos hasta que nos atrevemos a descubrir sus jugos y el hechizo de sus sabores.

¿Y por qué no?

Todavía lamento no haberlos comido.

Escena 2. 2:15:28”pm

¡Qué le vamos a hacer! Al regresar a Cali, no habría pargos ni pez aguja ni delicias

marinas en nuestra mesa. Ni una cocada. Pero a falta de delicias que comer, Juanchacho nos regaló un última delicia que ver. Unos minutos antes de partir, nos ofreció una poderosa secuencia visual: un Mad Max Tropical de lo más generoso. No una versión del coreográfico Mad Max de 2015, *Furia del Camino* (Mad Max 4: *Fury Road*), con la hermosa Charlize Theron en el papel de *Imperator Furiosa* —la peligrosa y seductora adversaria cyborg del Inmortal Joe; sino el Mad Max de 1981, *Mad Max 2: The Road Warrior*, dirigido por el perfeccionista y obsesivo George Miller —repitió en *Furia del Camino*— y protagonizado por Mel Gibson.

Todo empezó con el rugido de un motor, capaz de alzarse por sobre los decibeles del mar, el viento, el bullucio de la gente conversando y los parlantes derramando vallenatos a todo volumen en Juanchaco. Luego se fue abriendo paso una máquina contrahecha, conducida por un jovencito en sandalias. No portaba un atuendo guerrero, sino reguetonero. Fueron 30 segundos de alucinación audiovisual, como si George Miller hubiera abandonado la desértica Australia para entregarse con alma y cámara a una región en donde nunca falta el agua hecha lluvia, mar, sudor y ríos.



Fotogramas *Mad Max: Guerrero del Camino*, 1981. Dir. George Miller.



Fotograma 1. 2:15:28 pm.



Fotograma 2. 2:15:30 pm.



Fotograma 3. 2:15:31 pm.



Fotograma 4.



Fotograma 5. 2:15:35 pm.



Fotograma 6. 2:15:37 pm.



Fotograma 7. 2:15:38 pm.



Fotograma 8. 2:15:42 pm.



Fotograma 9. 2:15:49 pm.



Fotograma 10. 2:15:57 pm.



Fotograma 11. 2:15:58 pm.

Tropi Mad Max 2019. Juanchaco, Buenaventura. Septiembre 29 de 2019.
Fotografías por Julián González.

Armando Henao había nadado la noche anterior entre estrellas al sacudir el planctón que en la oscuridad del mar chispea cada vez que se lo golpea. Una galaxia lo rodeaba en el Pacífico, como si el planeta Pandora de Avatar —James Cameron, 2010— yaciera allí mismo, bajo las olas. Habíamos visto una bandada de centenares de aves alzar el vuelo en perfecta coordinación. Habíamos caminado dos horas hasta Playa Dorada en Juan de Dios, luego de trepar y descender por 6 colinas entre la selva. Habíamos visto a las ballenas jorobadas, esos torpedos milenarios, revolcándose en las aguas cálidas. Habíamos caminado hasta La Barra que, tras el Vuelco del Cangrejo de Oscar Ruiz Navia (2010), parece un set siempre abierto y siempre dispuesto, ofreciéndose a nuevos filmes, aguardando muchas fotos, esperando algunos caballetes, bastidores, pinceles y cualquier clase de máquinas, dispositivos y artilugios visuales. Habíamos nadado en La Sierpe y en las Marías (una cadena de piscinas naturales). Allí descubrí la que será mi nueva

terapia: la llamaré *floating* (suena chic y vende. *No hay problema, señora: su crisis de ansiedad puede superarse con 7 sesiones de floating*). Consiste en disfrutar el placer de usar chalecos salvavidas y flotar y flotar y flotar en las aguas despreocupadamente y sin tener que esforzarse. Ingrávido. Liviano. Feliz.

También durante esos tres días habíamos comido mucho, bien y sabroso. Habíamos conversado y chismoseado como debe ser. Nos habíamos reído de tonterías. Habíamos pronunciado sentencias y frases afiladas que pronto olvidaríamos. Y por supuesto, nos habíamos quejado, pues no hay paseo completo sin dolores, raspones o tronchaduras.

Pero entre las 2:02:01” y las 2:20:39” pm del domingo 29 de septiembre de 2019 y en apenas 18 minutos, Juanchaco nos regaló este filmecito de 3 escenas y una lección: aquí, en el Litoral Pacífico colombiano todo el technicolor del mundo luce gris y pálido, avejentado; toda la High Definition y los 4K de las pantallas actuales parecen pixelados y ajados, y los célebres efectos especiales de Dennis Muren, una vulgar chambonada.



Playa Amarilla, Juan de Dios.
Septiembre 28 de 2019.
Fotografía por Julián González.



Cientos de aves alzan vuelo desde el mar.
Septiembre 28 de 2019. Ladrilleros.
Fotografía por Julián González.

Aquí se dan cita formas imposibles, mezclas desconcertantes, colores que abruman y luces fluorescentes que centellean en el cielo oscuro y el mar nocturno o al amanecer. Arena negra y arena de oro. Verdes sobre verdes y remolinos de plástico y basura. Cuerpos perfectos y casas y calles maltrechas. Y al final, el broche de oro: Mad Max resucita entre arenas grises y ríos salobres, y *Mi Buena-ventura* suena a Piazzolla.

¿Qué más se puede pedir antes de partir?

A las 3:15 pm estamos zarandeándonos en la lancha bimotor con rumbo a Buenaventura. Nos miramos a los ojos entre divertidos y preocupados mientras la lancha salta algunos metros, entre ola y ola, cada 30 segundos. De repente se detiene en medio del mar y el conductor apaga los motores. Guarda silencio. No ofrece ninguna explicación

a los pasajeros. Hay tensión. Casi angustia. Hay que esperar.

Y con resignación y en silencio ritual, esperamos.



Botellas con arenas de 6 playas distintas de la zona.

En su orden, de izquierda a derecha: La Barra, Ladrilleros (arena magnética negra), Playa Dorada, Juanchaco, Juan de Dios y Ladrilleros (arena común).
Muestras de la Colección de Arenas.

Fotografía por Julián González.



■ Belleza inesperada

El paseador de perros

Cali, noviembre de 2019

Entonces se contonea cuando cae la luz de la mañana. Ya son casi las 8. Los pantaloncitos hot hacen juego con sus piernas torneadas y bronceadas. Media Cali, en el oeste, lo ha visto paseándose a buen ritmo arrastrando hasta una decena de perros. Va siempre en tenis, medias de colores vivos y luce las piernas más vistosas de la ciudad. Y él, un hombre más bien panzón, entrado en años y poco agraciado, las exhibe con orgullo. No conozco su historia. No sé de su nombre. Ignoro su origen. Pero imagino que, si hubiera una confabulación de circunstancias, está llamado a convertirse en icono. Quizás de las fiestas

del Orgullo Gay, algún día. Luego en signo y símbolo de nuestras diversas y variadas masculinidades. Y algún vez, en elocuente ejemplo de la larga senda de *calilocuras* de una ciudad en la que se entreveran signos explosivos de irreverencia festiva y descontrol, y lastres coloniales de obediencia y sumisión, todo por partes iguales.

Al fin y al cabo es la ciudad que se inventó a Jovita Becerra Feijoo (Jovita Feijoo, 1910-1970), que tras morir encarnó en Iván Barlaham Montoya Correa (1929-2017), que la representó durante 18 años cada 28 de diciembre en la Feria de Cali.

Y como Jovita sabía que no bastaba la carne viva de un mortal para hacerse eterna, decidió colarse en las sienes de Diego Pombo que, obsesionado, terminó por cristalizarla en *Jovita Reina Infinita*, la escultura que se alza en medio del Parque de los Estudiantes desde diciembre de 2007. Y allí está, inmóvil, la gran dama de Cali. Y allí estará hasta el próximo sacudón de una ciudad habituada a remezones y estremecimientos que la remapean y transforman de manera acelerada cada década.

La explosión del 7 Agosto de 1956 con sus 1.300 muertos, 4.000 heridos, 8 manzanas arrasadas y tres parcialmente destruidas. A lo largo de los 60, la exploración festiva de las libertades sexuales, el tímido hippismo urbano, la experimentación con músicas y drogas psicodélicas de los jovencitos de capas medias, y algunas señales de irreverencia anticlerical y política *nadaísta*, los

movimientos estudiantiles y sus protestas. Los VI Juegos Panamericanos de 1971, precisamente cuestionados por sectores estudiantiles, que se saldó —entre otras— con el asesinato de entre 15 y 30 personas debido a la represión policial del 26 de febrero de 1971. En las décadas de 1980 y 1990, el cartel de Cali y el narcotráfico definieron las reglas de juego de buena parte de la ciudad. En la primera década del siglo XXI, la reestructuración del sistema de transporte público alrededor del Masivo Integrado de Occidente (MIO), que empieza a construirse en 2004 y entró en operación desde 2008.

¿Qué fuerzas y de qué manera se rediseñará la ciudad en la década de 2020? No lo sabemos. Pero podemos intuirlo. Por lo pronto hay algunos rasgos de saludable rebeldía en ella: Cali votó consistentemente en favor del Sí durante el Plebiscito sobre los acuerdos de paz de Colombia en 2016, no parece afectada al partido de gobierno —el Centro



Jovita Feijoo.
Tomada de *El País*, Cali. Autor no referido.



Jovita Feijoo en la representación
de Iván Barlaham Montoya.
Tomado de *El País*: <https://bit.ly/38Dq6CD>

Democrático— de acuerdo con las elecciones locales de 2019 y se movilizó con intensidad y vigor durante el paro Nacional del 21 de Noviembre de 2019.

Quizás la ciudad que inventó a Jovita Feijoo tiene en estas piernas una nueva escultura viva, un signo extraño de los tiempos que vivimos, tan revueltos. Un icono de su condición bizarra y contradictoria: una de sus calilocuras recientes.

Si esta Cali profundamente clasista amasó una mujer de origen popular que se paseaba y hablaba con ademanes de gran señora y entraba en los clubes de élite sin pedir permiso; si esta ciudad harto racista se precia de bailar salsa afrolatina como nadie y celebra la música del pacífico afrocolombiano como su esencia, ¿por qué no habría de ofrecernos una postal paradójica como esta: las piernas perfectas y vigorosas de un hombre avejentado y sin gracia, en una ciudad en la que cerca del 10% se reconoce LGBTI y en la que se mezclan celo homofóbico y frágil reconocimiento de nuestras diversidades sexuales?

Clasismo y Jovita Feijoo; racismo, salsa y Festival Petronio Álvarez; homofobia y las piernas del paseador de perros.



Diego Pombo esculpiendo a Jovita Reina Infinita.
Tomado de <https://bit.ly/3adf7Ro>

Aquí el agua engendra el aceite, y el aceite se traga el agua que lo destila. La serpiente que se muerde la cola. Las calilocuras.

La ciudad que promueve y presenta como signo de su propia identidad la belleza de sus mujeres tiene una de las más altas tasas de feminicidio y violencia de género del país. Al fin y al cabo ésta es la ciudad que parió a uno de los carteles de droga más poderosos y ricos del mundo, capaz de producir un estremecimiento tan brutal que redujo a polvo toda dignidad humana, prostituyó todo lo que pudo, bañó de lujos, miel y sangre toda clase de calles y avenidas, arrasó árboles y casas centenarias, segó vidas recién nacidas y manos ancianas, enalteció al asesino que tortura y dispara sin pensarlo dos veces, celebró al predador sexual y convirtió el oficio de paseador de perros en el más bajo rango de su jerarquía de mandos al nombrarlo *lavarperros*. Entonces es sin duda un signo extraño que sea un paseador de perros el que desafíe las reglas y límites al exhibir, con orgullo, sus piernas vigorosas. Las más vistas de la Sucursal del Cielo.

Justo estas piernas cuando recién empieza la polémica en la ciudad por la escultura *Ella*, de María Fernanda Cuartas. La escultura fue encargada por la gobernadora del Valle, Dilian Francisca Toro, como homenaje a las mujeres del departamento. Está situada en la glorieta del Aeropuerto Alfonso Bonilla Aragón, en Palmira. Se la acusa, no sin razón, de glorificar la imagen de la mujer decorativa, liviana, pasiva y desleída que promueven la publicidad, los medios de comunicación, las narcoserries, y de ofrecer una representación completamente alejada de la diversidad cultural, étnica

y social de las mujeres vallecaucanas. “Esta escultura es la materialización simbólica del canon de la mujer explotada y abusada”, señala Betsimar Sepúlveda, escritora y gestora cultural que promueve una iniciativa en Change Org solicitando que se retire la obra: *Por el retiro de la escultura “Ella” del espacio público. No nos representa.*

Creo, además, que se trata del ideal de mujer robotizada, maniquí y dócil que algunas series de ciencia ficción ofrecen. Es la Ella de “Her” (2013, dirigida por Spike Jonze, protagonizada por Joaquin Phoenix y la sedosa voz de Scarlett Johansson) mezclada con la Arisa de “Mejores que nosotros” (Лучше, чем люди, *Mejores que los humanos*), la serie rusa protagonizada por Paulina Andreeva y creada por Andrey Junkovsky en 2018.

Entonces quizás sean las piernas del flamante paseador de perros las que mejor nos representan a todos por su ambigüedad, confusión y extraña tensión. Son el camino sinuoso. Son la marcha que hibrida. Son la escultura viva y hermafrodita de una ciudad que algún

día se hará adulta, democrática, plena e incluyente.

Ojalá ese sea el tipo de estremecimientos que ponga patas arriba a esta ciudad en la década que recién empieza. Y si llega a ser así entonces *Jovita Reina Infinita* o *Las Piernas del Paseador de Perros* serán las esculturas que ocupen el centro de la ciudad, pues a estas alturas el bicentenario *Felipe Joaquín de Cayzedo y Cuero* (1773-1813) y la patina de su estatua en la plaza nos representa mucho menos que la dorada y futurista *Ella*.



Fotografía por Julián González, noviembre de 2019.



Estatua de Felipe Joaquín de Cayzedo y Cuero, en la plaza homónima, en el centro de Cali. Estatua hecha por Charles Raoul Verlet, e inaugurada en 1916.



Fotografía por Alexis Murillo, Gobernación del Valle del Cauca.



■ Diarios de la Covid-19. Día catorce

Recordatorios, relatos y notas para después de la pandemia

Abril 4 de 2020

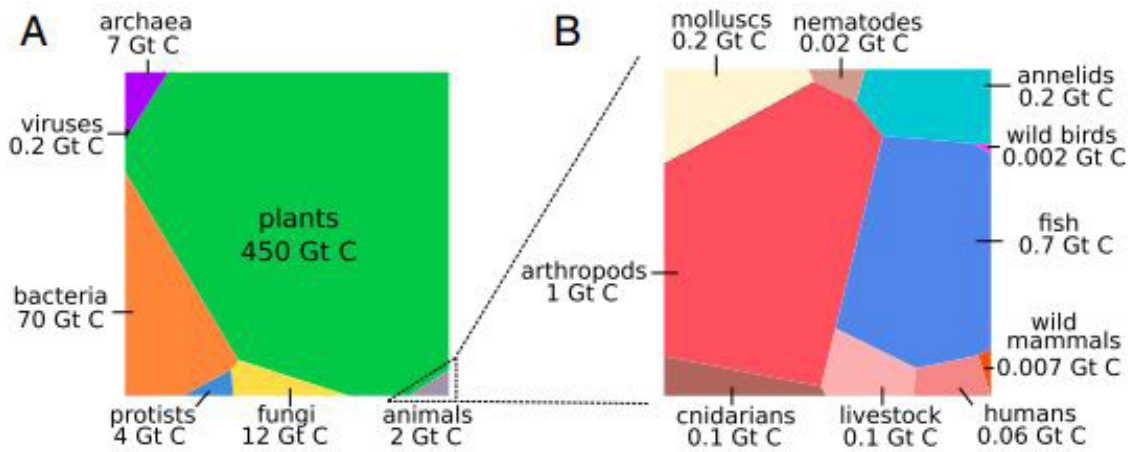
Cuentas mínimas para darnos cuenta

La Tierra pesa 6 mil trillones de toneladas y 510 mil millones de toneladas son entidades vivas: por cada unidad viva hay 8 mil billones de entidades inertes. Y de cada 100 entidades vivas en la Tierra, 75 son plantas. Los animales —incluidos los seres humanos— y los virus pesamos lo mismo: 2 mil millones de toneladas. Y los seres humanos somos, en términos de masa, una presencia marginal: apenas 60 millones de toneladas, más o menos lo mismo que todas las termitas del mundo.

Sin embargo, esta especie marginal ha creado una tecnosfera —desperdicios,

máquinas, ciudades— equivalente a 30 millones de millones de toneladas. Por cada gramo de vida —incluida la humana— la especie humana ha transformado y procesado 60 gramos de entidades inertes.

En esta enorme aula que es la pandemia, con alumnos atentos y encerrados a la fuerza, quizás estamos aprendiendo que somos una especie vulnerable y que nuestra portentosa capacidad para transformar materia inerte y para manipular las bases genéticas de lo viviente son un inquietante horizonte de riesgos y posibilidades.



Tomado de The biomass distribution on Earth, Yinon M. Bar-On, Rob Phillips y Ron Milo. PNAS June 19, 2018 115 (25). Figura N°1. En el recuadro A la distribución y composición por especies de toda la biomasa en la Tierra. En el recuadro B, detalles de la distribución de la biomasa animal.

Poesía de la mala

Por mi ventana veo todos los días las dimensiones de ese trabajo transformador de materia inerte. Para hacer la ciudad de Cali nos estamos devorando uno de sus cerros tutelares: las Tres Cruces. Varias veces al mes se estremece la tierra debido a las explosiones de dinamita de Triturados El Chocho S.A, la empresa que viene explotando la cantera desde 1945. Es propietaria de 140 hectáreas y tiene reservas probadas de 30 millones de metros cúbicos de roca basáltica. Además, cuenta con 85 millones de metros cúbicos potenciales, y una capacidad de producción de 400 mil metros cúbicos al año, según datos de 2013.

La ciudad demanda cerca de 800 mil metros cúbicos anuales de productos derivados de roca basáltica. Un poco más o un poco menos, según el ritmo de expansión urbana. Con la capacidad instalada actual, El Chocho podría continuar triturando roca otros 75 años sin afectar sus reservas potenciales.

Sólo las probadas. Y tendría otros 200 años para explotar las reservas previstas. En otras palabras, podría abastecer completamente a la ciudad actual durante los próximos 40 años con la cantera existente, y 100 años más usando las reservas probables.

Suena absurdo, pero ese es el tipo de razonamiento económico contemporáneo. No sabemos qué va a ser del mundo en 15 años y sin embargo hay cálculos especulativos que proyectan y anticipan décadas.

De alguna manera, el cálculo económico actual es idéntico a la poesía, pero ceñifrucida y malencarada. Si yo digo: *tengo el corazón hinchado de estrellas*, es mala poesía, expreso un cálculo inabarcable e imposible que en algunos casos puede funcionar para seducir. Si yo digo, *tengo una cantera cuya producción puede abastecer la ciudad entera durante los próximos 200 años*, es el mismo tipo de cálculo desbordado e inabarcable. No se traduce en palpitaciones, ni conquista amoríos, pero procura inversionistas, y

eso es lo que le importa al razonamiento económico.

La herida en los cerros viene creciendo. Tras 75 años, los tajos grises y verticales sobre la montaña son apreciables. Y así como la expansión humana ha extraído reservas virales enclavadas selva adentro en todo tipo de animales silvestres, la expansión minera pone al descubierto polvos minerales sepultados durante millones de años en los estratos rocosos.

Algunos de ellos, peligrosos.

Quizás la actual pandemia nos haga más sensibles a actuar con prudencia y

pausa, entendiendo que *no todo vale*, ni aunque uno tenga una cantera productiva hasta el año 2220.

2220: ¡eso es poesía pura! O humor, que es su primo cercano.

De cualquier manera, por primera vez, de modo más o menos masivo y general, las personas comienzan a preguntarse —durante este paro forzado— si tiene sentido volver a lo mismo una vez se supere la pandemia.

Estamos asistiendo a una breve y eficaz clase y lección de educación ambiental y política. Y en ella, todos somos alumnos repitentes. Malos estudiantes.



El Cerro de las Tres Cruces, desde la ventana de mi casa, 2005.



Vista del Cerro de las Tres Cruces desde mi ventana. Abril 4 de 2020.



Las Tres Cruces desde mi ventana. Cali, 4 de abril de 2020.
Fotografías por Julián González.

Ni siquiera las advertencias sobre el Cambio Climático habían conseguido abrirnos al tipo de consciencia y reconocimiento que estamos experimentando ahora.

A esta lección se añade una más: estamos entendiendo cuán importantes son las redes de solidaridad y de apoyo mutuo entre personas. De repente, nos damos cuenta que no se trata de dinero. Que lo importante es contar con redes sociales de protección mutua que te proporcionen apoyo, asistencia y respaldo si estás enfermo, si tu trabajo cesa, y que les brinden garantías mínimas a los tuyos en caso de que mueras o desfallezcas. Las escenas de cuerpos insepultos en Guayaquil o de enfermos doblados en las aceras y abandonados a su suerte en residencias de Madrid o Nueva York, nos recuerdan que la seguridad no consiste en apertrecharse de armas, de comida o hacerse a muros con guardias y cámaras de vigilancia, sino en saber que hay otros con los cuales contar cuando las cosas se agraven.

El miedo al Covid-19 es menos temor a la muerte y a la enfermedad que al desamparo y al abandono, a la sensación de que cada quien tendrá que arreglárselas como pueda.

Quisiéramos contar en el futuro con estructuras sociales de auxilio genuino que nos permitan apoyar y recibir apoyo efectivo, sin más. En el confinamiento nos hemos dado cuenta de cuán profundamente dependemos de otros para vivir.

¿Sabemos cuán hondo habrá calado esa doble consciencia —ambiental y panhumana— y si persistirá una vez volvamos a un mundo que parecía normal y que hoy, gracias al Covid-19, sabemos que no lo es? No. No conocemos cuán profundo ha penetrado esa doble consciencia. Pero sin duda, será un patrimonio político que acrecentar y cultivar de hoy en adelante, con la misma intensidad y con el mismo empeño con que hemos sido capaces de cultivar 60 gramos de materia inerte por cada gramo de materia viva en la Tierra.



■ Diarios de la Covid-19. Día 41: mayo 1 de 2020

Recordatorios, relatos y notas para después de la pandemia

Postal 2: Miedo al miedo

Es 1 de mayo de 2020 y aprovecho para releer la crónica de José Martí, “Un drama terrible”, publicada en el periódico la Nación, Buenos Aires, el 1 de enero de 1888, a propósito de la condena de George Engel, Samuel Fielden, Adolph Fischer, Louis Lingg, Michael Schwab, August Spies y Albert Parson. Los siete apoyaron la huelga general del 1 de mayo de 1886 en Chicago y varias ciudades de Estados Unidos a favor de reducir la jornada laboral a 8 horas, y fueron juzgados y hallados responsables del ataque con bombas a la policía y de la muerte del patrullero Degan durante

una manifestación pacífica convocada en Haymarket Square (Chicago). A Samuel Fielden (inglés, 39 años) y Michael Schwab (alemán, 33 años) se los sentenció a cadena perpetua. A Oscar Neebe (estadounidense, 36 años) le dieron quince años de trabajos forzados. Y el 11 de noviembre de 1887 fueron ejecutados los alemanes George Engel (50 años), August Vincent Theodore Spies (31 años) y Adolf Fischer (30 años). También el estadounidense, Albert Parsons (39 años). Louis Lingg (alemán, 22 años), optó por suicidarse en su celda.

Schwab, Fielden y Neebe serían posteriormente puestos en libertad, tras una revisión que confirmó lo que era un secreto a voces: el juicio estuvo lleno de anomalías y trampas —incluido testigos falsos— concertadas entre Bonfield —capitán de la policía—, el procurador Rice, y la complicidad de los grandes periódicos norteamericanos, incluido el *New York Times*.

En la crónica se celebra la dignidad de los condenados que cantan y recitan, ríen, expresan y declaran su confianza en que el sacrificio habrá valido la pena para consagrar la unión de los obreros y defender sus derechos; en la crónica se remarca la infamia del juicio y del abuso de poder, y sobre todo, se destaca cómo, sin excepción, los condenados marchan al cadalso sin miedo ni resignación.

Escribe José Martí:

Ya vienen por el pasadizo de las celdas, a cuyo remate se levanta la horca; delante va el alcaide, lívido: al lado de cada reo, marcha un corchete. Spies va a paso grave, desgarradores los ojos azules, hacia atrás el cabello bien peinado, blanco como su misma mortaja, magnífica la frente: Fischer le sigue, robusto y poderoso, enseñándose

por el cuello la sangre pujante, realzados por el sudario los fornidos miembros. Engel anda detrás a la manera de quien va a una casa amiga, sacudiéndose el sayón incómodo con los talones. Parsons, como si tuviese miedo a no morir, fiero, determinado, cierra la procesión a paso vivo. Acaba el corredor, y ponen el pie en la trampa: las cuerdas colgantes, las cabezas erizadas, las cuatro mortajas.

Plegaria es el rostro de Spies; el de Fischer, firmeza, el de Parsons, orgullo radioso; a Engel, que hace reír con un chiste a su corchete, se le ha hundido la cabeza en la espalda. Les atan las piernas, al uno tras el otro, con una correa. A Spies el primero, a Fischer, a Engel, a Parsons, les echan sobre la cabeza, como el apagavelas sobre las bujías, las cuatro caperuzas.

Y resuena la voz de Spies, mientras están cubriendo las cabezas de sus compañeros, con un acento que a los que lo oyen la entra en las carnes: *“La voz que vais a sofocar será más poderosa en lo futuro, que cuantas palabras pudiera yo decir ahora.”*

Fischer dice, mientras atiende el corchete a Engel: *“¡Este es el momento más feliz de mi vida!”*



George Engel



Samuel Fielden



Adolph Fischer



Louis Lingg



Michael Schwab



August Spies



Albert Parsons

Imagen tomada de Wikipedia: <https://bit.ly/3Bi8Tvp>

“¡Hurra por la anarquía!” dice Engel, que había estado moviendo bajo el sudario hacia el alcaide las manos amarradas.

“¡Hombre y mujeres de mi querida América...” empieza a decir Parsons.

Una seña, un ruido, la trampa cede, los cuatro cuerpos caen a la vez en el aire, dando vueltas y chocando. Parsons ha muerto al caer, gira de prisa, y cesa: Fischer se balancea, retiembla, quiere zafar del nudo el cuello entero, estira y encoge las piernas, muere: Engel se mece en su sayón flotante, le sube y baja el pecho como la marejada, y se ahoga: Spies, en danza espantable, cuelga girando como un saco de muecas, se encorva, se alza de lado, se da en la frente con las rodillas, sube una pierna, extiende las dos, sacude los brazos, tamborilea: y al fin expira, rota la nuca hacia adelante, saludando con la cabeza a los espectadores.

No tuvieron miedo. O al menos, no fue central al final de sus días. Eso subraya Martí en la crónica sobre los *Mártires del 1 de Mayo* de 1886, en Chicago.

Las fotos del miedo

Entonces entendí por qué me han resultado tan reveladoras las fotografías que recién he tomado con mi teléfono móvil. Son 4 imágenes de penumbra. En ellas se advierte la luz de máquinas eléctricas que ronronean a la medianoche, en la oscuridad de nuestras casas. Esta luminaria roja, amarilla, verdeazulada puebla el mundo doméstico nocturno de las casa urbanas, una bombillería enclavada en los celulares, las neveras, las radios, el televisor, los

computadores, los relojes, los plafones, las lamparitas y los interruptores.

A falta de cocuyos en las ciudades, millones de luciérnagas eléctricas.

Todas estas fotografías nocturnas cargan un destello o una centella. Y hay algo siniestro en ellas. Algo sombrío.

Son expresiones gráficas de miedos callados, como velas flameando en medio de la tormenta.

No hubieran sido posibles o no tendrían ningún sentido sin el telón de fondo de la pandemia.

Fotografié estas escenas porque un sentimiento difuso me empujaba a hacerlo. Y ese sentimiento se manifestó en ellas hasta impresionarme. Y me impresionaron porque caminando a tientas y a oscuras en la casa comprendí lo que me pasaba. Deambulaba a oscuras porque había perdido el sueño. Y lo había perdido debido al miedo. Padecía la peor forma de miedo, el que no se reconoce y no se nombra para evitar entrar en pánico y ser vencido. ¿Miedo a qué?

Tenía miedo ciego y duro a la pandemia.

Las fotografías me lo revelaron sin más.

Sin duda la pandemia está marcando con dos décadas de atraso, el verdadero inicio del siglo XXI y el comienzo de un nuevo tipo de terror. Si durante el siglo XX varios poderes instrumentalizaron política y estratégicamente el miedo a la conflagración nuclear, a las drogas narcóticas, al migrante y al terrorismo islámico, corremos el riesgo de estar asomándonos a los albores de una nueva instrumentalización política del miedo: el de las pandemias virales.

El miedo a las pandemias futuras, al desenlace de la pandemia actual, a la posibilidad de polipandemias o pandemias concurrentes en este o los próximos



El testigo eléctrico del aparato en el que se secan mis audífonos.



La nevera entreabierta a media noche.



La luz de la bombilla externa, colándose por las cortinas. Y el testigo del computador sobre la mesa.



Bombillos-testigos del televisor y dos dispositivos electrónicos en un recinto de mi casa.

Fotografías por Julián González.

años. Todos estos miedos pueden usarse para conducir a millones de seres humanos, tal como se usó el temor al cadalso, a la horca y a la guillotina en el siglo XIX. O siglos antes, el miedo al cepo, al azote, a la hoguera y a la amputación.

El censo de muertos es el relato básico de este nuevo miedo. El inventario de síntomas es el segundo. Los mapas de expansión de la pandemia, son el tercero. Y las imágenes de cadáveres insepultos, el cuarto. Esta es la base de una narrativa que cuenta contando y escupiendo cifras que, en conjunto, nos

confirman una sola prédica: la de nuestra impotencia. Y ese, el sentimiento de impotencia, es la base de toda política de sometimiento. Toda política de rendición. Y de toda esperanza de redención, que es el envés del sometimiento.

Doblegados, confiamos en que alguien, algo, alguna institución, algún gobierno, algún demiurgo ataje al enemigo. Y nos rendiremos a su presencia vencedora cuando someta al SARS-CoV-2. La carrera por las vacunas y por los retrovirales es, realmente, la carrera por ocupar el centro estratégico

de este nuevo orden político. Y en la carrera por ocupar ese centro se enmascarará por un tiempo lo que realmente importan: las enfermedades de verdad. La pandemia de la brutal inequidad, la pandemia de las hambres extendidas, la de los sistemas de salud marchitos, la de la deuda externa acrecentada, la de la desvergonzada especulación financiera, la del gasto militar que apalanca economías de usura y economías del lujo, la de la desigualdad en los términos de intercambio económico, la de la concentración obscena del 90% de la riqueza mundial en 200 millones de adultos, mientras el resto, 7 mil millones de personas, se reparten las migajas; la de la predación ambiental consentida y estimulada por el despilfarro de recursos; la de la educación frágil y desabastecida; la de los trabajos de mierda y la de los trabajos de las capas medias que, teniendo trabajos de mierda, sienten que más abajo están los verdaderos trabajos de mierda; la pandemia de la violencia generalizada contra las mujeres y las niñas; la de los racismos extendidos y estimulados por bestias como Bolsonaro, pero también por tecnócratas bien situados en ministerios y empresas; las pandemias del sexismo y de la brutalización contra las diversidades sexuales; y la pandemia contra las diversidades cognitivas y los variados modos de la razón, la inteligencia y la imaginación.

Invisible, penetrante, envolvente y ciego, el VIRUS —cualquier virus— puede convertirse en el nuevo *leitmotiv* usado machaconamente para moldear un régimen nuevo de seguridad sanitaria. Como el coco o cucú de los niños, será

una tensa presencia a punto de engullirse a quienes no voten el costoso programa de biosensores instalados en todos los aeropuertos y en puntos de alta congestión y tráfico; a quienes no tengan al día su *vaccine card* o *vacard*; a quienes no puedan costear las actualizaciones virales; a quienes provengamos de territorios epidemiológicamente *sensibles*; o a quienes no acreditemos el CRTIP (Complete Review Type Immune Profile) estándar.

Empiezo a desconfiar menos del SARS-CoV-2 que de las políticas del miedo que, aquí y allá, van delineándose. El futuro uso político de nuestros legítimos temores a la pandemia puede ser más incisivo que la pandemia misma porque llega para quedarse largamente. Ya me imagino un nuevo reglón en los visados o en la definición de destinos turísticos aptos.

Por eso creo que como Spies, Fischer, Parsons y Engel, habrá que empezar a hacer acopio de la risa, la música, el canto, la rabia, el ingenio, la templanza y la voluntad política para no rendirnos, en los próximos años, a una amplia variedad de chantajes que, con *cadalsos virales*, nos ofrecerán, a manos llenas, miedos y más miedos biológicos en donde afirmar los nuevos negocios, los viejos gobiernos y la misma obediencia ciega.

Entonces celebro este primero de mayo de 2020 rindiendo honores a la risa, a la rabia, al rencor y a la guitarra, que saben poner el foco donde es: no en el virus SARS-CoV-2, sino en lo que oculta y en lo que por lo bajo se cocina. Una nueva forma del horror: el de la *politicopandemia* y sus horcas.



■ Diarios de la Covid-19. Días 44 al 46: mayo 4 al 6 de 2020

Recordatorios, relatos y notas para después de la pandemia

Postal 5: maldito Sísifo

Yo no sabía que Sísifo era poco menos que un genio de la astucia, un perverso jugueteón que se inventaba toda clase de tretas para trampear a la gente. Consiguió incluso librarse por un tiempo de Hades, el guardián de la morada de los muertos. Antes de morir, Sísifo le pidió a su esposa que no le rindiera los sacrificios y rituales usuales. Una vez instalado en el inframundo, se quejó ante Hades porque su esposa Mérope no le hacía los homenajes de rigor y lo convenció de que lo dejara ir a verla para castigarla. Y Hades cayó en el engaño y lo dejó volver a la vida. De regreso a la

vida, Sísifo no perdió tiempo y se dedicó a pasarla bien hasta que Hades consiguió llevárselo de nuevo a su reino.

Allí fue condenado a arrastrar una y otra vez la famosa roca que al alcanzar la cima de la montaña rueda cuesta abajo de donde Sísifo debe volver a treparla.

Pero el astuto Sísifo ha sabido arreglárselas para sacar provecho de la situación. Al fin y al cabo, fue un mortal lo suficientemente ingenioso para seducir a una diosa menor y convertirla en su esposa, una de las Pléyades; para engañar a miles de viajeros, navegantes y comerciantes; para ponerle grilletas a la

Muerte y atarla largo tiempo hasta que Ares consiguió liberarla. Sísifo sabía robar a quien podía y organizaba jugosos negocios en los que, sin excepción, salía ganando. Así que arrastrar una roca hasta el final de los tiempos no era más que una nueva oportunidad para él. Sólo tenía que descubrir cómo aprovecharla.

Y mientras los dioses y semidioses griegos se evaporaban y de Hades no quedaba más que el nombre, y del mismísimo Zeus nadie se acordaba, Sísifo —condenado a un castigo eterno— se hizo infinito gracias a esta pena que jamás cesa. Vive en la máquina del movimiento perpetuo.

Cuando trepó por primera vez la piedra hasta la cima, supo que la suya no era exactamente una condena, sino una redención. No me extrañaría que, incluso, hubiera previsto y calculado que Ares le castigara de esa manera. En algún momento le habrá insinuado al dios de la Guerra que el peor castigo que le podían dar sería obligarlo a trabajar de sol a sol y por toda la eternidad, pues lo suyo era vagar y vagar, y hacer que otros trabajaran por él. Y Ares habrá tomado nota de la confianza de Sísifo, y luego del engaño a Hades, le habrá impuesto el castigo de la roca que, en el fondo, el propio Sísifo le sopló al oído. Al fin y al cabo, se lo consideraba en Grecia el más astuto ser humano sobre la tierra.

Por eso cuando vio que una muesca de la roca se desprendió al caer de la cima, y el fragmento faltante volvió a brotar mágicamente en la roca, supo que allí estaba su oportunidad. O, mejor, nuestra condena. ¿Porque en qué otra cosa puede pensar un hombre que arrastrará por toda la eternidad una estúpida roca, que no sea orquestar algún

engaño que obligue a todos sus congéneres a padecer el mismo destino?

Al pasar una y otra vez la roca sobre la muesca desprendida, Sísifo vio que iba puliéndose. Al comienzo era una pieza informe sin ningún atractivo, pero con los años —y años era lo que le sobraba a Sísifo— el trocito se hacía cada vez más brillante y delicado cuando le pasaba cuidadosamente la roca por encima. El fragmento iba adquiriendo un brillo grisazulado que envidiarían los fabulosos joyeros de Macedonia. Por supuesto, algunas piezas se rompieron cuando el trabajo de pulido iba bien avanzado, pero pasados 360 años de ir y volver con su roca, Sísifo ya había logrado hacerse a 17 joyitas, 17 obras azuladas y brillantes como plata, 17 tesoritos inigualables, y sólo tenía que esperar el tiempo suficiente para poner en marcha su plan.

Y pasado un par de siglos más ocurrió el milagro.

Ya nada quedaba de la poderosa Atenas, ya pocos recordaban el griego antiguo, ya su amada Mérope se había alzado sobre los cielos donde brillaba un poco menos que sus hermanas las Pléyades, ya estaba completamente harto de cargar con la maldita piedra, cuando un pequeño niño, un pastor de cabras, vio a Sísifo en la distancia. Apareció allí donde era improbable que algún ser humano llegara. Pero las cabras precisamente van donde nadie va. Encuentran caminos abandonados por miles de años. Suben y trepan montañas, cerros y riscos, y descienden a acantilados y peñascos sólo para hacerse a un único brote de yerbas. Y cuando el niño vio a Sísifo se asustó: era más alto y fornido que el más alto y fornido de los hombres

de su pueblo, y tenía la piel tostada y oscura de las gentes que vienen de lejos. Pero Sísifo supo anticiparse al miedo y le enseñó uno de los guijarros pulidos, y no hay nada que atraiga más a un niño que un objeto brillante. Hay en todo niño un cuervo, solía decirle Sísifo a su Mérope: *dale algo reluciente y quedará hechizado.*

Y en efecto, antes de lo que canta un gallo, el pastorcito ya estaba a su lado, tentado por esa cosa reluciente como un solecito azul.

Y Sísifo se hizo comprender, aunque el niño hablaba un tipo de griego nuevo, una lengua llena de acentos, expresiones y giros que apenas si podía entender. Consiguió explicarle al niño qué hacer: le llevaría el guijarro pulido a su padre que lo vendería en el mercado por varias monedas. Una vez vendiera el guijarro, el padre debería darle la mitad de las monedas que obtuviera al niño, que se encargaría de traérselas a Sísifo. Sólo el niño podía ver a Sísifo. Nadie más. El padre podría quedarse con las monedas restantes. A cambio, Sísifo le daría un nuevo guijarro al niño, y el padre conseguiría en el mercado una nueva ración de monedas. La mitad sería para Sísifo y el resto para el padre.

—En poco tiempo tu padre será tan rico que tendrá el mejor rebaño de cabras de toda la región— le dijo Sísifo al pastorcito, que estuvo de acuerdo pues algo sabía de cuentas y de negocios.

El niño regresó esa tarde a su casa con el tesoro bien guardado en el bolsillo del pantalón.

Postal 6: La hiena llora

En efecto, cuando el padre vio la reluciente pieza que su hijo le llevaba, supo que en el mercado la comprarían por un

buen número de *drakhmaí* (dracmas), los suficientes para hacerse a unas cuantas cabras más para el rebaño. El niño le advirtió que debía darle la mitad de las ganancias al hombre que le había regalado la joya y que a cambio él le obsequiaría muchas más.

El padre no consiguió convencer al pastorcito de que lo llevara hasta ese hombre generoso: *me dijo que si alguna vez venía alguien que no fuera yo, no me daría nunca más una de estas*, le advirtió el niño.

Pero Sísifo sabe que si los niños son cuervos, los hombres son hienas. Confían ciegamente en una astucia que no siempre tienen, y suelen considerar a los niños personas fácilmente manipulables. Y lo son, pero no menos que los adultos.

Así que Sísifo simplemente aguardó.

Y en efecto, a la cuarta joya, y luego de la jugosa transacción en el mercado, el hombre quiso eliminar el intermediario. Decidió seguir el rastro de su hijo. En una botellita cargada de brea delgada, casi líquida, abrió un agujerito que goteaba a ritmo lento. Dispuso la botellita invertida en el fondo de la alforja que su hijo llevaba al pastoreo. Se aseguró de afirmarla al fondo tejiéndola con cáñamo alrededor y abriendo un agujero chico que coincidía y estaba adherido al de la botellita.

Cuando su hijo regresó al final de la tarde con una nueva joya, el hombre simplemente espero a que se durmiera añadiendo a su bebida caliente de la noche algunas gotas de *yervasueño*. No lo despertaría a la mañana siguiente, y temprano saldría a buscar el rastro de brea hasta conseguir dar con el hombre de las joyas grisazuladas.

Sísifo supo que el hombre estaba cerca incluso antes de que apareciera tras la montaña. El olor acre de su piel y la pisada dura del caminante adulto lo puso sobre aviso. El pez había mordido el anzuelo mucho antes de lo que esperaba, y dispuso en su bolsillo las últimas joyas que le quedaban para que estuvieran expuestas a la vista del pastor.

Sísifo no dejó de empujar la roca incluso cuando el hombre se situó detrás suyo, a menos de tres brazos de distancia. La estatura y porte de Sísifo le recordaron al pastor las viejas historias de gigantes y monstruos que le contara su abuela en Ambracia, y sin duda sintió miedo, el mismo miedo infantil de cuando la abuela le habló del cíclope que adoraba sorberse los ojos de personas a las que dejaba vivas y ciegas.

Pero el miedo se hizo estremecimiento helado, casi pavor, y se le clavó en la sien como un dolor de cabeza, al escuchar la voz de trueno de este gigante tostado por el sol, la barba poblada y la dentadura perfecta de quien se comería un perro en dos mascadas.

—No tendrás una joya más. Tu hijo bien te lo advirtió— le dijo Sísifo luego de escucharlo rogar, regatear, suplicar, insistir, lloriquear, amenazar con revelar su ubicación, sugerir que podría liberarlo de la roca maldita, prometer que le traería los mejores alimentos posibles cada día, ofrecerle a su mujer y sus hijas para sexo a cambio de algunas de esas piezas nuevas, ofrecerse a sí mismo para complacerle si gustaba de los hombres, entregarle más de la mitad de las ventas, abrir un altar en su nombre, entregarle a su propio hijo como esclavo...

Y mientras el hombre hablaba y prometía tonterías, Sísifo continuaba haciendo su trabajo sin pausa, dejando entrever —eso sí— el brillo grisazulado de las joyas en sus bolsillos. El cuervo en el hombre se iba hinchando con cada resplandor y lo que tenía de hiena iba transformándose en docilidad de cachorro de loba o de perra abandonado. Conforme crecía la avidez en el pastor, se le hinchaba también la sumisión.

Postal 7: Sísifo carga su roca, pero entrega la posta

Era casi noche cuando Sísifo pareció rendirse a los ruegos del hombre. Y era noche oscura y plena cuando Sísifo habló para el pastor de ojos hinchados y rojos de tanto chillar y pedir perdón. La voz de Sísifo en medio de la oscuridad hacía más intensa la escena. El pobre pastor escuchaba de rodillas, atento a ese vozarrón que venía de donde nada se veía como si estuviera completamente ciego:

— Te daré siete joyas más, pero harás algo distinto esta vez. Y obedecerás sin desviarte una línea del plan que tengo para ti.

Se escuchó un “sí, señor” quedo y apagado.

Lo que le pidió Sísifo era en apariencia sencillo. Vendería de una sola vez las siete joyas. No tendría que entregarle ni un dracma a Sísifo.

— Te voy a dar incluso mis ganancias anteriores —dijo, mientras se escuchaba el tintineo de decenas de monedas entre las sombras—. Pero ahora comenzarás a comprar tiempo— continuó Sísifo—, que es más valioso que las cabras y que cualquier bien en el mundo.

— ¿Tiempo, mi señor? No entiendo —
atinó a decir un atribulado pastor.

— Ya lo entenderás y me agradecerás.

¡Y vaya que el pastor lo entendió bastante bien! Al día siguiente estaba en el mercado con 7 piezas gris-azuladas dispuestas sobre un paño lila. No faltaron los ricos mercaderes que regatearon por ellas, y decidió vendérselas a uno que venía de la orgullosa Pidna, la ciudad en la que terminarían refugiándose la madre, la hermana, el hijo y la viuda de Alejandro Magno cuando murió. Le ofreció el doble que el resto de los mercaderes.

Enriquecido el pastor, procedió a ofrecer su dinero a otros. No le pagarían con objetos, con mercancías, ni servicios u oficios. “Les doy dinero a cambio de más dinero”, les dijo. “Se los doy hoy, pero mañana me lo devuelven añadiendo una pequeña diferencia”.

Al comienzo les pareció absurdo y una auténtica locura lo que les ofrecía el pastor, pero bastó un día para que uno de los miembros de la comunidad cambiara de opinión. Era su vecino Lucio y

necesitaba adquirir con urgencia dos cerdos para cebarlos y cocinarlos en tres meses. Atendería el banquete de boda de una familia adinerada, y el cerdo asado era uno de los platos fuertes.

—Por supuesto que tengo el dinero para ti, querido Lucio —le dijo el pastor antes de concederle el crédito—, pero no me lo devolverás con cabras o mercancías, o cerdos, sino con más dinero. El dinero que me devuelvas de más dependerá del tiempo que tardes en pagarme.

Y Lucio le pagó cuatro meses después el préstamo y “los intereses” o “beneficios”. Y se sintió agradecido porque no tuvo que entregar alguno de sus bienes para hacerse a los cerdos que necesitaba. Y después de Lucio comenzaron a venir otros y otros y otros.

El pastor acaba de poner en marcha el primer préstamo financiero real de la historia humana, y el primer banco funcional sobre la Tierra, pues también empezó a recibir dinero para prestar a otros a cambio de entregarles una pequeña diferencia pasado un tiempo.



Máquina del movimiento perpetuo 1.
Fondo Monetario Internacional. ¡Sísifo vive!
Ícono Fondo Monetario Internacional (colores invertidos) tomado de <https://www.imf.org/es/Home>



Máquina del movimiento perpetuo 2
Banco Mundial. ¡Sísifo vive!
Tomado de Banco Mundial:
<https://www.worldbank.org/en/home>

Y Sísifo sonrió: acababa de liberar la máquina del movimiento perpetuo en la que miles de millones de seres humanos quedaríamos atrapados en el futuro. Y simplemente se dedicó a esperar a que la infección se extendiera.

Y no ha parado de extenderse desde entonces.

Sísifo sigue arrastrando su roca, mientras ve como nosotros arrastramos sin cesar las nuestras, que se multiplican con cada ciclo inevitablemente.



Sísifo.

Tomado de Getty images: <https://bit.ly/3DHxQBQ>



■ Diarios de la Covid-19. Día 63: mayo 23 de 2020

Recordatorios, relatos y notas para después de la pandemia

Mayo 23 de 2020

Aprendiendo de la pandemia

Los virus. En la cadena trófica reinamos los seres humanos. En la cadena genotrófica (nutrirse de información genética y aprovecharla para replicarse) reinan ellos.

No es una guerra. No es ni siquiera un recordatorio de que aún hacemos parte de la cadena alimenticia terrestre en la que comes y/o eres comida. Esta no es una contienda por energía y nutrientes. Es más bien un complejo entramado para suministrar ADN y ARN, aprovechar información genética y multiplicarse. La pandemia es un evento

más en la larga historia de la cadena *genotrófica* (neologismo).

Y allí no hay manera alguna de vencer a los virus, de destruir su capacidad de replicación o de controlar su habilidad para hospedarse. Es simple. No podemos exterminarlos. Juntos tienen una masa equivalente a la de todos los animales de la Tierra incluida la de los seres humanos cuyo peso es marginal: nuestra masa es la de todas las termitas del planeta. Tampoco podemos controlar sus mutaciones, e incluso si pudiéramos, no es claro que sea deseable.

Se sabe, además, que habrá nuevas pandemias, algunas de ellas más agresivas y destructoras que la actual.

Mitigación, contención y prevención son términos usuales cuando encaramos un fenómeno que nos desborda. Estrategia, ataques disuasivos, ataques ofensivos, estrategia de expansión, destrucción selectiva, destrucción total, trampas, celadas, son el tipo de términos que se usan cuando se libra una guerra. Una guerra supone alguna oportunidad de victoria, aunque no sea más que pírrica. O al menos alguna heroica derrota. Con los virus, ni lo uno ni lo otro.

¿Es posible vencer a los virus? A este sí, a aquel, no; al de más allá, un poco; a aquellos, nada; pero a todos, nunca. Y en ese sentido, no es una guerra la que estamos librando. Al menos no lo que se desarrolla en la actualidad. No es una lucha por energía y alimentos, donde tenemos probada ventaja. El Homo cazador y el Homo cultivador-recolector llevan 200 mil años haciéndolo con sobrada eficacia. Pero apenas llevamos algunos siglos tratando con los genes. Los virus llevan miles de millones de años haciéndolo. Existen antes de LUCA— el ancestro común de toda vida celular, surgido hace 4200 millones de años.

Para los virus patógenos nuestras células no son su alimento sino sus vectores de reproducción y ensamblaje de proteínas para replicar su ADN o ARN. Los virus no ven como comida a Boris Johnson y su arsenal nuclear, a Álvaro Uribe Vélez y su influencia en el devenir del país en los últimos 20 años, no ven a Donald Trump y sus ambiciones políticas y comerciales, no ven a Xi Jinping y sus propósitos de expansión planetaria: lo único que perciben en ellos

y en todos nosotros son capas de lípidos y oportunidades para insertar proteínas y replicarse. Para ellos somos tejidos. Ni siquiera órganos, y mucho menos, especie. Solo células. Celdas disponibles.

Somos una fabulosa cadena hotelera donde hospedarse gratis, con miles de millones de habitaciones donde sembrar y multiplicarse. Lo único molesto son los millones de porteros que a veces los expulsan y los sacan a patadas. Confundir a los porteros es parte de su juego. De hecho, algunos porteros suelen recibirlos con amabilidad y los hacen pasar sin reconocer su peligrosidad. El SARS-CoV-2 parece haber adquirido una maestría inigualable en las artes del camuflaje. Si el VIH prefiere matar a los porteros, el SARS-CoV 2 más bien los burla, se les esconde y los confunde. Entra como Pedro por su casa, engaña a los guardas inmunólogos, se revuelca en todas las habitaciones que pueda, y una vez adentro pide amablemente a los trabajadores del hotel que le saquen copias para replicarse oportunamente por todo el edificio. Ignora por completo que 1 de cada 10 edificios termina derrumbándose. Y no por acción del virus, sino porque los porteros enloquecidos, confundidos y furiosos ordenan llenar de agua todas las habitaciones hasta reventarlas, taponan los pasillos por donde fluyen los alimentos, cierran los ductos de ventilación, destruyen los desagües, le disparan a todo lo que se mueva hasta arruinar la edificación entera.

Para el SARS-CoV-2, lo bueno del edificio humano es que viaja mucho, se desplaza a largas distancias, se conecta bien con muchos otros edificios, lo que hace



Tomada de Wikipedia. Autor: Ignacio López-Goñi, Universidad de Navarra, España: <https://bit.ly/2ZVrOy9>

de la enorme ciudad humana un excitante paraíso donde prosperar y propagarse sin cesar.

A 22 de mayo de 2020, 5.205.900 personas contagiadas. 2.054.125 de recuperados. (Hoy supe que uno de ellos es el genial filósofo Bruno Latour (72 años). 337.572 personas muertas.

¿Es posible crear en el futuro algún tipo de vacuna *inteligente* que refuerce nuestro sistema inmunológico de modo tal que genere porteros menos locos, cegatones, arbitrarios o tontos; porteros capaces de desalojar a tiempo a todos los virus patógenos que nos visiten? No lo sabemos. El *Homo Inmunológico*, perfectamente blindado, quizás sea la próxima frontera dentro de la larga y ambiciosa carrera por la inmortalidad.

Pero incluso si eso llega a pasar, los virus continuarán allí afuera, colándose sin permiso en todas las habitaciones

que puedan, aunque los porteros del cuerpo se *emputen* e incendien el edificio entero.

Al fin y al cabo, han estado en la Tierra mucho antes de que germinara la vida en ella.

Los virus están revelando los límites del dominio y el sometimiento trófico. Es hora de empezar a dejar de pensar y comportarnos como los viejos cazadores y agricultores que seguimos siendo.

No todo es comida y no todo puede ser domesticado o sembrado.

¿O sí?

La última siembra: Semillas al océano cósmico Año 7696

Ensamblamos cuantos genes pudimos en macrovirus y los lanzamos al espacio como portadores desesperados de la vida en la Tierra. Embalados en bolsas microscópicas de proteínas y

microarmaduras de titanio iban los restos de 5 mil millones de años de vida en el planeta. Adentro, las únicas lenguas que habló la vida en el planeta: la del ADN y la del ARN. El proyecto *panespermia* es nuestro último empeño. La mitad de las tres millones de microcápsulas

cargadas de macrovirus contienen en su interior virus. Pocas incluyen genes humanos, pues se sabe que no resisten mucho tiempo expuestos a los rayos cósmicos y se calcula que las cubiertas habrán perdido blindaje en unos 40 o 100 millones de años, con suerte.



■ Diarios de la Covid-19. Día 76

Recordatorios, relatos y notas para después de la pandemia

Junio 5 de 2020

Conocer a un contagiado

Por primera vez conozco a alguien cercano diagnosticado con SARS-CoV-2. Chiquita como una pulga y menudita, se trata de una jovencita que a primera vista parece frágil y quebradiza. Luego descubres que tiene la fuerza y determinación de las lombrices. Lo digo porque el modo como las lombrices se labran camino tierra adentro contra toda adversidad no tiene equivalente entre los animales.

Las lombrices cavan persistentemente, troquelan y succionan la tierra —incluso si está un poco dura— y se abren paso empujándola a través de todo su

cuerpo. Devorándosela. Así es D.L.C. Tiene la fuerza demoledora de las lombrices. Se traga el mundo de frente. Suavemente se abre camino como quien no quiere la cosa, traza el sendero para otros y no tiene inconveniente en encarar o desafiar a los encumbrados o duros que la bloquean.

Que no les engañe su voz añorada.

La vi en las marchas de noviembre de 2019 liderando y alentando sin tregua durante los días del ruido. Y lo que tiene de empeño en la calle, lo tiene en el estudio. Terminó su carrera de pregrado casi un año antes de lo previsto y sin contar con un tutor al pie. Sabía lo que

quería hacer de trabajo de grado cuando apenas empezaba la carrera.

Recién graduada consiguió empleo en una ONG de la ciudad que ajusta más de 20 años de trabajo con población indigente. Y allí está. Y allí, luego de descubrir que algunos en la organización tenían síntomas de contagio, confirmó lo que sospechaba: tiene el virus SARS-CoV-2. Personal de la Secretaría de Salud de Cali le hizo la prueba diagnóstica a todos los miembros de la fundación. Ella, ahora, es uno de los 1.515 casos reportados del día de hoy; hace parte de los 36.635 diagnosticados del país; y es una de las 13.636 personas recuperadas. Suma su nombre a los 6.416.828 ciudadanos del mundo diagnosticados hasta ahora.

D.C.L. (21 años) tiene un nombre y apellidos extralargos, que resultan todavía más inusuales cuando vez cuán chiquita es. Un poco como si Pulgarcito se llamara Santiago del Carmen Afanador Recasens y Toledo. Y Pulgarcita, Honoria María Mercaderes Salamanca Barreras. Caben en las dos últimas sílabas del nombre.

Y D.L.C es exactamente lo contrario a la adinerada Martha Lucía Ramírez. Sin privilegios ni rentas, es una más de la horda de *atenidos* colombianos que trabajan día y noche, que atienden decenas de responsabilidades personales y públicas con prolija eficiencia, que conocen y recorren la ciudad de cabo a rabo para hacerse a algunos pesos, y se desloman para sobrevivir.

Ella es la medida exacta de lo que hace bien una universidad pública: desatar los lastres de la desigualdad y la exclusión históricamente consagradas.

Hace una semana sintió un poco de fiebre y perdió el olfato por algunos días. Supo entonces que tenía el virus por ese detalle: no olía la mierda de su gato. Y luego, tras el reporte de la Secretaría de Salud de Cali, se sometió a estricta cuarentena. Estará aislada por las próximas dos semanas, aunque se siente muy bien.

Ya guardaba estricta distancia social incluso en casa antes de contagiarse, pues sabía que por su trabajo en la ONG estaba muy expuesta. Aseaba su ropa y su cuerpo en cuanto entraba al hogar, desinfectaba los objetos que traía, estaba atenta a cualquier síntoma extraño en ella y su mamá, con quien vive.

A las dos les hicieron pruebas, pero su mamá no tiene el virus. Por prevención, ambas están en estos momentos en cuarentena.

Casi asintomática, D.C.L. hubiera podido ser una entre decenas de millones de jóvenes colombianos que, empujados por el desempleo, se arrojan a la calle del rebusque y extienden la plaga, pues no se han sentido mal físicamente. Algunas estimaciones indican que 2 de cada 3 personas contagiadas se infectó de alguien sin síntomas o de alguien no diagnosticado.

La vacuna verdadera

D.C.L. consiguió liberarse de lo que podría haber sido su destino. D.C.L es la primera universitaria de la familia. Y su mamá está orgullosa de ello. De niña, fue vendedora ambulante. Su mamá es vendedora ambulante actualmente.

Cuando veo a D.C.L., pienso en una joven que se resguarda luego del diagnóstico porque tiene un trabajo que

continúa remunerándola; fue diagnosticada porque atendió los síntomas; atendió los síntomas porque comprende en detalle la dinámica del virus; y atiende los detalles de la dinámica del virus porque estudió. Trabajo formal, ingresos estables, educación de calidad.

Extender el mundo que produce a personas como D.C.L., una joven universitaria crítica, es la vacuna más importante contra esta y futuras pandemias. No es la vacuna de Moderna, Johnson & Johnson, MSD, Pfizer, Sanofi, Novavax o la Academia Militar de Investigación Médica de China, la que acabará con esta pandemia.

Es el empeño colectivo por erradicar la desigualdad y la exclusión lo que nos preparará para las futuras pandemias.

Por cada D.C.L. resguardada en casa y cuidadosa, hay cientos de D.C.L. que no tienen más alternativa que arriesgarse a ser vectores asintomáticos del virus. Y está visto que el extraordinario y hermoso virus SARS-CoV-2 sabe usar no sólo nuestras células para multiplicarse, sino el hambre y el desempleo puro y duro para extenderse.




Perpetuar la exclusión es añadir recursos y condiciones propicias para las pandemias de mañana.



Programa ditorial

Ciudad Universitaria, Meléndez
Cali, Colombia
Teléfonos: (+57) 602 321 2227
602 321 2100 ext. 7687
<http://programaeditorial.univalle.edu.co>
programa.editorial@correounivalle.edu.co

¡ S i g u e n o s !

   | programaeditorialunivalle